



7570

ANT

XIX

211

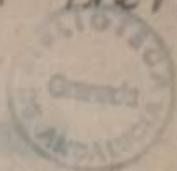
EL BARBERO DE PARIS.



UN PARI.

EL BARBERO DE PARIS.

EL BARBERO DE PARÍS.



EL BARBERO

DE PARIS.

Novela escrita en francés por el célebre Cárlos
Pablo de Kock, autor de BIGOTES,

Y VERTIDA AL CASTELLANO

por D. Pedro A. O-Crowley.

Casas puestas en montones,
Por todas las calles lodo,
Palacios codo con codo,
Puentes, iglesias, prisiones.
Tiendas bien ó mal surtidas,
Muchísimo majadero
Con polvos y sin dinero,
Otros que huyen del rondin,
No pocos perdonavidas
De ánimo cobarde y ruin.
Pages, lacayos, en fin...
Ruido continuo infernal,
Mucho rocín; mucho coche,
Sendo ladrón por la noche,
Esta es Paris; eh, que tal.

SCARRON.

TOMO I.

Imprenta de la Revista Médica, plaza de la
Constitucion, n.º. 11

CADIZ 1842.

EL BARBERO DE PARIS.

CAPITULO I.

La casa del Barbero.

UNA noche del mes de Diciembre del año de mil seiscientos treinta y dos, un hombre, que representaba tener cuarenta y cuatro años poco mas ó menos, de alta estatura y de fisonomia bastante bella, aunque adusta y feroz, al paso que tan notable por la ironia espresiva que se asomaba á veces en sus ojos rasgados y negros, cuanto por cierta sonrisa socarrona que por intervalos arugaba ligeramente sus labios pálidos y delgados, siguiendo con pasos presurosos la calle de San Honorato, se dirigia á la de los Bordoneses, embalzándose en su capilla parda que apenas le cubria las rodillas, y calándose hasta las cejas un ancho

chambergó, que, aunque desprovisto de todo penacho, protegía el rostro de su dueño con sus enormes alas de la lluvia que comenzaba á caer á chuzos.

En aquel tiempo estaba París muy diverso de lo que se ostenta hoy; pues era en extremo deplorable la situación de aquella hermosa metrópoli: sus calles empedradas á medias, ó completamente terrizas, dejaban ver de trecho en trecho montones de basura y de escombros, que obstruían el paso á los transitantes, estorbaban el curso de las aguas, ó cegaban los sumideros de los husillos. Aquellas aguas sin salida resfluían de todas partes y formaban cienagas, lodazales y charcos de donde se exhalaban miasmas pestíferos. Entonces sí que podía con razón apellidarse á París:

»De mil variadas inmundicias nido,

»Ciudad de humo, de lodo, y de ruido.

Las calles carecían de alumbrado; verdad es que tal cual de sus vecinos llevaba en la mano su farol, pero no todos poseían este mueble utilísimo, además que semejante instrumento no servía de obstáculo á los ladrones, quienes en crecido número cometían sendas travesuras, hasta en mitad del día más claro, alentados en la perpetración de sus excesos con el ejemplo de los pages y lacayos, que por la noche habían dado en la gracia de insultar á cuantos pasaban por las calles, ó bien robando mugeres, mofándose de las rondas, apaleando á los cabos de barrio, y forzando las puertas de las tiendas y almacenes, vejaban de mil maneras á los pacíficos habitantes. Contra estos crímenes fulminaba continuamente el parlamen-

to las mas severas ordenanzas, pero en vano; pues que los unos se daban tanta prisa á quebrantarlas con impunidad como el otro á renovarlas ine-
ficazmente.

Robar las bolsas y las capas era entonces cosa tan comun, que los testigos del delito se contentaban con reirse á costa del paciente, sin correr nunca detras del ladron. Cometianse muertes en pleno dia, ya en los mercados, ya en las plazas; y los perpetradores se alejaban de sus victimas: añadiendo la befa al asesinato. Conocianse dos clases de ladrones: los *corta-bolsas* y los *arrebata-capas*. Los primeros eran muy prácticos en cortar los cordones de los bolsillos que entonces se usaba llevar pendientes del ceñidor; los segundos hacian alarde de su destreza arrebatando bruscos las capas de encima de los hombros de los transitantes.

Era en valde que de cuando en cuando se hiciese alguna que otra justicia. Estos egemplares parecian aguzar la osadia de los vagamundos y la insolencia de los pages y lacayos. Habia desvirtuado la justicia pública, desde que cada hombre diera en tomársela por cuenta propia. Los desafios eran casi tan frecuentes como los robos, y para adquirir reputacion de sugeto de pró era preciso haber enviado un gran número de almas al otro mundo.

Aquella sin duda no era la edad de oro; ni tampoco podia llamarse el *buen tiempo de la botija*, que tanto echan de menos algunos de nuestros rimadores, y buen número de señorones de la antigua calaña, tan entusiastas por los tontillos y coletas de aquellos dias benditos.

No pretendemos á escritores de historia; nuestro único objeto es traer á las mientes del lector lo que era Paris en la época de nuestro barbero. Damos de barato que al leer el título de esta obra, se habrá ya supuesto que la acción no ha pasado en nuestros dias, pues que en este siglo ilustrado vemos, en virtud de la metamorfosis que todas las cosas han sufrido, convertidos los miembros de la familia barberil, en distinguidos artistas de cabellos, en confeccionadores de casquetes metálicos, en peluqueros aristócratas; por fin, la casta de barberos lisos y morondos está ya sumamente reducida.

El sugeto, cuyo retrato hemos bosquejado, luego que llegó á la calle de los Bordonese detúvose delante de una casa, bastante linda, en cuya pared se veía el rótulo siguiente, escrito en letras gordas: *TOUQUET, barbero, sangrador y sacamuélas.* Desconociase entonces el lujo de las muestras, y las calles de una capital no ofrecian á las miradas de los acereros la esfigie de un guerrero indio, con su arco y flechas, meciendo las plumas que le sirven de sombrero y de faldellin á la brisa de sus virgenes selvas, encaramada encima de una tienda de guantes y camisolines; entonces un caballo de oro no convidaba al recién ordenado manteista á comprar una nueva y felpuda canoa, ni un leon famoso indicaba el taller de un pasamanero. Desde entonces acá hemos progresado en todo á las mil maravillas.

Cualquiera que se hubiese detenido delante de la casa del barbero no hubiera hallado cosa muy fácil leer el rótulo sobre la puerta de la tienda,

que á la sazón estaba cerrada; porque la noche parecía boca de lobo, y como ya hemos dicho, no existían reverberos ni faroles para alumbrar á los osados que atravesaban de noche las calles de la ciudad. Pero el que acababa de asir el aldabon de la puerta del zaguan, no vaciló en dar dos fuertes golpes, cual si estuviera seguro de no haber equivocado la casa. En efecto era el barbero en persona.

Al cabo de algunos instantes, dejáronse oír unos pesados pasos en la parte de adentro; brilló una luz por la reja que estaba sobre el marco, y abriéndose la puerta se presentó una vieja que tenía un cabo de vela en la mano.

—Valgame Dios! dijo la añosa sirviente, saludando á su señor; ¡qué tiempo tan malo ha tenido su merced! Ah! ¡quién tuviera un secreto para guarecerse de la lluvia! Oh! yo bien sé que hay personas que tienen poder sobre los elementos.

Nada respondió el barbero; pero se dirigió por un corredor á una sala donde ardía una buena lumbre. Luego que llegó allí, comenzó por desembarazarse de su capa y sombrero, debajo del cual tenía recogida copia de cabellos negros, que le cayeron en largas guedejas sobre el cuello de la almilla, y se quitó del cinto un enorme puñal: usábase entónces no salir á la calle sin armas. Colgólo Touquet encima de la chimenea, y acomodándose en una poltrona con asiento de paja, se arrió á la lumbre.

Mientras descansaba su amo, iba y venia la vieja sirviente, y acercando una mesa al sillón que ocupaba el barbero, sacó de un armario un

coblete de estaño, unos platos y un cubierto, y colocó luego sobre el mantel varias vasijas que contenian vino y aguardiente al lado de algunas fuentes con carne guisada que habia aprestado para la cena.

—¿Ha venido alguien á preguntar por mí? dijo el barbero despues de algunos instantes de silencio.

—Si señor: primero unos pages para saber si habia algo de nuevo, esto es, los chismorreros del barrio, para quitarles el pellejo á todos sus conocidos, y burlarse de las pobres mugeres que tienen la debilidad de escuchar sus chicoleos. Ah! que malos son los jóvenes del día! como se vanaglorian de sus proezas..... Tambien han venido algunos bachilleres para afeitarse... luego aquel caballereite, que esta tan hueco porque gasta polvos, y está empeñado en sostener que no tardará la moda en generalizarse. ¿Y á que se enharinará la gente los pelos?... Si dijéramos que con eso se libraban de la tiña! Ah! ya se me olvidaba: tambien ha estado aqui ese estafermo tan hablador é insolente, que porque gasta almuña de raso liso, capa de terciopelo, sombrero con plumas, y lindos caireles de plata, se le figura que puede echarla de gente en todas partes.

—Ah! ese de quien hablas será sin duda Mombari?

—Si señor, el mismo; ¡poca barahunda armó porque su merced no estaba en casa: dijo que desde que su merced se ha puesto rico, descuida á sus parroquianos!

—¿Y á él que se le importa?

—Eso mismo pensaba yo... Luego estuvo ahí el caballero Chaudoreille; dice que tuvo ayer un desafío en el campillo de los Clérigos! y que mató á su contrario, todavía le quedaba otro duelo para esta tarde. ¡Válgame María Santísima! ¿á qué habrán los hombres de matarse de ese modo? y á veces por bagatelas, por un quitame allá esas pajas?

—Bátase cuantas veces quiera; poco se me da á mi! ¿No ha venido nadie mas?

—Ah! si señor; aquel socarron que me hace reir tanto, y á quien he visto representar esas farsas que llevan tanta gente á su teatro del palacio de Borgoña..... el señor Enrique Legrand.

—Dí mas bien Turlupin.

—Sea pues Turlupin, pues que es el nombre que le dan sobre las tablas y hasta por la ciudad le llaman así. Vino con aquel otro que hace, segun dicen, los papeles de barba, y predica los prólogos antes de las piezas.

—Ese es Gantier-Garguille.

—Si señor: así se llama; querian afeitarse y cortarse el pelo. Como no hallaron á su merced en casa, el uno de ellos hizo de barbero, y afeitó á su camarada; en seguida tomó el otro las navajas y la jaboneta, y le hizo igual servicio. Quise oponerme, pero no quisieron oirme. Hicieron mil locuras. Querrá su merced creer que me obligaron á sentar en la tienda, y me embadurnaron la cara con jabon y blandurilla! Algunos de los que pasaban conocieron á Turlupin y á su compañero, y se pararon al instante. Pronto se aumentó la turba de curiosos, y cuando los farsantes

quisieron irse, ya no habia medio de abrirse calle. Pero nuestro Turlupin, que nunca se apura por nada, despues de haber suplicado á aquellos oziosos le dejasen libre el paso, entró en la tienda, y tomando un cubo llenito de agua lo vació sobre las cabezas de los concurrentes; Puede su merced imaginarse, señor, que barabunda se armaria. Aprovechándose de la confusien Turlupin y Gantier Garguille se escurrieron bonitamente.

—Y Blanca? dijo el barbero, quien parecia escuchar impaciente la relacion de la vieja Margarita; supoago que no estaria abajo cuando esos majaderos reunieron toda esa bulla delante de mi puerta?

—No, señor, no: sabe su merced muy bien que la señorita Blanca baja raras veces á la tienda, y nunca cuando hay gente. Hoy, mientras su merced estaba fuera, no ha salido de su cuarto, como se le encomendó.

—Está muy bien, muy bien, dijo el barbero; en seguida arrimándose á la lumbre, apoyó un codo en la mesa, y pareció quedar absorto en sus reflexiones, sin hacer caso de la charla de su criada, quien proseguia su retahila cual si su amo la escuchase con la mayor atencion.

—Esa señorita Blanca es una linda moza; ah! si, por cierto, muy linda, lindisima..... Desafio á nuestras damas de la corte á presentar unos ojos mas hermosos! y luego aqueles cabellos!..... negros como el grajo, y que le llegan hasta mas allá de las corbas: luego tan dulce, tan sencilla, sin la idea mas leve de coquetismo..... Ah! es la inocencia misma, el candor personificado. Verdad es

que no cuenta diez y seis años; pero hay tantas de su edad que ya saben lo que es el cuchicheo..... Lástima que tan precioso tesoro cayese entre las garras del diablo!... Buen cuidado tendremos acá de guardarlo..... si, si, no es facil que nos la peguen. Ya he hecho cuanto he podido de mi parte, pues que no basta vigilar con cien ojos á una chica, el demonio es tan travieso! luego esos bachilleres, esos estudiantes son tan emprendedores!... sin contar los tales señoritos nobles que no tienen escrúpulo de robar las muchachas ó las mugeres casadas, y por todo resarcimiento le dan un pinchazo al que no lleva á bien su travesura, ó hacen que sus lacayos le apaleen. Santa Margarita nos valga! en que tiempo vivimos! Preciso es dejarse ultrajar, ofender... robar, si, robar, hasta eso tambien; porque si cogéis á vuestro hombre en el hecho y pedis justicia, los preguntarán si sois el demandante, y si decís que si, se informarán si teneis con que pagar las costas del proceso; si decís que no, pondrán en la calle al acusado; en el primer caso tendreis el gusto de verlo azotar delante de vuestra puerta, pero eso os costará una muela... Ahora si el malhechor es un hombre de rango, algun poderoso... entouces no os queda otro remedio que el callaros, sopena de ir á concluir vuestros dias en la Bastilla ó en el Castillejo.

Guardó silencio Margarita algunos instantes esperando que su amo le respondiese, mas como este no desplecase los labios, presumió ella que aprobaba tácitamente lo que decia, y continuó su soliloquio.

— Por fin, asegúrase que así ha sucedido siem-

pre; ahórcase á los chicos, sálvanse los altos, y los mas gordos se burlan de todos. ¿Quién se meterá á pleitear cuando los abogados y procuradores hacen que se alarguen los litigios seis ó siete años y reciben con ambas manos á fin de sostener el lujo de sus hijas y mugeres, haciendo un comercio de la ruina de los pobres clientes! En cuanto á los alcaldes de barrio, y demas miembros de la policia, oh! todos andan á caza de malhechores; pero si cogen á algun ladron, pronto le dan suelta, toda vez que tenga con que untarles las manos. Pobre ciudad! Todas las noches oimos una trápala infernal; y eso que vivimos en el barrio de mayor tobo! Pero eso no impide que se cometan robos, muertes, asesinatos... Siempre gritos; siempre estrépito de armas. ¿Y de qué sirven tantos prebostes, alguaciles, cabos, y disfrazados, estando tan mal desempeñada la policia?... Por otra parte no son los mercaderes quienes mas lástima me causan: la tal gente venderia su alma al demonio por un ochavo! Benefician sus mercancías cuatro veces mas caro de lo que valen; y para atraer compradores permiten que cuantos entran en sus tiendas, pelen la pava con sus mugeres é hijas, les tomen la cara, y chacoteen con ellas delante de sus propios bigotes y todo esto para vender un cuello de camisa, un papelillo de arrebol!!! tiene que ver lo que pasa en sus casas! Qué vergüenza! Si voy á comprar la despensa á los mercados, me veo rodeada de pillos que viven de robar á los compradores y vendedores; de visitar sus talegos, y canastos, y que aturden á una con sus canciones groseras é indecentes... Valgame San-

ta Margarita! ¿Dónde estamos? Los estudiantes, mas libertinos que nunca, insultan, petardean, hacen mil maldades: los jóvenes de las primeras familias frecuentan los lupanares, los garitos y las tabernas, armados siempre de daga ó espada. Ah! querido amo mio; ¡Satanás se ha apoderado de nuestra pobre ciudad, y quiere hacerla presa suya!

Detúvose otra vez Margarita y aguardó contestacion; mas siempre el barbero continuaba callado, aunque sin dormirse, pues mas de una vez se habia pasado la mano por la frente para echarse atrás las espesas guedejas que la sombreaban. Para el hablador basta con qué se le escuche, ó con creer que así sucede; la vieja sirvienta habia soltado la taravilla, y no siempre se le ofrecia una ocasion tan á pedir de boca. Pausó pues un solo momento y prosiguió como sigue:

—Gracias al cielo, que estoy en una buena casa, y puedo decir con orgullo que en mas de ocho años que me hallo bajo el techo de su merced, nada he visto que choque á la decencia ni á las buenas costumbres. Me acuerdo cuando me digeron: Margarita, el maestro Touquet, barbero y sacamuelas de la calle de los Bordoneses busca una criada: miréme en ello muy despacio, Señor, y su merced habria de perdonarme: entonces su merced tenia baños y admitia huéspedes... y en verdad no era esa cosa que me daba bien en la nariz; pero me dijeron en seguida: el maestro Touquet vá á quitar los baños y ya no admite huéspedes, porque se ha puesto rico: ahora se contenta con egercer su oficio por la mañana, y no admite casi á nadie, dedicándose con esmero á la edu-

cacion de una niña que ha adoptado. A fé mia, esta noticia me decidió, y no tengo porque arrepentirme. Si bien por la mañana viene á la tienda gran número de gentes de todas profesiones, no hay uno que penetre en lo interior de la casa. Su merced egerce su oficio con honradez, lo que en verdad me llena de orgullo: y lo que admiro sobre todo, es el interes con que cuida de la pobre huérfana,... porque bien creo acordarme que su merced me ha dicho que la niña es una huérfana!... Si, su merced me lo ha dicho. Es cierto que la hermosa Blanca merece cuanto se hace por ella. Ya! pero no he contado á su merced por qué medios la preservo de los lazos que contra la inocencia se tienden. Oh! es un secreto muy maravilloso!... Pero bien puedo confiarlo á su merced. La vecina de enfrente, la mercadera de sedas, me ha dicho como eso se hacia. No es mas que una tirita de badana, sobre la cual se pronuncian ciertas palabras y hacen ciertos signos, convirtiéndola en un talisman que preserva de todas las desgracias. La reina Catalina de Médicis tenia uno semejante, que llevaba siempre metido en el seno. Escuche su merced, Señor: no debemos dudar que hay hechiceros, brujos y mágicos, pues que el diablo ha ahogado nada menos que á dos en esta misma ciudad algunos años atrás; sin contar los que los tribunales han condenado á muerte.

Nada tiene de malo que nos guarezcamos contra ellos; y el talisman, que yo he dado á la señorita Blanca, lejos de atraer los espíritus malignos, debe ahuyentarlos cien leguas, é impedir,

el efecto de todos los sortilegios que pudieran emplearse para triunfar de su virtud. Oh! señor ¡qué talisman tan precioso! ay! si lo hubiese yo poseído cuando tenía veinte años!... Pero, su merced no cena... ¿será que su merced no tenga apetito?.....

Levantóse Touquet bruscamente, y fué á mirar un reloj de palo que estaba en el testero de la sala.

—Las nueve! dijo el barbero con impaciencia; las nueve... y no acaba de llegar!..

—Cómo! ¿espera su merced á alguien esta noche? dijo con sorpresa la anciana criada.

—Si, espero á un amigo... pon otro cubilete en la mesa; pues creo que cenará conmigo.

—Dudo que venga, replicó Margarita, mientras egecutaba las órdenes de su amo: es tarde, y hace un tiempo horroroso Muy osado es preciso que sea el que se ponga en las calles solo á estas horas.

En aquel instante se oyó un recio golpe á la puerta del zaguan, y el barbero dejando escapar una sourisa imperceptible exclamó: "El es."

CAPITULO II.

El señorón y el barbero.

LA vieja Margarita hizo un movimiento de asombro luego que oyó llamar, y mirando á su amo, balbució:

—¿Quiere su merced que abra?

—¿Y por qué no? ya te dije que aguardaba á un amigo, respondió el barbero alizando la lumbré; anda Margarita, anda pronto.

La vieja era muy medrosa, y todavía daba muestras de vacilar, cuando una mirada de su amo acabó de decidirla. Tomando una lamparilla, se encaminó al pasadizo que conducia al zaguan de la casa. Contaba Margarita sus sesenta y ocho años;

y así el trabajo como los ayunos habían agoviado su cuerpo; echó á andar con pasos lentos, y los altos tacones de sus enormes chapines hacían oír un ruido uniforme, cuyo compás era imposible acelerarse la añosa momia.

Luego que estuvo en medio del largo zaguán, un segundo golpe, mas recio que el primero, sacudió la puerta, é hizo temblar todos los vidrios de la casa.

—Valgame Dios! dijo Margarita; que prisa traen!... ¿Quién será este amigo del amo que llama con tanto estruendo? De esta hecha ¡vamos á tener copia de vidrios rotos en casa, ¿quién lo duda? ¿Si será Chaudoreille? oh, no; ese llama siempre muy quedito. ¿Tarlupin tal vez? bah! ya estaría cantando en la calle. Luego ese no es amigo del amo. Ah! mucho me pica la curiosidad por saber quien sea.

No obstante sus buenos deseos, no caminaba Margarita con mayor premura. Llegó por fin á la puerta; y habiéndose encomendado á la Santa de su devoción, se resolvió á abrirla.

Un hombre embozado en una ancha capa cuyas vueltas le tapaban hasta los ojos y cobijada la cabeza con un sombrero, á quien servía de adorno un enorme penacho de plumas blancas, y tan echado á la cara que era imposible ver parte ninguna de ella, se presentó en la entrada, preguntando con voz hueca si estaba en casa el barbero Touquet.

—Si señor, dijo Margarita, procurando, aunque en vano, atisvar las facciones del sugeto que tenía delante; si señor en casa está: ¿su merced será sin duda el caballero á quien aguarda?

—Cabal, replicó el desconocido; llévame á donde esté.

Cerró Margarita la puerta, y suplicó al hombre extraño que la siguiese. Mientras le alumbraba por el largo pasadizo que tenían que enflar, volviase con frecuencia la curiosa dueña y arriaba la lamparilla al rostro de su seguidor, só pretexto de prestar luz á sus pasos, aunque su verdadero objeto era descubrir en su persona algun indicio que le diese á conocer cual era el personaje á quien en la casa introducía. Inútiles empero fueron sus artimañas; seguía su camino el forastero con la cabeza baja y las narices embutidas en el emboce de su capa. Tuvo que consolarse la vieja con el examen de sus botas, que eran blancas y de las que se llamaban de *embudo*, con sus correspondientes espuelas. Denotaba esto que lo demás del equipage seria de buen gusto; pero como aquella clase de calzado se habia hecho bastante comun, no era suficiente seña para dirigir á Margarita en sus conjeturas.

Llegaron á la sala baja donde entró con pasos presurosos el desconocido, mientras la anciana dueña decia á su amo:

—Señor, aqui está el sugeto que llamaba á la puerta; no sé si es el amigo que su merced estaba aguardando..... No he podido verle la cara...

No dejó el barbero que Margarita acabase su oracion; pero, acorriendo al extraño, le hizo acercarse á la lumbre, diciéndole:

—Por fin llegaste: eh? temí que la noche, y el mal tiempo..... pero sientate aqui; cenaremos juntos.

—Bueno! dijo entre sí la criada, para cenar es preciso que se quite la capa, y entonces le veré el rostro. ¿No sé porque tengo tantas ganas de conocer al dichoso hombre?... Si es un amigo de mi amo, pocas veces ha venido acá, pues que el eco de su voz no me es conocido. Luego su talla es regular, mas bien alta que baja; deberá ser joven... sí. No obstante su facha no es de bachiller..... apuesto á que es un real mozo... Por su modo de andar cualquiera diria que era soldado... Ahora veremos si me equivoco.

Y la inquisitiva dueña no apartaba los ojos del desconocido, quien se habia repantigado en un sillón, y no daba la mas leve muestra de quitarse sombrero ni capa, aunque tuviese ambas prendas completamente empapadas en agua.

—Si su merced lo tomase á bien, dijo Margarita acercándose al objeto de su curiosidad, yo podría llevarme esa capa, que está hecha una sopa, á fin de secarla mientras cenare su merced.

—No es necesario, Mârgarita, dijo el barbero, interponiéndose con precipitacion entre su huésped y la vieja, no haces aquí falta para nada. Retírate á descansar; yo tendré cuidado de cerrar la puerta de la calle, luego que se vaya mi amigo. Al recibir esta orden quedóse Margarita estupefacta. Mirando á su amo, iba á permitirse algunas observaciones; pero el barbero le dió una severa mirada, y los ojos del maestro Touquet tenían á veces una espresion que inspiraba la obediencia mas ciega.

—Vete, dijo de nuevo á su criada, y sobre todo cuidado con bajar otra vez.

Callóse Margarita, y tomando su lámpara, saludó á su amo, y se dispuso á salir de la habitacion, echando al soslayo una última mirada al embozado, quien permanecia inmóvil delante de la lumbre, y cuyas facciones continuaban invisibles. Preciso le fué á la curiosa dueña irse á acostar sin descubrir el mas leve indicio que la asegurase de la verosimilitud de sus conjeturas acerca de la edad, egercicio, fisonomia ó talante del desconocido. ¡Qué tortura para una inquisitiva vieja!... pero su amo le señalaba con el dedo la puerta de la sala, y por fin tuvo que salir de ella Margarita.

Luego que se ausentó la criada, y que se dejó de oír el ruido de sus pasos, el hombre extraño, soltó unas cuantas carcajadas, arrojando lejos de sí su capa y sombrero. Presentóse entonces en cuerpo gentil tal cual era: sus años llegarían á treinta y seis, y sus facciones podrian pasar por simétricas, nobles é inteligentes. Sombreaba su labio superior un corto bigote de color pardo, y su boca, al sonreirse, dejaba ver una dentadura de blanquísimo esmalte. Sus ojos, en extremo vivos, alternativamente fogosos, tiernos y apasionados daban á entender que tenian costumbre de expresar todos estos sentimientos; pero el disgusto, el empalago, que se diseñaban sobre las facciones pálidas y fatigadas del desconocido, parecian traslucir que despues de haberse entregado á sus pasiones con demasiado ahinco, le costaba un doloroso esfuerzo experimentarlas de nuevo.

Su equipage era tan rico como galan. Vestia una ropilla celeste claro, sobre la cual formaban la plata y la seda delicados matices con el tercio-

pelo que la servia de fondo, y finisimos encages orlaban el cuello que sobre los hombros le caia. Llevaba ceñida la cintura con una faja blanca, y serviale de adorno y de defensa una espada guarnecida de piedras preciosas.

Luego que se alejó la criada, mudó de tono el barbero para con su huésped; el respeto, y la humildad sucedieron á la franqueza fingida por Touquet en presencia de Margarita.

—Suplico á Vueseñoria me perdone, Señor Marques, dijo saludando profundamente á su huésped, si me he tomado la libertad de hablarle de tú; pero en esto no hice mas que sugetarme á sus mandatos, á fin de engañar mejor á mi criada, y apartar de ella toda sospecha respecto al rango de vueseñoria.

—Has hecho perfectamente, querido Touquet; contestó el marques, repantigándose delante de la lumbre; en cuanto á mí te aseguro que me costó infinito trabajo conservar mi formalidad delante de la pobre muger, quien no sabia de que treta valerse para atisvarme una cara, que á decir verdad, poca luz hubiera prestado á su escudriño pues que no es presumible que adivinase quien yo era.

—No, señor, no conoce á vueseñoria. Tal supongo, á lo menos, esto es personalmente. De oidas empero, no me atreveré á decir otro tanto, pues que el Señor Marques de Villebelle ha dado tanto que hablar por sus galanterias, proezas y hechos de armas, que su nombre se ha tornado talmente famoso y sus aventuras han adquirido tanta publicidad, que le conocen hasta las últimas clases del

pueblo: asombro de los padres, de los tutores, de los maridos, y hasta de los mismos amantes... porque para vueseñoria no hay rival que valga, á par que su nombre, pronunciado con terror por los hombres, ha hecho suspirar á todas las mugeres, á las unas por dulces esperanzas y á las otras por amargos recuerdos. Luego, como el Señor Marques ha buscado el placer do quiera que ha encontrado la heldad; como á veces se ha dignado bajarse hasta obsequiar á la mas humilde plebeja, y ha dirigido sus miradas con benigna condescendencia á la casera tenderilla y á la bobalitona lugareña, no seria imposible que mi vieja Margarita hubiese servido en alguna casa donde el Señor Marques hubiera dejado sus memorias. Tal vez las señas de su persona... mas vale, pues, que no haya visto á vueseñoria, ni penetrado su riguroso incognito.

—Muy cierto, y pretendo conservar el misterio á toda costa de aqui en adelante respecto á mis aventuras amorosas. Ahora bien siéntate Touquet; pues tengo mucho que decirte.

—Señor...

—Nada, siéntate, yo te lo mando, aqui me despojo de mi rango y mi grandeza: vuelvo á ver en tí al primer confidente de mi galanteria, al servidor de mis pasiones, al osado, cuya imaginacion se entusiasmaba á la vista del oro, y que no conocia obstáculos cuando una bolsa atestada de doblones era la recompensa de sus servicios. Supongo que eres siempre el mismo, ¿no es verdad?

—Ah! señor los años nos hacen sentar la cabeza. Hace diez y siete que tuve el honor de

servir á vuesañoria por la primera vez; pero desde aquel tiempo he entrado en reflexion, y he aprendido á cavilar.

—Qué! ¿te habrás vuelto hombre de bien? Pero... no hace diez años que me valí de ti otra vez. Entonces seguías aun egerciendo la profesion de rufian. ¿Y qué? tu conversion data desde esa fecha?

—El Señor Marques siempre está de broma: y llama rufianerías á los servicios que le he prestado, en virtud del mucho afecto que le profeso.

—Llámalas como quieras, poco se me dá: no es conmigo con quien has de echarla de hipócrita y escrupuloso. Vamos al hecho: ¿te hallas siempre dispuesto á servirme? ¿Te se ha apagado el genio? y no podrá el oro resucitar sus cenizas?

—En obsequio de vuesañoria seré el mismo siempre, señor marqués; no debeis dudar de mi celo y adhesion.

—Gracias, eso es cuanto exijo de tí. Pon cara de santo para los demás si te tiene cuenta, pero respecto á mi has de ser el barbero complaciente de antaño.

Nada respondió Touquet, pero apartó la cabeza, y un ceño anubló sus facciones. Recobrando sin embargo al punto su calma habitual, y sonriéndose, volvióse hácia su huésped, quien entretanto taconeaba sobre la tosa de la chimenea, completamente distraido cual si ya no pensase que se hallaba en casa del barbero. Esperó este con impaciencia á que el marqués prosiguiese su discurso. Al cabo de cinco minutos el noble Señor rompió el silencio:

—Querido Touquet, cuando repaso en la memoria los acontecimientos de mi vida, mucho me admiro de verme todavía en este mundo. ¡Cuántas veces no he visto relucir delante de mis ojos el puñal de un amante celoso, de un marido, de un padre! ¡Cuántos no han jurado mi muerte! ¿Y las mujeres? ¡Si todas las que he engañado, abandonado, vendido, hubiesen puesto por obra sus proyectos de venganza! Por buena fortuna no estamos en Italia, ni en España, y aun cuando no faltan entre nuestras Francesas algunas almas vengativas, que conserven rencor á los pérfidos, la liviandad y la inconstancia no son crímenes irredimibles á los ojos de nuestras hermosas, quienes algunas veces se dignan ponerse en nuestro lugar, y dicen para sí que lo mismo hubieran hecho ellas.

—Es muy cierto, señor, que la vida de Vueseñoria, al menos durante todo el tiempo que he tenido la honra de merecer su confianza, ha sido una serie continua de aventuras muy chistosas y á veces no poco arriesgadas: raptos, seducciones, desafíos, ataques á fuerza abierta, en fin, nada ha detenido á Vueseñoria cuando se le ha ofrecido algun obstáculo. ¡Y qué estorbos habia de encontrar? Rico, noble, poderoso, bien formado, galante y generoso en extremo. La fortuna y la naturaleza han rivalizado en obsequiar á Vueseñoria, Señor marques, y anheloso de gozar de la vida, habeis aprovechado bien cuantas ocasiones ofrecídose os han. Muchos hombres en Francia han envidiado vuestra dicha.

—Mi dicha! ¿y crees en efecto que yo haya sido dichoso?

—¿Y quién ha impedido que lo fuérais, Señor?

—Nadie, y tal vez á esa circunstancia deba yo el aburrimiento y el disgusto que tantas veces me han asaltado en el centro mismo de los deleites. En tal cual ocasion, no niego que he conocido la felicidad. Su duracion empero fué muy corta, desahizose con tanta rapidez! El aspecto de la belleza inflama mis sentidos, y hace palpar mi corazon. Ese sexo divino al que idolatro, ha egercido siempre sobre mí un imperio absoluto. Al ver á una muger hermosa, amo ó á lo menos creo amar; apenas, empero, se satisfacen mis deseos, apágase mi amor, y véome obligado á buscar un nuevo objeto, á fin de reanimar mis desmayados sentidos.

—Afortunadamente encierra esta capital gran copia de muchachas bonitas; asi la ciudad como la corte os ofrecen innumerables objetos con los que podiais amenizar vuestros gustos.

—Todo se embota, todo llega á gastarse, así las sensaciones como la memoria. Temo que á fuerza de haber ardido, no se torne mi pobre corazon como aquellos pedernales que á fuerza de mucho servir no emiten ya la mas leve chispa cuando los hiere el eslabon. Estoy fastidiado de las intrigas de la corte. Esas valen aun menos que las demás. ¿Y por qué ha de encontrar uno en ellas aliciente ni cosa que lo valga? Todas se conducen con etiqueta, luego exigen cierta restrictiva finura. Nosotros, gente de tono, sabemos demasiado bien el arte de vivir, para tomar á pechos las infidelidades; cada cual se contenta con hacer lo mismo que se le hace, y con

cuatro cortesías se sale del paso mas apurado: todo eso equivale á rebentar de fastidio. Las damas de la corte ya no me ofrecen novedad alguna. ¿Qué se me habrá perdido en la tertulia de Madama de Lasme? allí se ven siempre las mismas caras. Aunque el Cardenal se haya empeñado en ponerla en boga, estoy muy lejos de admirar esos talentos que la supone. ¡Qué diferencia hay entre ella y la jóven y preciosa Ninon! esta sí que dejará eterna fama! Verdad es por otra parte que tiene demasiado talento y exquisima sensibilidad. Mi corazon, helado antes de tiempo, necesita volver á entrar en calor con el roce de un corazon apasionado. En la ciudad valen las mugeres poco mas ó menos lo que estas señoras de rango; las muchachas de medio pelo se van volviendo tan coquetas! luego si aun supieran hacerse las difíciles, tendrian algun aliciente; pero cualquier jóven de apellido ilustre, bien con torneado, que gaste una capilla de paño fino, basta para volverles la chaveta. Las mugeres de los tenderos nos cazan al vuelo, las de los artesanos con reclamo... y en medio de todo esto, los maridos se van tornando tan mansos, tan complacientes... nos temen mas que á la ira de Dios, nuestro rango les hace agachar las orejas..... bajo mi palabra, que esto es capaz de aburrir al mismo Cupido!..... Si continuan así las cosas, preciso nos será enamorarnos á la Turca, y ya solo tendremos que arrojar el pañuelo á la favorita de nuestra presente ilusion.

—Vamos, señor marques, siempre nos queda el arbitrio de volvernos hombres recogidos, como

no dudo lo habrá hecho Vueseñoria, desde que le serví por última vez ahora diez años.

—A fé mia que sí, porque no merece hablarse de unas cuantas aventurillas comunes que no han tenido transcendencia. He estado en el ejército y he andado á cuchilladas con el enemigo. Gustábame infinito esa ocupacion, y ojalá hubiese durado, pero se hizo la paz inesperadamente. He visitado mis haciendas, he pasado buenos ratos con algunas aldeanitas muy monas, pero eran tan burdas, tan pánfilas. Ahora que me acuerdo se me olvidaba decirte que me he casado.

—Casado! ¿qué, señor, será posible que Vueseñoria?

—No lo dudes: fué preciso. mi rango... mis destinos en la corte... Luego hallábame asateado de deudas, bien que eso me inquietaba muy poco, mas al fin era una cosa tratada, y así el cardenal como la Reina lo habian arreglado á su gusto. Caséme con la hija del conde de Laroche. Mi muger era bonaza... de caracter pacífico y que jamás hacia caso de mis enredos, y eso era precisamente lo que me hacia falta. Yo no dejaba de quererla... es decir... con la templanza con que uno debe amar á la muger propia, pero hace dos años que se murió sin dejarme prole ninguna. Esto me disgusta en extremo... paréceme que los chiquillos habrian de agrardarme sobremanera.

—Conque Vueseñoria está viudo?

—Si, encuéntrome hoy poseedor de una nueva y considerable fortuna y ademas muy bien querido en la corte: favoréceme el cardenal, y aun es-

toy á la piqueta de los empleos más importantes.

—Supongo según eso que el señor marques conducirá ahora sus intrigas con mayor reserva.

—Ah! pobrecillo Touquet, no creo que la ambición llegue nunca á apoderarse de mi, pero quien sabe!... luego es preciso acatar al temible *que dirán*. También el sigilo y el misterio encierran alicientes mil y dan gustillo á las acciones más insignificantes... pero ¿y tu te encuentras ya metido en la hermandad de San Marcos?... paréceme que te hallo ménos alegre, ménos rebullidor que algunos años atrás.

—No, señor marqués, me mantengo soltero.

—Pues mira; en eso has obrado como hombre de juicio. En tu estado, una muger te seria una postema, pues que pintándote solo para llevar adelante un enredo, y siendo las hijas de Eva tan curiosas tendrías que participar lo todo á tu costilla, y pudiera comprometerte. Luego no has sido tu nunca muy enamorado; pues el oro fué siempre tu Dios, tu solo idolo. Un bolsillo bien atestado solia hacerte gran calculista, soberbio inventor, capaz de operar prodigios inauditos. Verdad es que tus ganancias corrian burro una hora despues á los dados ó al truquiflor, y llevábase satanas el fruto de los esfuerzos de tu ingenio.

—Ah! señor...

—Si, tan tahir eras como rufian. Tal vez hayas amainado velas en estos últimos diez años; casi, casi estoy inclinado á creerlo, porque tienes facha de gozar de una cómoda medianía á par que esta casa no anuncia por cierto la indigencia ni el desorden: luego tienes tu criada... tu

buena cena servida con aseo... Cáspita, se me ha antojado probar tu vino.

—Ah! señor, no es digno de que Vueseñoria se lo lleve á los labios.

—Cabalmente tengo capricho por las cosas indignas, barbero.

Hablando así llenó el marques uno de los vasos, y apurólo de un sorbo.

—No es del todo malo á fe mia.

—Ah! señor, si lo tuvierais en vuestra mesa...

—Entónces quizas lo hallaria detestable. Pero ¿que quieres?... la variedad... ¿y te has puesto rico, he?

—No rico, señor, pero junté lo suficiente para comprar esta casita.

—Ola! ¿conque es tuya la casa?

—Si, señor marques.

—Diantre! maese Touquet... preciso que hayais dado buenos golpes de mano para tornaros propietario nada menos de la noche á la mañana.

Nublósele el rostro al barbero, frunciéronsele las cejas hasta juntarse una con otra: despues de haber mirado en torno de si con ojos de espanto, balbució con dificultad.

—Señor marques, juro á Vueseñoria...

—Válgame Dios buen Touquet, yo no vengo á pedir juramentos, dijo sonriéndose su colocutor, héte ahí tan turbado como si te vieras delante del alcalde del crimen..... ¿Te se figura que he venido acá para inquirir por qué medios has logrado hacer fortuna? A nombre de todos los diablos me crees tan bobo que juzgue ser esta casa fruto de tus economías barberiles!

—Señor, aseguro á Vueseñoria que mis ahorros.....

—Si, si, está muy bien: dejemos eso á un lado, y vamos al asunto que me trae aqui, porque al fin para algo he venido á tu casa... y mala suerte tenga si ya no se me habia olvidado.

Dió muestras el barbero de respirar mas libremente, recuperaron sus facciones la espresion habitual, y levantando los ojos para mirar al marques, quien parecia haber sacudido su soñolienta distraccion á fin de explicar el motivo de su visita nocturna, hizo ademán de aprestarse á su deseo.

—Cuando te encontré esta mañana en el Puente Nuevo iba yo dando caza á una chiquilla muy mona. Sin ser una perfecta beldad, tenia cierta gracia, cierto atractivo en su garbo y contornos, y unos ojuelos muy vivos é interesantes. No creí que habriá de ser muy difícil conquistarla; pero la ladina apretaba el paso, y nada respondia á mis chicleos. Embocéme con cuidado en la capa á fin de que no me conocieran algunas elegantes que por alli habia, y las cuales me hubieran dado chacota al verme correr tan desafortado detras de una griseta. Esta se detuvo un instante para oír cantar á unos ciegos; fué mientras ella estaba parada en el corro de curiosos cuando te ví y conocí al punto; pues que tu fisonomia es de aquellas que jamas se borran de la memoria.

—Tambien yo conocí al instante á mi señor marques, á pesar de lo bien embozado que iba, porque en diez años no han sufrido alteracion sus facciones; á demas que es imposible desconocer

esas formas elegantes que cautivan á cuantas bellas las contemplan.

—Tu me adulas, picaron; y todo eso por no decirme á las claras que voy envejeciendo: pero volvamos á nuestro asunto. Al instante que me diste las señas de tu casa, fuime á colocar junto á mi griseta.

—Si vueseñoria me hubiera explicado esta mañana lo que le llevaba allí, yo le hubiera ahorrado el trabajo de seguir en persona á esa chiquela.

—Gracias; gustábame contemplar su lucido grajeo, y por otra parte no tenia en que entretenerme mejor. Dirigióse ella hacia la ciudad y entró en la calle de la Calandria; á todo esto seguia yo prodigándole mis flores, mas ella las escuchaba sin responder, aunque su sonrisa demostrase que le eran agradables. Por fin, detúvose delante de la tienda de un perfumista, á donde quise entrar con ella; estorbómelo, sin embargo diciéndome en un tono muy singular: «El señor marqués de Villebelle es demasiado conocido para que yo pueda entrar con él en ninguna parte. Mi reputacion quedaria perdida de hecho, y así suplico á Vueseñoria que no me comprometa.» Ahora bien, Touquet amigo, ¿conoces tu á esa griseta, que tiene la reputacion tan cristalina? En cuanto á mi, te confieso que me sorprendí tanto al verme conocido por aquella muchacha que al oirla hablar de la suerte me quedé como un tonto en medio de la calle, en tanto que mi linda conquista tomó refugio en el fondo del almacén.

—Bien os decia yo, señor, que todas las clases del Estado os conocen por demas; creedme, que luego que una chiquilla cumple los 12 años la asusta su madre con el marques de Villebelle, tanto como lo hacian con el *cancon* cuando estaba mamando.

—Mas vale asi: las mugeres anhelan siempre conocer á aquellos hombres que se les pinta como peligrosos y osados. Pobres madres! mientras más aconsejeis á vuestras hijas que huyan de mí mas han de venir á buscarme las inocentes. Mira Touquet, aqui tengo un puñado de oro.

Verás á esa muchacha, y ya que sabe quien soy, no es menester le digas que voy á serle fiel: por fin, tampoco importa: prométele cuanto te dé gana. Cuidado que dentro de tres dias me la llesves á la casita ó *picadero* que tengo en el arrabal de San Antonio... bien sabes...

—Si, señor, si; bien me acuerdo de ella; la misma que tenia alquilada Vueseñoria en tiempo de marras?

—Si, pero la he comprado desde entónces y he hecho de ella un pequeño templo de Venus... Oh! ya la verás... Pinturas magnificas, ricos espejos, profusion de mármol y alabastro haciendo juego con sederias costosas, terciopelos y otras telas exquisitas. He gastado en adornarla arriba de cincuenta mil francos... pero ha quedado divina, cual el pabellon destinado en el paraiso para las Hourís. Que espléndidas cenas he tenido allí con Montglas, Chavagnac, Villempré, Monteille y otros varios elegantes de la córte.

—¿No fué allí, señor marques, adonde os lle-

vé aquella chica, cuyo rapto dió tanto que hablar?... Si bien me acuerdo, fué aquel nuestro primer lance de este género... Entónces teniais cuando mas diez y nueve años... y la muchacha.....

—¿Y á que diantre quieres recorrlarme esa aventura? dijo el marques haciendo un movimiento de enfado y apretando el bolsillo que acababa de sacarse del cinto, y en el que ya habia fijado el barbero sus ansiosas miradas.

—Perdóneme Vueseñoria, dijo Touquet, mas no pensaba yo pudiese desagradaros el recuerdo de un lance que puso la primera piedra á nuestra reputacion... La jóven era tan linda como discreta, y su padre, antiguo arcabucero de la guardia del rey Enrique, no era hombre de bromas. La bala de su arcabuz atravesó á Vueseñoria el sombrero, mas vuestra espada hizo morder el polvo al vejete, mientras yo arrebaté entre mis brazos á su hija que habia perdido el conocimiento...

—Cállate... cállate... malvado! dijo el marques, levantándose bruscamente y fijando en el barbero los ojos enfurecidos, cuya mirada parecia sufrir aquel con la mas perfecta indiferencia.

Volvió á interrumpirse la conversacion. Paseábase el marques por la vivienda con pasos presurosos, y parecia hallarse absorto en reflexiones penibles. Pronto sin embargo, se le escaparon algunas palabras sueltas, mas no eran á Touquet á quien iban dirigidas. El marques parecia hallarse vivamente agitado, mientras pronunciaba á media voz:

—Pobre Estrella!... ¿que habrá sido de tí?...

ella me amaba... me creia un simple estudiante... Tambien la queria yo... si: jamas desde aquel tiempo he experimentado una sensacion que pueda compararse con el amor que inspirado me hubo... Yo era tan jóven! Ah! el cielo sabe que no fué mi ánimo batirme con su padre... No hice sino defenderme! Gracias á Dios que su herida, muy ligera en si, no tardó en sanar... Pero Estrella, luego que supo mi nombre y este suceso, me maldijo!... Si: aun se me signra que la oigo... despues se escapó de la casa en que yo la tenia oculta!... Desde entónces, no he vuelto á saber de ella! ¿Ni tu tampoco has tornado á verla Touquet?

—Jamás, señor, la he visto ni oido hablar de ella desde aquel tiempo.

—Pobre Estrella! repitió el marques al cabo de un instante mientras el barbero añadía á media voz.

—Ahora contará sus treinta y cuatro años y pico.

Esta observacion pareció disipar un poco los pesares del marques.

—En efecto, dijo este acercándose á la lumbre, deberá tener esa edad sobre poco mas ó menos, si todavia vive. Y yo me la representaba tal como la conocí entónces! Que prisa se dá el tiempo en pasar!... Vamos, olvidemos todo eso... Al cabo, fué una aventura como otra cualquiera: un capitulo mas en la historia de mi vida.

—Conque vueseñoria dice que esa muchacha vive en una perfumeria de la calle de la Calandria, en la ciudad?

—Como! ¿qué muchacha es esa?

—La que Vueseñoria siguió esta mañana desde el Puente Nuevo. (*)

—Ah! tienes razon!... se me habia olvidado; si fácil te será reconocerla: talle cimbron, contornos bien nutridos, veinte años, segun pienso, cabellos castaños, ojos negros... la boca risueña y la dentadura enana, la tez un poco morena: creo que no es francesa, porque su fisonomia tiene un no sé que de chusca y socarrona... nada de boba ni de pazguata, no señor... por fin esas son cuantas señas puedo darte.

—Basta con esas, señor marques; dentro de dos dias espero que esa jaquita estará ya haciendo piernas en vuestro picadero.

—Está muy bien: toma... ahí tienes la paga de tus primeros pasos: te prometo otro tanto si sales avante con tu empresa.

Al decir estas palabras, arrojó el marques sobre la mesa el bolsillo lleno de oro y que habia conservado en la mano. Escapóse una sonrisa de los labios del barbero, mientras su huésped recogió la capa y se puso en la cabeza su estenso chambergo.

—Ya es tarde, dijo el marques embozándose;

(*) Esta traduccion de Puente Nuevo por Pont Neuf, aunque recibida, no es sin embargo exacta. El motivo de llamarse así es porque, son NUEVE (neuf) las calles que desembocan en aquel parage y de esta circunstancia deriva su nombre el citado puente. Sin embargo, como la innovacion de Puente Nueve podria aparecer chocante, me ha parecido mejor seguir el uso aunque erróneo que hasta aqui han adoptado nuestros traductores.

tengo que recogerme. Pasado mañana, á eso de las diez de la noche, volveré á saber el resultado de tus diligencias.

—¿Y encontraré á al guien en la casita de vueseñoria?

—Si, á Marcelo, uno de mis criados, muchacho muy fiel, y que está allí de asiento; ya estará avisado.

—Basta, Señor: espero que tambien en esta ocasion quedará vueseñoria satisfecho de mis servicios.

—Confío en tu celo... cuidado que es preciosa la chiquilla! Con eso tendré distraccion para algunos dias. Andando! amigo Touquet, sigamos nuestro destino!... la galanteria, la voluptuosidad, el placer! esa es mi vida, ese el sendero que los hados... ó por mejor decir mis pasiones me trazan; no me seria fácil tomar otra ninguna y por eso camino por él, como un ciego que se abandona á la Providencia. Dudo que semejante vereda me conduzca á la felicidad; pero lo cierto es que ya no puedo desviarme de ella. Tu solo conoces el oro, y el manejo de las intriguillas de amor; andas á caza de los medios que consigan aumentar tu fortuna; y ese metal que yo derrocho en mis caprichos, es sin cesar el objeto de tus anhelos. Sigamos cada cual nuestra carrera y veremos quien sale mejor de ella algun dia.

Dirigióse el marqués hácia la puerta, y el barbero, tomando una lamparilla, le fué alumbrando por el corredor. Luego que llegaron á la puerta ofrecióse Touquet á acompañar á su huesped hasta su propia casa...

—Te lo agradezco, pero no es necesario. Aquí tengo mi espada y con ella á nadie temo.

Al acabar estas palabras, estaba ya el marqués en la calle, donde desapareció á poco de la vista del barbero. Atrancando este su puerta, volvióse á la sala baja. Luego que llegó allí, apresuróse á abrir el bolsillo que se habia quedado sobre la mesa: contó las monedas de oro que contenia sin que sus ojos pudiesen hartarse de contemplarlas. Mas pocos instantes despues oyóse un sonido triste y pausado; era el reloj de San Eustaquio que acababa de dar las dos de la madrugada.

Púsose pálido el barbero y los cabellos parecian herizársele. Paseó en torno de si sus adustas miradas cual si temiera descubrir algun objeto espantoso; luego, habiéndose pasado la mano por la frente repetidas veces, metióse el bolsillo en el seno, y tomando una lámpara se dirigió hácia la puerta del testero, diciendo con voz ronca.

—¡Las dos!... vamos á acostar! Ah! si me fuera posible dormir!



Al acabar estas palabras, estubo el marqués en las calles de la ciudad á poca de la salida del barbero. Alzando este su puerta, volvióse á la sala de la casa, y dijo: «¡Ay, ay, ay!»

CAPITULO III.

Después de haberse despedido el marqués de su esposa y de haberse ido á la cama, se levantó á las once de la noche, y se fue á la casa del barbero. Alzando este su puerta, volvióse á la sala de la casa, y dijo: «¡Ay, ay, ay!»

Blanca. — Un cuento de brujas.

SUCCEDIO el día á aquella noche lluviosa y larga. Abrieron sus tiendas los mercaderes, retiráronse á descansar los rondines mientras, que los osados ladrones, que emprenden sus proezas en la oscuridad, cedieron el puesto á los rateros que en la mitad del día iban á ejercer sus habilidades en los barrios mas populosos. Las criadas estaban ya en pié; los maridos habian abandonado el lecho nupcial, pues entónces á lo menos entre la gente de rango mediano, no era comun hacer cama aparte; los amantes que soñaran con sus queridas se disponian á realizar en parte sus ensue-

ños; y aquellos, que habian hecho algo mas que soñar, iban á tenderse á la larga á fin de reposar de las fatigas de la noche; al paso que las muchachas que habian estado pensando en sus cortejos, mientras durmieran ó velaran, se aprestaban á seguir pensando en ellos durante las faenas ordinarias del dia. En aquel tiempo, así como en este, el amor constituia la ilusion de la juventud, el pasatiempo de la edad madura y el recuerdo de la vejez.

El barbero era quien primero se levantaba en su casa. No tenia aprendices, aunque se lo permitiesen sus circunstancias; y cuando le preguntaban por qué no tomaba algun mancebo que le ayudase en los quehaceres de su oficio, respondia Touquet: A nadie necesito; yo solo basto para dar avio á mi trajin, tampoco me gusta que coman á mi costa unos holgazanes, que despues de constituirse en espías de las acciones de su amo, van á comentarlas en todas las casucas del cuartel.

Bien le constaba al barbero quien es Margarita, aunque algo curiosa y medianamente bachillera, no era capaz de faltarle á la obediencia en lo mas mínimo; salia tan solo la vieja para hacer la compra, y en seguida subíase al aposento de la muchacha, de quien nos ha hablado ya, y de la que no tardaremos en hacernos amigos. Unicamente cuando su amo se ausentaba de casa, lo que raras veces acontecia, bajaba la añosa sirvienta á la tienda. Por otra parte, el barbero no podia estar sin criada, desde que se hubo hecho cargo de Blanca, y la teuia consigo.

Era Touquet quien abria la puerta de su tienda. Así lo hizo en esta ocasion, y asómose á la

calle; pero aun no era hora de que llegasen sus parroquianos. El barbero estaba pensativo y mustio al pensar en la comision que el marques le habia dado. Metióse adentro diciendo:

—Mucho tarda Chaudoreille esta mañana, y sin embargo le toca afeitarse hoy.

Presentóse Margarita á la puerta de la trastienda, y despues de haber reconocido el terreno, tal vez para asegurarse de si estaba todavia por allá el desconocido de la noche anterior, saludó á su amo respetuosamente y le dijo:

—Señor, ya está levantada la señorita Blanca, y pide permiso para dar á su merced los buenos dias.

Volvió á asomarse á la calle el barbero, y luego, entrando en la la trastienda, dijo á Margarita.

—Que venga.

Apenas hubo hecho la criada una seña en el pasadizo, cuando una jóven ligera como una gamuza y fresca como un pimpollo de rosa, se presentó en la salita, donde la aguardaba Touquet, y corriendo á su encuentro le dijo con la sonrisa mas amable:

—Buenos dias padrino.

En seguida ofreció al barbero su cándida frente, y acercándose este, á penas la rozó con los labios. Parecía reprimirla algun penoso sentimiento, y que recelaba marchitar con su halito aquella tierna flor.

No habia sido exagerado el retrato que Margarita hiciera de Blanca. La jóven era tan linda como parecia sencilla é inocente; sus negros ca-

bellos, formando en sus sienes una lustrosa benda le caían en rizos sobre el hombro derecho; pues que los polvos, que ya empezaban á usar las damas francesas, no habían estropeado aun la hermosa cabellera de Blanca, cuyo cutis estaba en perfecta concordancia con su nombre, su boca era graciosa y sus ojos azules, sombreados por largas pestañas, tenían cierta espresion de inocencia y de suavidad, que tanta ilusion causaba en aquel tiempo como en el presente.

¡Que lástima daba ver su cuerpo aprisionado en la cotilla de talle bajo, y cuyas ballenas parecían comprimir con fuerza sus hechizos! pero entonces era moda, y basta. Hoy tenemos mejor gusto, nos empeñamos en que el talle esté donde le corresponde, complácenos poder achucharlo, ceñirlo cariñosos, sin tropezar con guarda infantiles, tontillos, cercos de plomo, flejes de hierro, cartones, ni corazas. Por buena fortuna, nuestras hermosas tienen nuestro mismo modo de pensar, todos hemos ganado con la innovacion.

A pesar de su escurrida cintura y de su tremenda máquina corsetaria, de sus mangas cortas, de sus tientos vuelos, y de sus zapatillas con altos tacones, no dejaba de ser Blanca una perfecta beldad. La hermosura presta encantos á cuantos se pone, y la inocencia hace mas penetrantes los hechizos, mas verdaderas las gracias. Poseía Blanca cuanto se necesita para agradar, y sin embargo el barbero parecia poco sensible á los alicientes de la jóven, hácia la cual mostraba cierto temor, como era evidente por su ademán al saludarla con el beso de costumbre.

—¿Habeis pasado buena noche? preguntóle Blanca.

—Muy buena, agradezco tu cuidado.

—Margarita temia que no os hubiéseis acostado demasiado tarde, por cuanto uno de vuestros amigos se habia quedado á cenar en casa.

—No sé porqué razon se permite Margarita semejantes observaciones, ni que necesidad tenia? de haberte dicho que alguien estuvo aquí anoche.

Al hablar así, lanzó Touquet una adusta mirada á la vieja que estaba quitando el polvo á los muebles sin atreverse á mirar á su amo.

—Pero, padrino, repuso Blanca, ¿qué mal hay en cenar con un amigo?

—Verdad es, hija mia, nada tiene eso de particular.

—¿Y qué falta ha cometido Margarita diciéndomelo?

—Las criadas no deben charlar cuanto ven hacer á sus amos. Poco habrá de importarte, Blanca, que venga cualquiera á visitarme de dia ó de noche?

—Si señor, mucho, pues que eso me quita que baje á veros. Y bien veis, padrino, que seria preferible á estar encerrada en mi cuarto.

—Una jóven no debe admitir la conversacion de tantas gentes; luego como la mayor parte de los que vienen acá me son desconocidos...

—Ya, eso es por la mañana, pero por la noche son vuestros amigos los que vienen.

—Pocas visitas admito de noche, escepto la de Chaudoreille á quien conoces muy bien.

—Si; y me hace reir siempre que le veo, aho-

ra viene acá poco; antes por fin me daba lecciones de música, mas como ya sé tanto como él... Luego no quereis que salga de mi cuarto..—

—Blanca, es porque no te está bien.

—Pero cuando os hallais solo, preferiria haceros compañía, á quedarme oyendo los consejos de Margarita que muchas veces me dan miedo y me quitan las ganas de dormir.

—Bien te consta que soy poco hablador; me gusta descansar despues de lo que trabajo durante el dia.

—Pues si dice Margarita que os acostais muy tarde, que siempre teneis luz en vuestro cuarto y cree que no dormis arriba de una hora cada noche!

En vano tosia la vieja criada para que se callase Blanca; pero esta, juzgando que nada tenia de malo, la prestaba poquísima atencion y proseguia su retabilla. Margarita, á fin de evitar las miradas de su amo, restregaba los sillones que era un contento; mas esta vez se oyó la voz del barbero, quien dirigió la palabra á su anciana doméstica.

—Margarita, bien sabes que te dije cuando entraste en mi casa, que yo odiaba á la gente curiosa, atisvadora é indiscreta; en fin, a las criadas que se entrometen en espiar las acciones de sus amos.

—Si... señor... sí... respondió la vieja quitándole el polvo á una aucha mesa de nogal.

—¿Y como has averiguado que yo me acuesto tarde, que tengo encendida luz por largo tiempo, que duermo poco ó mucho de noche, cuando de-

bes encerrarte en tu cuarto á las nueve en punto, y meterte en la cama al momento?

—Señor, su merced habrá de perdonarme, pero algunas veces, cuando hace mucho viento..... ú oigo truenos, me es imposible quedarme dormida, y entonces me levanto para encomendarme á la santa de mi devocion, ó para poner en cruz un zapato y el mango de la geringa, ó bien colgar una ramita de romero bendito del testero de mi cama, pues bien sabe su merced que son eficaces recursos contra los rayos y los vendavales... Y si hubieran tomado la precaucion de colocar esos santos símbolos encima del Arsenal y sobre la torre de Billy, por cierto que las centellas no hubieran echado al suelo esos edificios en el año de mil quinientos treinta siete... ó treinta y ocho... no me acuerdo de la fecha exacta.

—Porra! ¿quieres dejar en paz tu romero y la torre de Billy, y contestar á lo que te pregunto?

—A eso iba, señor: siempre tienen la culpa los vientos ó las tormentas de que yo no pueda dormir, y como mi ventana está enfrente del aposento de su merced... enfrente, sí señor, esto es, un piso mas arriba... todo se vá allá... entonces, veo algunas veces la luz del cuarto de su merced... tambien me parece que su merced se pasea por su dormitorio... no me atrevo á jurar que sí... porque como hay cortinas en él,, la sombra me engaña de cuando en cuando...

—Pues á fin de ahorrarte la incomodidad de haber de averiguarlo, desde esta noche misma mudarás de aposento, y harás tu cama en el que esta encima del mio.

—¿Que! ¿señor, en esa vivienda en que nunca entra nadie?... creo que no se ha habitado desde que estoy en casa... y temo...

—Basta! obedece y procura en adelante no atisvar mis acciones, ó me veré obligado á despedirte...

—¡Válgame Dios! cuán desgraciada soy, Margarita en ver que te riñen por causa mia? dijo Blanca acercándose al barbero.—Si ella me dijo eso, padrino, fue por lo mucho que vuestra salud le interesa... bien sabeis la lealtad que os tiene... Pero ya que os incomoda, prometo que la pobre no volverá á cometer semejante falta. Vamos! se acabó, ¿no es verdad que no le guardais ojeriza?

La voz de Blanca era tan dulce y sensible que el maestro Touquet perdió algun tanto de su aire severo, y casi se sonrió al contestarle.

—Si, ya todo se acabó. Respecto á ti, Blanca, quiero que continúes siendo juiciosa y docil...

—Y con eso padrino, ¿me dejareis salir un poco? ¿no es verdad? ¿Permitireis que vaya á pasearme en el campillo de los Clérigos, ó por el Palacio Real?

—Veremos, veremos eso mas tarde; para distraerte debieras variar tus ocupaciones.

—Eso es lo que hago padrino; muchas veces suelto la aguja para hacer red, ó bien adelantó algo en la labor de tapiceria... Oh! vereis como hago ya algo de provecho...

—Conozco tu habilidad y gusto, tambien tienes un saltério y puedes divertirte tocándolo: Chau-

doreille te ha dado algunas lecciones.

—Si, ahora soy tan ducha como él, pues creo que su destreza alcanza poco, aunque la echa de gran músico... Pero todo eso no me distrae casi nada... más me gustaria asomarme á la ventana que dá á la calle, pero no me permitis abrirla.

—No Blanca; por este barrio transitan tantas gentes, que te verian y harian cucamona; y tal vez insultáran esos bachilleres y esos pages que tienen á gala cometer desórdenes.

—Vamos... no abriré la ventana; pero si me dais licencia... me taparé el rostro con una careta, y con eso nadie me verá.

—No por eso dejarian de notarte menos. Además que solo á las damas de la corte es permitido ponerse caretas. Te lo repito; evita las miradas de esos botarates, de esos impertinentes que recorren las calles para atisvar á cuantas ventanas encuentran. Todavía no has cumplido los diez y seis años. Dentro de poco tiempo tengo intencion de abandonar á Paris y de retirarme al campo. Allí gozarás de mayor libertad, disfrutando de mil placeres, preferibles por todos conceptos á los que esta ciudad pudiera proporcionarte... Pero, alguien entra en la tienda. Retírate á tu aposento, Blanca.

Saludó la jóven al barbero, y retiróse triscando por el pasadizo donde estaba la escalera que conducia á su habitacion. Al entrar en esta, dió Blanca un ligero suspiro, y dijo entre sí, mirando alrededor.

Siempre entre estas cuatro paredes!.. ¡ver siempre una misma cosa! no hablar mas que con Margarita... verdad que es una escelente muger, muy

amiga de agradar... y me quiere mucho... pero á veces son tan pesados sus cuentos! Por fin, ya que asi ha de ser...

Y Blanca, tomando la labor de tapiceria que tenia empezada, púsose á cantar mientras trabajaba, una de las tres canciones que su maestro de música le habia enseñado.

Abrióse la puerta de la habitacion y entró por ella Margarita, la que, habiendo seguido á la jóven, llegó mucho tiempo despues; porque sus piernas habian perdido la ligereza de cuando contaba diez y seis años.

La vieja dueña estaba de hocico, pues que Blanca tenia la culpa de que tuviese que mudar de dormitorio: lo que no era flojo negocio para Margarita. Advirtiolo Blanca, y corriendo á recibir á la anciana, hizola sentar, y tomándole las manos cariñosamente, le dijo con encantadora sonrisa.

—¿Estas enojada conmigo, chacha? bien puedes creer que lo dije todo sin malicia...

¿Quien podria resistirse á la sonrisa de Blanca? La vejez es tanto mas sensible al agasajo cuanto que raras veces lo experimenta; y esta es la razon porqué vemos perder la chaveta á un vejezuelo, tan pronto como una chiquilla le mira con gacha, á causa de que hacia tiempo que no le tocaban en suerte ojeaditas de esa clase.

—¿Y quién puede enojarse contigo? dijo Margarita, apretándole las manos... sin embargo es un lance tremendo... esto de cambiar de vivienda!... el tragin de una mudanza á la edad que yo cuento!.....

—No tengas cuidado, chacha mia; yo te ayudaré... yo cargaré con todos tus chismajos.

—Ohi! no es por eso; ambas viviendas estan en el mismo piso, y poco trecho hay que llevar los trastos... pero ese cuarto, en que he vivido ocho largos años, desde que vine acá, estaba, gracias á mis rezos y precauciones, al abrigo de toda visita por parte de los espíritus malignos. Allí me burlaba yo de las tentativas de los duendes, brujos y mágicos, y ahora tengo que recomenzar á hacerlo todo en el nuevo aposento que se me ha destinado...

—¿Conque segun eso, Margarita, crees que los hechiceros irian á visitarte si no tomabas todas esas medidas de seguridad?

—¿Y por qué no, hija mia? Piensas que esas gentes no se introducen adonde quiera que les dejan penetrar?... En Paris hay nigrománticos á millares; se entretienen los señores míos en robar por la noche los cadáveres que se quedan colgados de las horcas en Montfaucon; y en cometer mil borrores para que sus sortilegios tengan buen éxito. Habrá unos cincuenta años... por ahí, sí... mi madre me lo contaba... en gloria esté la bendita!... que cierto lacayo, arcuinado por el juego, vendió su cuerpo y alma al demonio por diez pesos. Transformóse en culebron Satanás, y tomó posesion del lacayo introduciéndosele en el cuerpo por la boca, desde cuyo tiempo hacia el infeliz unas muecas que causaban espanto, porque tenia al diablo dentro del buche. Algunos años despues, un rondin de los de á caballo fué arrebatado por una lejion de demonios... otros dicen que por un brujo.....

—Ah! chacha, vas á contarme unas historias, que habrán de tenerme temblando de miedo toda la noche.

—No te las digo para asustarte, sino para convencerte de que es preciso estar con cien ojos contra esos mágicos, y no ser como las gentes incrédulas que de todo dudan, cuando tenemos tantos ejemplares del poder de la mágica negra! No te citaré el caso de Urbano de Grandier, quien les había metido los diablos en el cuerpo á todas las madres monjas ursulinas de Loudon, porque es demasiado espantoso; pero me contentaré con repetirte, lo que aconteció á un brujo llamado César Perditor; habra ahora sus mil y setecientos años, que tuvo lugar el suceso, y ya tu ves, hija mia, que la fecha no es muy remota.

—Pero, chacha, ¿no era mejor que te ocuparas en mudar tus trastos? dijo Blanca, quien parecia poco curiosa de oír la conseja de Margarita.

—Tiempo háy para todo, respondió la vieja arrimando su silla á la de Blanca, y regocijada de poder contar un cuento de hechiceros, aunque la relacion le causaba tambien sus despeluzos.

—El tal César, comenzó Margarita, era muy hábil, segun afirman, en el arte de la magia; hacia caer á su antojo centellas y granizos. Acompañábanle siempre un espíritu maligno, que era su familiar, y un perro que llevaba sus cartas, y le traía las respuestas. A un cuarto de legua de esta ciudad, por la parte de Gentilly, tenia su morada en una caverna donde hacia que se le apareciese el diablo y toda la corte infernal... Ah! hija mia! dicen que hasta gran distancia de su gua-

rída se oía el ruido asombroso que había en ella. Componía el conjurador ciertos menjurjes para inspirar la lujuria y confeccionaba ciertas imágenes de cera para que se volvieran éticos aquellos cuyos retratos representaban.

Un día... no, debería ser una noche..., acudió cierto anciano, quien parecía hallarse transido de dolorosa angustia, porque un señoron muy mal sugeto y gran libertino, le había robado su hija única. Desesperado el viejo, y no pudiendo conseguir justicia, iba en busca del mágico, para solicitar medios de vengarse de quien le ultrajara tan sensiblemente.

—Me parece, chacha, que te llama tu amo, dijo Blanca interrumpiendo á Margarita.

—No, no... no me llama... sabes que el maestro Touquet no me necesita fuera de las horas de la mesa... Pues, señor, como iba diciendo, fué el anciano en busca del nigromántico, quien le prometió su auxilio. En efecto oyóse aquella noche en la caverna mayor barahunda que nunca; y tan escandalosa fué, que llegó á oídos del señor subdelegado de policia, quien envió media docena de corchetes y me trajo al Don César maniatado á la Bastilla, á donde bajó el diablo poco despues para darle garrote.

—¿Y que se hizo del viejo, chacha?

—No volvió á aparecer en su casa; es dable que tambien se le llevase el demonio, ó que el señoron, habiendo sabido el objeto de su visita á casa del nigromántico... pero lo cierto es que no tornó á versele el pelo. Esto servirá para probarte, hija mia, cuan peligroso es tener arte ni pacto con semejantes gentes.

—¿Pero el talisman que me diste, y que llevo en el seno, será sin duda obra de algun brujo?

—No por cierto, niña. Antes al contrario tiene por virtud la de preservarte de sus acechanzas. Con ese fin te lo he proporcionado; está ese dige bajo la proteccion especial de mi santa Patrona. Acompañada de él puedes, querida Blanca, correr por donde quieras, sin que tu inocencia esté espuesta á riesgo ninguno.

—¿Y porqué entonces no se me permite salir de mi cuarto?

—Ah! niña, es que el Señor Touquet no cree en los talismanes; cosa muy desafortunada para tí.

—Bien, pero y tú, Margarita, que de todo tienes miedo, ¿por qué no gastas tambien otro talisman?

—Ay! hija mia, el tuyo tiene por principal objeto conservar tu virtud... y á los años que yo cuento no vale la pena de servirse de talismanes para custodiarla.

—Mi virtud! ¿pues qué los nigrománticos se entretienen en quitarles la virtud á las muchachas?

—No solamente los nigrománticos, sino los galanes, los pisaverdes, los seductores, y toda esa turba de malvados, á quienes el maestro Touquet hacia referencia esta mañana.

—¿Y qué habia de hacer con mi virtud toda esa gente?

—Hija mia; eso quiere decir que se valdrian de mil tretas para volverte loca, para imbuirte el gusto del coquetismo, del desórden, de las ga-

rambainas, y de la mentira... en fin dejarías de ser entonces la juiciosa y sensible Blanca.

—Ah! ya caigo; mas pareceme, chacha mia, que sin necesidad de talismanes, estaré siempre libre de semejantes inclinaciones. Nada haré, por cierto, que pueda apesadumbrar al que tan bondadoso se encargó de la tutela de mi infancia... al que tantos esmeros dispensado me ha, desde que perdí á mi padre...

—Muy bien dicho, hija mia; pero con ese talisman... ¿estás?... y si el señor Touquet creyera en su virtud como yo, te concedería un poco mas de libertad. No es que yo le vitupere por que recele respecto á ti las acechanzas de esos golosos... ya se vé! ¿como te vas poniendo cada dia mas bonita?

—¿Y qué los golosos hacen daño á las muchachas bonitas?

—Y tanto, hija mia; hablo por esperiencia, pues que bien me acuerdo... y por desgracia las muchachas bonitas suelen volverse jalea cuando prestan oídos á los dicharros de esos mismos golosos... entonces ya se vé!... los unos porfiados, las otras derretidas...

—Qué! ¿tanto almivar tienen sus palabras? hablan por ventura mejor que los demas hombres?

—No mejor, pero saben disimular hasta tal punto, tienen la lengua tan dorada, los ojos tan seductores... las maneras... Ah! cuanto me alegro de que poseas un talisman!

—¡Pero, chacha, como que nunca salgo de este aposento!

—¡Por supuesto! como no siempre has de estar encerrada en él... ahora; lo que es mientras permanezcas bajo mi vigilancia, bien podían permitir que de cuando en cuando salieses á dar un paseito. El Señor Touquet es asaz severo! sí... mas de lo regular... ¡Hacerme mudar de cuarto, solo porque noté que dormía poco de noche! ¿Es culpa mia que tenga tan escaso sueño?

—¡Prohibirme que abra la ventana!

—Eso es porque da á la calle... Ah! ¿y si supiera las veces que te asomas á los vidrios?... pero, á bien que es imposible que nadie te vea... los vidrios son tan pequeños, y estan muy apiñados y turbios...

—Sí, sí; el armazon de plomo que tienen parece una rejilla de confesonario.

—Un padre no seria mas rígido.

—Ah! Margarita; él hace para mí sus veces.

—Sí... sí... bien lo sé... aunque no es pariente tuyo ¿no es verdad?

—No, Margarita, á lo que creo.

—Segun me dijeron en el barrio, antes de entrar á servir en esta casa, eres hija de un pobre caballero, que vino á Paris para seguir un pleito, hace algunos diez años.

—Sí, chacha, entonces tendria yo cinco y meses: no obstante conservo algun recuerdo de mi padre. Si vieras que bueno era! cuantos besos me daba!

—¿Y no has conocido á tu madre?

—Ay de mí! no... pero bien me acuerdo de la noche que llegamos á esta casa. Hacia tiempo que caminabamos en coche, pues veniamos de muy lejos:

—¿Y el maestro Touquet os dió hospedage supongo? porque entonces tenia casa de huéspedes... ¿y luego?

—Sentiame muy cansada; diéronme de comer, y me acostaron en este cuarto, donde he seguido viviendo hasta hoy.

—¿Y qué sucedió despues?

—No volvi á ver á mi padre. Al dia siguiente, díjome el Señor Touquet, que habia muerto...

—Si, y bien desgraciadamente segun dicen: habia entonces por la noche, como tampoco faltan ahora, sendas riñas entre los pages y lacayos, y los honrados vecinos, quienes, al recogerse á sus casas, se veian acometidos por aquellos insufribles bribones. Aquella noche hubo mil desórdenes en Paris; gran número de personas fueron asesinadas; y tu pobre padre se halló envuelto en una de aquellas zalogardas, donde murió queriendo defenderse... Eso es todo lo que ha llegado á mi noticia ¿sabes tu algo mas?

—No, Margarita, luego no ignoras que mi protector no quiere que se hable de ese asunto.

—Si, porque teme que la conversacion te cause sentimiento.

—Ha tenido la bondad de hacerse cargo de mi desvalidez, de educarme como á hija suya, y de hacerme adquirir algunas habilidades... Asi le miro con el mas sincero reconocimiento.

—Si, si, se ha portado perfectamente contigo, te quiere mucho, y aun que su genio es poco zalamero y él mismo un hombre poco aficionado á hablar; estoy cierta de que te aprecia á lo sumo. Segun parece, no tiene intencion de ca sarse nun

ca, aunque todavía sea joven. Luego sus circunstancias son quizás mas afluentes de lo que el quisiera dar á conocer.

—¡Lo crees así, Margarita?

—Ah! chiton: si supiese mi amo que yo habia dicho eso... y que le he visto varias veces contar montones de oro, me echaria á la calle al instante....

—¿Conque le has visto contar montones de oro?

—No te he dicho tal cosa, hija mia, no... no... nada he visto... ¡valgame el cielo! bueno fuera que tambien lo charlases... mas vale que me vaya á mudar mis trastejos, y á tomar posesion de mi nuevo nido.

—Voy á ayudarte, chacha.

—Ven pues si quieres.

Seguió Blanca á Margarita, la que subió á su aposento preocupada con la triste idea de tener que dejarlo. A fin de disipar sus penas, dióse prisa la joven á llevar los muebles de la vieja á la sala de enfrente. Era en vano que Margarita le gritase: Poco á poco, hija mia, no toques cosa ninguna que antes no esté rociada de agua bendita. Ahorróle Blanca el trabajo, verificando la mudanza en un abrir y cerrar de ojos, y por fin decidióse Margarita á entrar en su nuevo cuarto, cuya proteccion no dejaba de encomendar á su santa patrona.

—Aquí estarás mucho mas cómoda, le dijo Blanca; este aposento es mayor y mas alegre.

Pues yo lo encuentro lóbrego, y estrecho, contestó la criada lanzando al rededor de si miradas de asombro... ¡Esa rinconada tiene un peso! ¡tue-

go estas cortinas parecen cosa de luto!... ¿ese recordo!... Ah! niña, hazme el favor de registrar ese armario, para ver si tiene algo dentro.

Corrió Blanca á abrir un burdo armatoste que estaba embutido en el testero de la vivienda, y despues de haberlo escudriñado, trajo á Margarita un libro muy viejo con forro de pergamino, y cubierto de una espesa capa de polvo.

—Esto es lo único que habia dentro, dijo la jóven, presentando el libro á la anciana, quien callándose unas mohosas antiparras, añadió:

—Veamos de que trata.

Consiguió Margarita no sin trabajo decorar aunque con alguna variacion el título del libro, que decia: *«Actas del Concilio de Bruges.»*

—Ah! Dios mio! Valgame la Santa de mi devoción! exclamó la pobre dueña, dejando caer el libro: *«Actos del Consejo de brujas!»*; ¡Fresca estoy si en este cuarto tienen sus asambleas las tales niñas! Ah! ¿quien vá á sufrir su zambra á media noche cuando entre por esa ventana un regimiento de brujás montada cada una en su escobon con su gato negro á las ancas?

Entretanto la joven habia recogido del suelo el libro y hecha cargo del error de la vieja se reia á carcajadas.

—No hay que chancearse con esas cosas señorita, dijole la dueña; venga el libro que voy á quemarlo.

—Pero, chacha, ja! ja! ja!

—Venga ese repertorio de brujerías; al fuego con él.

Apresuróse Margarita á arrojar en la chime-

nea el libro; donde ya habia encendido lumbre, y púsose á rezar devotamente ensartando sus paces favoritas en latin, mientras Blanca, á quien la risa impedia proferir una palabra, se bajó á su cuarto teniéndose con las manos los hijares.

—*Ora pro nobis, ora pro nobis*; repetia la devota vieja en su nuevo cuarto.

—Ja! ja! ja! resonaba en la estancia de la inocente pero sesuda jóven.



CAPITULO IV.

El Caballero Chaudoreille.

MIENTRAS pasaba la escena anterior en los pisos altos, salia Touquet presuroso de su trastienda para recibir á un sugeto que entraba en la barberia, y á quien dirigió estas palabras:

—Acabáras de llegar con mil sautos, amigo Chaudoreille; te haces desear precisamente el dia que mas te necesito.

El nuevo personaje que ahora se presentaba en casa del barbero, era un hombre de treinta y tres años, pero que representaba tener cuarenta y cinco, tan arrugada se le veia la cara y tan hundidas las mejillas. Realzaban su tez amarillenta dos

rosetas muy encendidas y redondas, encaramadas en sus juanetes y las cuales por su color y lustre indicaban el vicio á que eran deudoras de su origen. Sus ojos eran pequeños, aunque muy vivos, y el Señor Chaudoreille hacia girar continuamente sus niñas, sin fijarlas jamas en la persona con quien hablaba. Su nariz corta y respingona formaba un curioso contraste con la vasta hendedura que le servia de boca, y á la cual daban sombra unos enormes bigotes rojos, como sus cabellos, mientras debajo del labio inferior crecía una pera que le terminaba en punta sobre la barba.

La talla de este caballero no llegaba á cinco pies, y lo encatijado de su cuerpo se hacia mas notable por el jubon que le servia de envoltura. Faltábanle botones á la ropilla en diversos parages, y algunos malos zurcidos parecian prontos á formar en ella acá y aculla varios nuevos rasgones. En desquite sus calzas, demasiado anchas con mucho, daban á sus muslos un volumen descomunal, y las piernas que de ellas salian se presentaban á la vista mucho mas flacas de lo que en sí eran, pues como las botas de embudo que llevaba aquel galán, se le hubiesen bajado á los tobillos, no les era posible disimular la completa ausencia de las pantorrillas. Las dichas botas, de ante amarillo subido, tenían unos tacones de dos pulgadas de alto, y hacian perpetuo alarde de unas y largas mohosas espuelas. La ropilla y las calzas eran color de rosa muy sucio, é iban acompañadas de una capilla del mismo tinte, la cual apenas le bajaba de la cintura. Si añadimos

á esto una golilla muy tiesa, y un sombrero adornado de un viejo penacho rojo y puesto sobre una oreja, una añeja faja de seda verde y una espada mucho mas larga que la marca comun, y cuya empuñadura le llegaba hasta el pecho, tendremos un fiel retrato del sugeto que exigia le llamasen el caballero Chaudoreille, cuya patria se indicaba por cierto ceceo gascon, y el cual caminaba con la cabeza erguida y con la mano en la cadera, tendido el jarrete como si fuera á ponerse en guardia, y al parecer dispuesto á desafiar á toda la creacion.

Al entrar en la barberia, dejóse caer Chaudoreille sobre un banco, cual si se hallase rendido de fatiga, y colocando el sombrero á su lado gritó:

—Vamos á descansar, y voto á Brios, pues bien lo merecemos... ¡uf! que noche! supremos cielos, que noche!

—¿Y que diablo has hecho anoche para sentirte tan rendido?

—Ah! nada, fuera de mis hazañas comunes, tienes razon; he apalendo á tres ó cuatro bribones de marca mayor que querian detener la silla de manos de una condesa; he herido á dos pages que estaban insultando á una chiquilla, di un espadazo á un estudiante que iba á introducirse en una casa por la ventana, entregué á los rondines cuatro ladrones que biban á dejar en pelota á un pobre caballerete... ahí tienes poco mas ó menos lo que hice esta noche pasada.

—Diabito! dijo Touquet, dejando escapar una sonrisa irónica, sabes Chaudoreille que vales por tí solo mas que tres patrullas de disfrazados: me

parece que el rey ó el señor cardenal deberían premiar tan bizarro proceder, concediéndote algun empleo importante en la policia de esta ciudad, en lugar de permitir que un hombre de tu brava catadura ande machacándose los talones por esas calles de Dios todo el santo dia, de garito en garito, de cotarpe de cucos á casa de Meca, para levantar un muerto, ó pedir que le armen con algun medio peso á fin de ir á desayunarse al próximo bodegou.

—Si, respondió Chaudoreille sin darse por entendido de las últimas palabras del barbero, con-vengo en que la valentia me reboza por los cabellos, y que muchas veces mi espada ha sido utilísima al estado... es decir, á los oprimidos, porque siempre he obrado sin interés... cediendo á los meros impulsos de mi corazon. Eso está en la masa de la sangre... pardiez! El honor sobre todo... y este no es un siglo de chanzas. Yo soy uno de esos que se denominan en la corte, *galanes de honor refinado*; una guiñada es para mi un insulto, un saludo un poco tieso, el roce de una capa con la mia, me hacen saltar la tizona á la mano, y esto es lo único de que entiendo. Hasta con un niño de teta me batiria toda vez que me faltase al respeto.

—Me consta que vivimos en un tiempo, en que se matan los hombres por un quitame allá esas pajas, pero nada he oido contar de tus desafíos.

—Que diablo, querido Touquet, los muertos no hablan, y los que se las han conmigo tienen miedo de volver á este mundo, ni aun en figura

de almas en pena. Bien habrás oído hablar del famoso Balaquí apellidado el valiente, á quien según cuentan, mataron algunos quince años atrás?... pues bien amigo mio; yo soy su discípulo, y sucesor...

—Lástima es que no hayas nacido un par de siglos antes, porque la moda de los torneos va desapareciendo á toda prisa... y ya no se vé á esos caballeros andantes, enderezadores de tuertos y vencedores de gigantes, sino en las galerias de pinturas.

—Es muy cierto que si yo hubiese vivido en tiempo de las cruzadas, fácil me habria sido traerme de la Palestina dos mil pares de orejas de sarracenos! pero á bien que estuvo allí mi *Roland*... si, esta espada temible, que heredé de un primo tercero, el cual la obtuvo de Rolando el Furioso... Ellá ha enviado al otro mundo los hombres á carretadas.

—Siempre estoy temeroso de que la tal *Roland* te haga medir el suelo con las costillas... pues me parece algo crecida de talle para tí.

—Y sin embargo, desde que está en mi poder ha mermado mas de una pulgada, á fuerza de tanto como me he servido de su punta. Si me doy mucha prisa en usarla pronto la verás reducida al tamaño de un cuchillo de mesa.

—Dejemos tus proezas á un lado, *Chaudoreille*, pues tengo que hablarte de cosas mas interesantes.

—Si me hicieras el favor de afeitarme antes que nada, porque mucho lo necesito, te lo agradecería, amigo *Touquet*, pues cuando no ceno una

noche me crecen las malditas barbas dos pulgadas á lo menos antes de la próxima Aurora.

—Segun eso, reparo que hace mucho tiempo que guardas severo ayuno.

Mientras preparaba el barbero todo lo necesario para afeitar á Chaudorille, descíñose este su espada, y despues de dar una vuelta por la tienda á fin de buscar un parage á propósito para colocarla, se decidió á mantenerla sobre los muslos. Quitóse la capa, desbotónose la golilla bastante ajada que le ceñia el cuello, y abandonó su caricatura tan seca como original al cuidado de Touquet, quien avanzaba armado de vacia y jabon.

Comenzó el barbero por tomar la larga espada que tenia Chaudoreille atravesada respetuosamente sobre las rodillas y tirarla á un rincon de la tienda. El caballero hizo un ademan de desesperacion, y gritó con voz ronca:

—Infeliz! ¿qué haces? ¿vas á romper á Roland?... ¿vas á hacer trizas la tizona del sobrino de Carlo Magno?

—Si la hoja es buena, no hay miedo de que se rompa. Mas ¿cómo quieres que te afeite... si couservas sobre los muslos ese armatoste?

—Ya! pero era menester tratarla con precaucion... Cásputa! eres casi tan vivo como el hijo de mi madre.

—¿Quieres que te quite los bigotes?

—¿Estas loco? no faltaba mas! bonito estaria un caballero sin bigotes! ¿no te parece? ¿quieres que me tengan por una chiquilla?

—No creo que sería tan fácil equivocarse.

—Bueno! pero yo tengo los cinco sentidos en

mis bigotes... ¿pues donde me dejas la péra? es un precioso adorno... dá cierto aire de persona decente y forzada. Ah! bien supo lo que se hizo el rey Francisco 1.^o con llevar su escoliblica debajo del labio... ¿No te parece que me doy mucho aire á ese monarca?

—Muchísimo, en efecto, no digo aire, un completo huracan. Pero, vamos á nuestro asunto. No me falta en que emplearte, si tienes tiempo de sobra.

—De sobra! para ti, si... todo lo abandono al instante por servirte. Verdad es que tengo hoy tres citas amorosas y cinco ó seis lances de honor; pero esto puede dejarse para mañana.

—Ganarás algunos pesillos.

—Sabes que en tu obsequio me comeria media arroba de brasas encendidas.

—No es en servicio mio precisamente que haces falta.

—Si, ya caigo!... alguna mision delicada: bien sabes que te he servido en mas de una ocasion.

—Espero que esta vez serás menos lerdo, pues tú modo de conducírte en los últimos lances en que eché mano de tí no deberia darme ganas de valerme de tus servicios otra vez.

—Ah! Touquet querido, no seas injusto; creo que cumpli las comisiones tal cual; primero me encargaste entregara un billete á una señorita sin que lo supieran sus padres.

—Si, y fuiste precisamente á entregárselo á la madre de la consabida.

—Toma! ¿y quien diantres habia de adivinarlo? La dichosa muger tenia su colorete, sus flo-

res, sus encages... un corsé que le metia la cintura en un rosquete... crei que aquella era la muchacha. Con sus hallenas, rulós, tontillos y sus inmensos peinados, se hará pronto imposible averiguar edades ni parentescos entre el bello sexo.

—En otra ocasion te mandé que fingieras una riña con uno de tus amigos, á fin de reunir gente en la calle y hacer que se parase la silla de manos de una dama á quien cierto sugeto tenia que decir cierta cosa... Recibiste dos ó tres moquetes y al punto apelaste á talones.

—Ah! buen amigo no te equivoques atento al caracter de mi valentia... Harto sabia yo que la quimera no pasaba de una broma, y á pesar de eso, luego que recibí la tercera bofetada, senti subirseme la sangre á los sesos y me retiré al punto por no enfadarme.

—Espero que esta vez te portes mejor.

—Habla, ¿necesitas de mis brios? ¿te hace falta mi brazo?

—No, gracias al cielo, no hay para que poner á prueba tu bizzarria... El negocio es muy sencillo, y costará muy poco á tu ingenio.

—Tanto peor!.. juro por Rolanda que me sentia dispuesto á arrostrar peligros sin fin... Cuidado, amigo, que arrimas demasiado tu navaja á mis narices... Vas á concluir con quitarme una rebana de trompa, lo que me estropearia cruelmente el lindo perfil que debo á natura.

—No tengas miedo, valeroso Chaudoreille, respetaré tu fisonomia... gran lástima fuera menos cabar su beldad.

—Y tanto! como que haria gemir á mas de una

dama de alto rango, que se digna conceder sus favores á este tu criado.

—Esas damas de alto rango harian mil veces mejor con regalarte una almilla nueva, pues la tuya bien merece los honores del retiro.

—Hijo mio, el amor no repara en esas fruslerias... á mi me quieren con almilla ó sin ella... es la buena figura quien lo hace todo... y bien le quito la acera á mas de un caballero cubierto de oropeles y de relumbrones..... ademas que si se me antojasen encages, vuelos y chorreras solo me costaria una sonrisa... Ah! Dios mio! vete con cuidado, querido Touquet. Ahí esta el perro del vecino que anda olfateando mi golilla... Ah! el cancherbero! ya la cogió entre los dientes!

—Anda pues y quitásela.

—Facilillo es eso de decir... ¿pero quien se le acerca cuando el animal muerde que es una gloria?

Levantóse Chaudoreille á medio afeitado, y corrió á desnudar su formidable tizona; entretanto el perro se salió de la barberia llevandose la golilla en la boca. Persiguióle el caballero gaseando dando gritos desaforados. Mi gola! canastos! mi gorguera! detened al ladrón!

Los gritos de Chaudoreille hacian correr al perro con mayor premura, los transitantes miraban estáticos á aquel hombre, medio desnudo, con la una megilla afeitada, y la otra cubierta de jabon, que corria desatentado por la calle espada en mano vociferando, *ladrones! ladrones!* Empezaron á reirse los pisaverdes, porque ya los habia por los años de mil seiscientos treinta y dos, y seguian á Chaudoreille para ver el desenlace de la aven-

tura; los chicos apedreaban al perro, y este, redoblando su púa, enfiló una callejuela y desapareció de la vista de Chaudoreille, quien no pudiendo correr mas, se detuvo por fin arrancando un profundo sollozo. Redóblanse sus iras al observar que los circunstantes se rien de verle, y echa sendos tacos,... pero en voz bastante baja para que nadie los oiga, luego, abriéndose calle por medio de la turba que le rodea, vuélvese alicaído á la tienda del barbero.

—Preciso es que estes loco para correr así por la calle, dijo Touquet, impaciente de la escursion de su amigo. Merecias ahora que yo te dejase á medio afeitar.

—Cáspita, señor Touquet, fácil es decirlo..... pero lo cierto es que á mi me han robado una magnífica golilla.

—Te puedes poner otra.

—Es que era la única que tenia.

—Con una sonrisa harás ancheta de ellas.

—Verdad, pero ahora no estoy para sonrisas.

—Vamos, tranquilizate, si sale bien nuestro negocio te regalaré algunos pesos, con los cuales puedes surtirte de buenos cuellos, porque ya las golillas no se estilan.

Esta aseguranza serenó un poco la ira de Chaudoreille, quien volvió á sentarse para que concluyesen de desollarle las secas mejillas.

—Irás hoy á la ciudad, repuso el barbero, acabando su operacion rasoria, y en la calle de la Calandria entrarás en una perfumeria, que viene á caer casi en mitad de la acera derecha.

—Si, si, bien la conozco..... de allí abastezco mi tocador.

—Tanto mejor, pues con eso te será mas fácil la entrada, y debes conocer á una chica que para mayor abundamiento voy á describirte: veinte años, talla mediana, formas redondas, cabellos castaños, ojos negros y picaruelos.

—Escúchame, no creo que la conozco, pues hace tres ó cuatro años que no compro perfumes, porque los olores me atacan á los nervios.

—Mira, Chaudoreille, mucho te agradecería que te excusases de mentirme á cada momento.

—Ola! ¿qué es eso de mentir? juro por mi Rolanda...

—Cállate y óyeme... un señorón se ha encaprichado con esa jóven, cuyo retrato acabo de hacerte... ese gran señor es el marques de Villebelle.

—Cáspita! ¿el marques de Villebelle? ese es un zamacuco que da mucho que hablar... alegrome en el alma de trabajar por un sugeto de su temple... Es tan bravo como generoso. Quiero darle pruebas de mi celo y talentos.

—Precisa comenzar cosiéndote los labios; considera que la mas leve indiscrecion pudiera costarte caro, y yo me hubiera guardado muy bien de revelarte el nombre de nuestro empleador sino fuera porque la chica ya lo sabe: mas como ella misma pudiera decírtelo, mas vale que lo aprendas de mi boca. Acuérdate que soy yo quien te comisiono. Fácil me seria desempeñar el encargo personalmente; mas ya empiezo á gozar tal reputacion de probidad y juicio, que piensa el mundo que corregido de los yerros de mi juventud, no me mezclo en rufianerías, y me acomoda man-

tener ilesa la buena fama que me voy granjeando en este cuartel.

—Ah bribon! eres mas ladino que un mico, y todo para hacer tu pachocha con mayor seguridad; tu aspecto tieso y severo engaña á muchos hombres de bien. Tienes razon, vive el cielo, vale un Perú el disimulo! es la esencia de toda intriga, y en adelante voy á aplicarme á no tener un aire tan libertino y chusco, á fin de que caigan en el garlito las bobaliconas.

Encogióse de hombros el barbero, é hizo un gesto de impaciencia que acercó otra vez el filo de la navaja de afeitar á las narices de Chaudoreille, cuyo rostro se puso aun mas amarillo, con escepcion de aquella parte de la cara donde las dos rosetas ejercian su imperio inamovible.

—Maldicion! exclamó Touquet, agarrando con una mano á Chaudoreille por la punta de la nariz, y acabando de afeitarle con la otra—¿no habrás nunca de estarte quieto? ¿á que ponerte á temblar ante el filo de mi navaja? ¿Temias que te hiciera la cara picadillo! Vamos... levántate, ya se acabo esto.

—Gracias mil, dijo Chaudoreille, respirando con mayor libertad; me has puesto mas carilampio que un Querubin... tienes la mano tan diestra como ligera... Con esta van setenta y siete barbas que te debo... vé apuntándolas en la pizarra.

—Está bien; ajustaremos cuentas en otra ocasion.

—Me consta que te fias de mi conciencia... tu no eres como el barbero que afeíta á uno de mis

amigos, quien cada vez que un marchante le dice «debo» córtale un chirlo en la cara á fin, como dice, de que no haya trabacuentas.

—Antes que venga gente quedemos acordes.

—Habla, pues te escucho mientras me limpia la cara con la toalla.

—Irás á la perfumeria con la excusa de comprar alguna cosa.

—Ah! si, un cuello, ó golilla; por egemplo.

—Eso es inmaterial.

—Paréceme que las golillas me sientan mejor.

—Callate charlatan maldito! no se trata ahora de tu cara de mona. Trabará conversación con la jóven que te he descrito, y le dirás que el Señor Marques está prendado de ella en términos de coger ochavos.

—Si, le diré que intenta suicidarse á sus pies, si ella no se hace de pencas.

—¿Quien habla de suicidios ni de calabazas, hombre? ¡buen modo de conquistar á una griseta es ese por cierto! vaya un imbécil!

—Yo siempre las seduzco de esa manera.

—Se les habla de regalos, de alhauelas, de aguinaldos..... eso si que las enternece mas pronto.

—Cada cual tiene su modo de matar pulgas; por mi parte, jamas conseguiria enteraccerlas con eso. Pues bien, le diré cuanto gustes, y pintaré al marqués mas generoso y magnifico que el hijo pródigo.

—En fin le pedirás una cita en nombre del marqués para mañana á la noche.

—Y adonde?

—Adonde quieras; será preferible en unos de los barrios menos frecuentados.

—Muy bien, ¿y luego?

—Luego entraré yo.

—Poco á poco, ¿y si la jóven se negase á acceder á mi solicitud?

—¿Estás tonto? Que! una tendera á quien le consta haber dado flechazo al noble señor de Villebelle! Apostaría á que ya está revenida de pura impaciencia porque aun no ha llegado á hablarle de su parte ningun corredor. Bien torpe es preciso que seas para no salir con todo triunfo de tu noble encargo!

—No te apures, no soy ningun lerdo, entiendes? á lo ménos si mi amor propio no me engaña; quiero que este corto servicio me adquiera las buenas gracias del marques.

—Vuelvo á decirte que tu negocio es conmigo y no con él; dale! y si te se escapa entre tus amigos la mas leve palabra acerca de esta aventura, si tienes la desgracia de hablar de nuestro patrono, ten presente que la hoja de mi navaja no tardará en hacerte dos caras de esa por cuya unidad pareces tan solícito.

Los ojos del barbero anunciaban la mas firme determinacion de cumplir su promesa. Apresuróse Chaudoreille á recoger su espada y ciñóse la á la cintura, diciendo entre dientes:

—Mucho que cuido de mi cara, y bien lo merece la pobre, por los buenos ratos que le debo. Este diablo de Touquet está siempre de broma! Pero, entre amigos, no debe haber enfado; ambos conocemos nuestra mútua bravura; superfluo es

pues darnos de ella reciprocas pruebas... Júrote por Rolanda la mas severa discrecion, y bien sabes que se puede contar conmigo; no es de hoy que me conoces!. Mas de quince años hace que nos une la mas íntima amistad; somos un par de galanes que hemos corrido bien la caravana. Que copia de intrigas traídas á madurez por nuestros talentos! sin contar nuestras proezas personales! Tu... formalo como un Hércules... figura á la antigua... siempre noble.. entónces pertenecias á las grandes damas, esto es, á las mugeronas. Yo, mas pequeño, de fisonomia mas moderna, era el Adonis de las bonitas, de las esbeltas, de las beldades en miniatura. El amor no ha sido nunca tu flaco. Has preferido el oro... Ah! si, el oro y el juego, ellos eran tus delicias; tambien yo amaba la baraja, y te confieso que siempre he sido sobresaliente á las quinolas. La galanteria emplea sin embargo la mayor parte de mi tiempo. No me es posible desprenderme de esta inclinacion: adoro á las mugeres; pero nada tiene de particular por cuanto soy el niño mimado de las hermosas; si, ellas han sembrado de flores el blando sendero de mi vida... sin contar las muchas ramas de mirto que aun tengo de recoger. A ellas he dedicado mi espada y mi corazon. Pero ni el amor ni la bravura conducen siempre á las riquezas! Tu has alcanzado á la fortuna antes que yo, y te doy mil parabienes. Mientras que yo corria tras de alguna Venus, tu conseguiste sacar partido de alguna intriga enredosa. Porque al fin en tiempo de marras no era tuya esta casita, y ahora te veo convertido en su propietario en un santi amen. Ella no te ha caido de las nubes.

—¿Y qué tienes tu que meterte en eso? dijo el barbero con acentos airados ¿que te importa por cuales medios adquiriera yo la propiedad de esta casa? Cuando te he empleado, no has recibido tu paga, y aun mayor de la que merecias? Ya te lo he dicho, Chaudoreille, si quieres que seamos amigos, si te sabe bien ganar por mi condueto algunos pesos de cuando en cuando, no recomiences tus necias preguntas, ni procures inquirir lo que no tienen á bien confiarte; de lo contrario te pondré en mitad de la corriente, y no volveras á pisar mis umbrales.

—Bah! bah! bah! que fuguilla es el amigo Touquet! vaya que parece un pequeño Vesubio! Carambola! si yo me dejase arrebatar de mi genio, buenas tonteras ibamos á hacer los dos!... Asunto concluido, y punto en boca sobre esta materia. Ya estoy vestido, y solo me falta mi golilla... ¿como me valdré para salir sin ella?

—No hace tanto tiempo que saliste sin la mitad de la ropa.

—Ya, pero entónces tenia la espada en la mano, y solo veia á mis victimas. Lo mismo dá: subiréme un poco la capotilla. Ah! se me olvidaba lo principal. Para comprar alguna cosa en la perfumeria de la chica, necesito dinero, y estoy de cruz baja en este instante.

—Toma estos diez pesos á cuenta de los que habré de darte si desempeñas bien tu comision.

—Negocio hecho, dijo Chaudoreille, contando el dinero; y sacando de la faja una vieja bolsa de seda, que habia sido colorada en algun tiempo; colocó en ella una por una las diez monedas que

el barbero acababa de darle.

—Todavía es muy temprano para que vayas á la perfumeria; las que tienen esa clase de tiendas no abren sus establecimientos tan de mañana como nosotros. Entretanto llega el instante de hacer mi encargo, podias subir al aposento de Blanca y darle una leccion de música. Eso la distraeria, pues convengo que bien poco habrá de divertirse en su cuarto, donde no vé á nadie mas que á Margarita.

Al nombre de Blanca, alzó Chaudoreille los ojos al cielo y arrancando un suspiro, que procuró ahogar al instante, exclamó.

—¿Y como está esa hermosa niña? Yo iba á preguntarte por ella, pues hace un siglo que no la veo.

—No tiene novedad, pero está muy aburrida... ella quisiera salir á la calle.

—Pues, y ¿por qué no me mandas mas á menudo á hacerla compañía?... Yo pudiera distraerla... le tocaria alguna cosa.

—Paréceme que poca diversion habrias de proporcionarle. Dice Blanca que siempre cantas la misma cancion, y que ya sabe ella tanto como tu en el salterio.

—Válgame Dios! cuanto amor propio tienen estas chiquillas!... convengo en que ha hecho rápidos progresos; pero eso nada tiene de estraño, porque mi método es tan bueno que con él no tardaria una burra en hacerse una completa filarmónica... Tambien la muchacha tiene disposicion... ahora sin vanidad, mucho le queda que aprender conmigo.

—Chaudoreille! te he dispensado una íntima prueba de confianza al permitirte que visites á esa jóven; pero tambien me has jurado no hablar á nadie acerca de su hermosura.

—No te apures por eso; cuando alguno me pregunta si conozco á Blanca, le doy la respuesta que hemos convenido: es decir; que la he visto tres ó cuatro veces; que es una moza como otra cualquiera, en fin de aquellas que nada tienen de particular.

—Está muy bien. Si se llegase á cundir que encerraban estas paredes á una de las jóvenes mas lindas de Paris, se acabaria para mí toda tranquilidad. Asaltado sin tregua por una turba de galanes, de petimetres, de libertinos, pronto veria esta casa convertida en cuartel general de todos los calaveras del barrio; no podria ausentarme un momento, sin que alguno de ellos procurase introducirse en el aposento de Blanca, y la vigilancia de Margarita seria insuficiente para frustrar las tentativas de los suspiradores. Con el objeto de eximirme de toda esta barahunda, tengo á Blanca bien apartada de los ojos de los curiosos.

—Ah! por esa parte doyte la razon; obras con juicio y lo apruebo sobremanera; no debes dejar que la vean... ni permitir que salga un minuto... Si quieres esparciré la voz de que es mas fea que el coco, que es tuerta, coja, y jorobada.

—No, no, las precauciones no han de llevarse hasta la exageracion; tan malo seria el extremo contrario.

—Es que fuera gran lástima que algun miserable aventurero nos robase tan bella marimona.

—Como! ¿que es eso de *nos robase*?

—Quiero decir, *te robase!*... hablo por lo mucho que me interesa... es verdaderamente una alhaja... el candor, la inocencia de la edad sencilla!... Ah! pardiez! cuan feliz eres, Touquet... Apuesto cualquiera cosa á que guardas para ti mismo esa perita de dulce!...

—Para mi mismo! dijo el barb ero frunciendo las cejas. Siguióse un instante de silencio que aprovechó Chaudoreille delante de un espejillo, haciendo mil sonrisas y guiñadas elegantes.

—Ya te he dicho que no me agradan las preguntas, repuso por fin Touquet; pero veo que serás incorregible, hasta que no hayan sentido tus hijaves la fuerza de mis puños.

—Siempre de broma! vaya, eres el hombre mas irónico del mundo.

—Vamos, sube al cuarto de Blanca; permanecerás allí tres cuartos de hora, y te irás luego por la puerta del zaguan; no quiero que los que aqui se encuentren te vean venir de lo interior de la casa. Acudirás al parage que te he dicho, volviendo á darme cuenta del resultado.

—¿A la hora de comer?

—No: esta noche, poco despues de oraciones.

—Como quieras..... valgame Dios, ¿y habré de subir al cuarto de mi discipula sin gollilla ni collarete?

—¿Pues que, eso te impedirá que cantes?

—No; pero la decencia... este pescuezo mocho... prestame un collarin... cualquiera cosa...

—Canastos! y que acicalado quiere parecer el hombre! ¿piensas que á Blanca se le dá un caracol de tu triste figura?

92

—Mi triste figura; el cielo creará capulinas
que nunca con el laburo (trabajo).
—¿Qué quieres hacer? pregunta
—Habría que trabajar el trabajo por el pa-
radiso abeliano donde nuestra valiente después
de haberse pasado un canto de hora saliendo
de entonces con su capilla, se decidió por un
subir al apogeo de la luna.

CAPITULO V.

—¿Qué quieres hacer? pregunta
—Habría que trabajar el trabajo por el pa-
radiso abeliano donde nuestra valiente después
de haberse pasado un canto de hora saliendo
de entonces con su capilla, se decidió por un
subir al apogeo de la luna.

La lección de música.

ESTABA trabajando Blanca, sentada junto á su ventana, cuyos pequeños vidrios, turbios en extremo, apenas permitían ver lo que pasaba en las calles. No obstante, miraba hacia ella la jóven de cuando en cuando, con el objeto de distraerse; no que estuviera triste, ni sintiese pesadumbre; mas una muchacha que va á cumplir diez y seis años, experimenta en el fondo del alma cierto vacío, ciertos vagos deseos, cuya causa no puede definirse á derechas, y esto la hace suspirar y ponerse pensativa; un nada la sobrecoje; el mas leve ruido, el metal de una voz descono-

cida para ella, obliga su corazon á latir mas vivo, mirase en el espejo con mayor frecuencia, apégase con diligente ahinco á las ocupaciones de su tocador, y apesar de todo no tiene un objeto fijo á quien pretenda agradar. Pero un instinto secreto le infunde el deseo de parecer hechicera, porque empieza á sentir la necesidad de amar; y á esto debemos atribuir sus suspiros; á esto sus largos ratos de solitaria meditacion, sin saber por qué..... asi sucedia á lo menos en aquellos buenos tiempos de la botija; respecto á las muchachas de hoy, tambien se las vé pensativas, aunque son mas económicas de suspiros, como lo aseguran los observadores.

El caracter del barbero, su aire frio y sério, cuando estaba en presencia de Blanca, estimulábala muy poco á la confianza, al paso que imponian á la jóven, cuyo ingenuo corazon anhelaba encontrar un amigo. Ella tenia por Touquet afecto y sumision; mirábale como á su bienhechor, mas no le era posible conversar francamente con él, porque las respuestas lacónicas del barbero daban á entender que este se sentia poco inclinado á trahar largos coloquios con su protegida.

En desquite charlaba Margarita que era un pasmo; y de buenísima gana hubiera pasado hablando los dias enteros: mas por otra parte Margarita no sabia sino cuentos de brujas, de mágicos y de ladrones; cosa que divertia poquísimo á Blanca, quien hubiera preferido á las tales consejas, una leyenda de amores ó alguna historia de caballeros andantes; porque no ignoraba la jóven que el amor era el prurito de la caballeria, y que no se con-

taba como última entre las proezas de un paladín el que fuese constante á su dama por espacio de veinte años.

Sumida hallábase pues Blanca en sus pensamientos, cuando oyó llamar á su puerta con suavidad, y de allí á poco asomóse por ella la diminutiva cabeza de Chaudoreille, quien pronunció con tono melífluo.

—¿Se puede entrar, interesante discípula?

—Levantó Blanca los ojos, y soltó una recia carcajada al descubrir la caricatura del caballero; pues tal era el efecto ordinario que su presencia producía en la jóven.

—Adelante, adelante, querido maestro, dijo ella levantándose para saludar á Chaudoreille, quien se presentó entónces de lleno en el aposento, é hizo á Blanca tres reverencias tan profundas, que cada vez se le venia hácia adelante la espada, y cada vez el cumplido profesor de música, al enderezar el cuerpo, se veía precisado á hacer que la parte superior de su Rolanda volviera á entrar en la vaina de nuevo.

—Está la pobre tan acostumbrada á verse en mi mano, dijo Chaudoreille envainando la espada por tercera ocasion, que no hay diablós que la hagan estarse quieta en su lugar un momento... Vamos! tranquilízate, Rolanda; sabes muy bien, compañera querida, que no ha de pasarse la noche próxima sin que yo te dé ocupacion de sobra...

—Que es eso, señor Chaudoreille ¿estáis de pelea todos los dias?

—Y que se ha de hacer, hermoso angel, ese es mi elemento; imposible me seria dormir si antes

no hubiera echado espada en mano media docena de veces, y me daría un tabardillo si se pasaran tres días sin que mi brazo hubiera limpiado la tierra de algún descomedido ó de algún rival.

—Jesus nos valga!

—Pero dejémonos de eso, y hablemos tan solo de vuestros encantos, deliciosa criatura... Cada día me pareéis mas florida, mas fresca... sois un pimpollo que empieza á abrirse, una flor que quiere desarrollar todas las galas de su caliz... sois una rica fruta que... mas por fin ¿como vá de salud?

—Perfectamente. ¿Venís á darme una leccioncita de música?

—Si teneis á bien permitírmelo. Hace un siglo que carezco de esa dicha.

—Supongo que me enseñareis alguna cosa nueva.

—Cáspita! todavía no está en apuro mi repertorio; además, que aun á falta de novedades, vuestros bellos ojos haríanme improvisar una balada de sesenta cuartetos.

Trajo Blanca su salterío y presentólo á Chaudoreille, quien lo recibió levantando los ojos al cielo, y arrancando un hondo suspiro.

—¿Estais malo, señor Chaudoreille? preguntó la jóven al oír el sellozo descomunal.

—No estoy malo... pero tampoco me siento bueno... respondió Chaudoreille, poniendo en juego las guiñadas y sonrisas que habia estado ensayando en el espejo.

—Páreceme que respirais con dificultad, reposo Blanca, tal vez se os indigestaria la cena anoche?

—Ob! nada de eso, señorita, puedo jurar que ya no me queda en el estómago el mas leve resencio de ella... Aborrezco las atraquinas... puf... buen cuidado tengo de no ponerme en peligro de ellas.

Cantadme lo que he de aprender, pues eso os pondrá el cuerpo en caja.

—Esta es la inocencia misma, dijo para sí Chaudoreille templando el salterio; no puede adivinar la causa de mis suspiros; y con todo advierto que me mira con placer... Paciencia... su corazon no tardará en decirle lo que ahora ignora... y yo seré su vencedor.

Volvió Blanca á su tarea y sentóse Chaudoreille a su lado, quien despues de haber consumido un cuarto de hora en templar el instrumento, tosió, escupió, sonóse las narices, y meciéndose en su silla, se puso bien la capa, torció la boca, pasóse la lengua por los labios, y entonó por fin, con voz tan chillona que los oídos desgarraba, un antiquísimo polo, que ya Blanca habia oido mas de cien veces.

—Ya sé esa cancion querido maestro, dijo ella interrumpiendo á Chaudoreille en medio de un calderon, que segun toda apariencia iba á durar largo y tendido... es una de las tres que me habeis enseñado.

—¿De veras?

—Aguardad que voy á cantárosla.

Tomó Blanca el salterio, y acompañándose con gracia, prestó su voz melodiosa incomparable hechizo al vetusto polo.

—En efecto, dijo Chaudoreille, lo egecutais con

todo primor... haceis los trinos casi tan perfectamente como yo; pareceme que me estoy escuchando á mi mismo.

—Enseñadme otra, dijo la muchacha devolviéndole el instrumento, y Chaudoreille entonó un romance sobre las proezas de los Joco Pares de Francia.

—Tambien sé esa, dijo Blanca interrumpiendo

—Entónces voy á cantaros una linda villaneta.

—Esa será cabalmente la tercera cancion que me habeis enseñado... ¿No sabeis ninguna otra?

—Perdonadme; pero como un maldito perro me llevó la golilla, mientras me afeitaba, no puedo arriesgarme á gorgear una cancion nueva, hallándome con el cuello sin sugesion. Esto hace que salgan falsos los tonos... Por lo demas la villaneta puede considerarse como cosa nueva, en razon á que siempre que la canto hago en ella nuevas variaciones.

—Vamos, pues; ya os escucho, dijo Blanca mirando hácia la calle. Arrancando Chaudoreille un nuevo suspiro, y despues de haber tomado la posicion que mas favorable le parecia á fin de dar realce á sus gracias, comenzó la villaneta que cantaba á su dicipula siempre que le daba leccion.

—Mi tortolilla perdí!

¿No es ella que oigo arrullar?

En su pos quiero volar..;

Ay de mí!...

¿Perdiste tu compañera?

A llorar conmigo ven;

Pues cual á ti

Tratóme suerte severa,

Ay! ¡yo también

Mi tortolilla perdí!

En aquel momento pasaban por la calle unos cantarines ambulantes. Detuviéronse á la puerta del barbero, y acompañándose de sus vihuelas y bandurrias, entonaron una cancion italiana. Púsose á escucharla Blanca, y aquella música tan distinta de la que su maestro le enseñara, conmovió dulcemente su corazon, y le hizo esclamar acercándose á la ventana:

—Vaya una cosa preciosa!

—Si; no hay duda que lo es, dijo Chaudoreille, creyendo que la jóven hablaba de su villanella, pero tambien es preciso tener la sensibilidad adecuada para que haga efecto la espresion que yo le doy... Repasad bien: *mi tortolilla perdí!* aqui se requiere el acento penetrante del dolor; debereis alzar los ojos al cielo, mientras guardais compás con el pie izquierdo: *¿no es ella que oigo arrullar?* aqui es preciso un tono alzado, y un ademán de sorpresa al sostener el falsete. *En su pos quiero volar...* Aquí pega un aire afanoso y siempre dale que dale con el pulgar é índice. *¿Perdiste tu compañera?* Este exige muchísima espresion. *¿Perdiste cadencia trínada, tres be-moles y un sostenido...* *tu compañera?* se enhuequece la voz siempre para arriba.

—Ah! cuanto me agradaría estar oyendo siempre esa música... dijo Blanca, sin hacer caso de lo que acababa de oír Chaudoreille, pues toda su atencion estaba fija en los cantores italianos.

—Verdad; tambien yo quisiera daros leccion todos los dias, seductora zagala; pero son tantas las ocupaciones que me abruman! luego ese Sr. Touquet permite tan raras veces que se disfrute de vuestra compañia... y lejos de vos, hechicera tortolita, canto sin cesar: *¿perdiste tu compañera?*

—Esa es una *barcarola*, ¿no es verdad caballero?

—No, amiga mia, se llama villaneta; cantar favorito de nuestros antiguos trovadores, y de las pastoras que lloraban la ausencia de sus zagales.

—¡Que lástima que yo no sepa el Italiano!

—Y que necesidad hay del Italiano para decir: *¿No es ella que oigo arrullar?*

—Callad! callad! ahora cantan en frances, dijo Blanca apegándose á los vidrios de su ventana, y haciendo señas con la mano á Chaudoreille para que no se moviera.

—¿Que significa esto? exclamó el maestro de salterio levantándose sorprendido... ¿Decis que me calle?... ¿por ventura os conmueve demasiado mi cantar?... Lévese el diablo á esos músicos de la legua que impiden me oigáis con toda perfeccion. No sé porque motivo no bajo á la calle y los echo de ella á fuerza de estacazos.

—¡Si me atreviese á abrir la ventana! dijo suspirando la jóven; pero no, que me lo ha vedado espresamente el señor Touquet... ¡que cancion tan linda! Ah! no se me olvidará tan pronto:

Para siempre sabré amar

¡Mi dama es Dios para mí!

—No Blanca, habeis equivoocado los versos, estos son:

Mi tortolilla perdi

¿Es ella que oigo arrullar?

Acababan de irse los cantores italianos, y Blanca se separó de los vidrios. Al volverse, advirtió á Chaudoreille con el pescuezo muy estirado á fin de modular mejor uno de sus graznidos. Soltó una carcajada la jóven al notar la rara figura, y el maestro con la boca abierta quedó estupefacto, sin saber como tomar la intempestiva risa de su alumna, cuando entró Margarita en el aposento.

—Al fin se quemó! dijo al presentarse la vieja.

—¿Que cosa, replicó Chaudoreille, el asado?

—Que! un libro de mágica negra... un repertorio de brugerias... dificilillo es hacer que ardan esos librajos, pues tan acostumbrados estan al fuego.

—¿Que es eso, Margarita? ¿andais enredada con libros de magia?... pues buen asco les habeis tenido siempre! ¿tratais de entrar en relaciones con los espiritus del otro mundo?

—Ah, señor Chaudoreille, el cielo me guarde de tal tentacion! pero os diré como me vino ese libro á las manos... por supuesto que no quedó en mi poder muchos minutos... pues me parecia que los tales *actos* me quemaban los dedos. Mi amo está empeñado en que mude de habitacion... porque..... pero no debo hablaros de semejante asunto.

—Tened la bondad de discurrir primero sobre

la materia de que deheis hablarme.

—En fin me precisa dejar mi cuarto para irme á otro, en que no ha penetrado alma viviente, durante ocho años que hace estoy en esta casa, y á juzgar por el estado en que la tal vivienda se encuentra, tampoco ha penetrado en ella nadie antes del tiempo que digo... está tan negra!... las vidrieras tan sucias! cuidado que tienen cuatro dedos de polvo! ¿y con esa basura ¿como ha de introducirse la claridad en el aposento?

—Creo á fé mia que la buena dueña va á contarme hasta las telarañas que tiene la dichosa cámara. ¿Qué os parece, discípula seductora?

Nada respondió Blanca, porque no habia presado atención á la parleria de Margarita; ocupábase en repetir para sí el dulce estribillo de la cancion que tan linda le habia parecido: en efecto, el *para siempre sabré amar* absorbía completamente sus pensamientos, y Chaudoreille, viéndola tan distraída, no quiso molestarla, pues estaba convencido de que á la jóven no le era dado resistirse á los encantos de su villanela.

—No se trata ahora de telarañas, repuso con enfado la añosa sirviente, si fuera eso tan solo!.. Pero en un rincon del armario halló la señorita Blanca un libro diabólico... tenia por título: *actos de un consejo de Brujas*, ¿habeis oido hablar de los tales consejos?

—Señora yo?... si fuese de un consejo de guerra, de un consejo de generales, de un consejo de hombres de bigotes, podria dar á su merced algunos indicios, pero... cosas de brujas, mágicos y canalla semejante, como no son gentes de armas

tomar, muy poco me he cuidado de ellas en mi vida.

—Señor Chaudoreille, como sois tan valiente, quisiera que me prestaseis un servicio.

—Y de que clase? respondió el caballero, dispensando alguna atención á las palabras de Margarita.

—Luego que quemé los dichosos actos, volví hacer un escriba puloso registro de mi nuevo dormitorio... rociándolo todo con agua bendita como bien podeis suponer.

—¿Y despues?

—Despues en el testero de la alcoba, advertí que existia una puertecita ¿quién habia de imaginar que hubiese semejante cosa en aquel parage? pero aunque soy vieja tengo muy bucuos ojos. Al mover la cama, crugió el zócalo de madera y eso me hizo descubrir la puerta susodicha.

—Vamos al hecho, señora, por amor de Dios! repuso Chaudoreille, en cuyos ojos se notaba una inquietud que en vano queria disimular.

—Pues bien, señor, aseguro á su merced que no me atreví á abrir la puerta... que conduce sin duda á algun gabinete... pero la alcoba es tan honda y oscura! En fin, mucho os agradecería el que subiéseis conmigo, y entráseis delante á fin de visitar la pieza que alli debe encontrarse, porque no me atrevo á suplicárselo al maestro Touquet no sea que se burle de mi.

—Y tendria razon, vive el Cielo! pardiez! Margarita ¿no os ha quedado una pizca de valor á la edad que teneis?

—¿Y como ha de ser? temo no haya en aquel gabinete algun duendecico que me salte á la cara

cuando yo abra la puerta, que hace tantos años está cerrada; pues no he visto entrar en aquel aposento nunca ni al mismo amo.

—¿Pues que no pueden colarse los duendes por los agujeros de las cerraduras? Vamos Margarita, sois una visionaria, y me avergüenzo de vuestra cobardía.

—Pues! ¡cómo que andan tan escasos los brujos en Paris en el día de hoy! ¿no se ha establecido en el Arsenal un juzgado apropiado para perseguirlos?...

—Eso es cierto; pero no veo que razon tengais para sospechar que existan entes de tal especie en esta casa?

—Ah! señor Chaudoreille, si yo os digese todo lo que en ella he visto y oido!... todas las barahundas que se arman aqui por las noches!

—¿Y que es lo que has visto chacha? dijo Blanca, que acababa de sacudir sus distracciones, y habia oido las últimas palabras de la vieja.

—Nada, señorita, nada. Pero la dueña añadió en voz mas sumisa dirigiéndose al caballero; mi amo no quiere que hable de eso, y me despediria si llegase á saber que...

—Basta! no quiero oir mas, dijo Chaudoreille levantándose y tomando el sombrero.—Ya que Touquet os prohíbe conteis semejantes necedades, os ruego que no me aturdaís con ellas los oídos.

—Pero, señor; eso no quita que subais conmigo para registrar el gabinete, ¿no es verdad?

—Ah! buen Dios! las diez estan dando!... hace una hora que deberia hallarme en la ciudad... no he recibido diez pesos para escuchar vuestras

sandeces y chocherías. Me voy, hasta la vista, discípula interesante; mucho me alegro de que os hayan agradado mis últimas variaciones. Espero daros otra leccioncíta dentro de pocos días. Con un maestro como yo no tardareis en ser una profesora completa.

Al acabar estas palabras, estiróse Chaudoreille, y poniéndose en la cadera la mano izquierda, redondeó el brazo derecho cual si fuese á empuñar la espada; mas en vez de desnudar á Rolanda, llevóse la mano al sombrero é hizo á Blanca un respetuoso saludo; luego, pasando con presteza por delante de Margarita, quien en vano pretendia detenerle, escurrióse por la puerta, y bajó las escaleras á escape, talareando en voz audible.

¡Ay de mí!

¿Perdiste tu compañera?

¡Igual que á ti

Tratóme suerte severa!



CAPITULO VI.

El enamorada—Los chismorricos.

LA tienda del barbero estaba llena de una turba de gente de diversas clases: veíase allí artesanos, estudiantes, pages, poetas, bachilleres, aventureros, y hasta algunos jóvenes elegantes; porque en aquel tiempo permitía el buen tono que los perfumados esquisitos se mezclasen á veces entre las últimas clases del pueblo, ora á fin de buscar nuevas sensaciones en virtud de oír las agudezas de un language que les hacia gracia, ora para jugar alguna trastada á los sujetos en cuyas reuniones se introducian.

La barberia del maestro Touquet era espacio-

sa, y estaba provista de bancos, lo que constituía casi un lujo en una época en que no era costumbre que hubiese asientos ni aun en los teatros. Despachaba el barbero listamente á sus parroquianos; daba abasto á todos; respondía á cada cual, y valía por sí solo tanto como una docena de peluqueros de los de este tiempo. Su mano hábil y ligera le habia ganado la reputacion de ser uno de los mejores rapadores de Paris, y atraía á su casa buen número de barbi-lisos, porque entonces era una especie de grandeza entre los hombres de la clase media poder decir al pasarse la mano por la cara: *hoy me ha afeitado Touquet*. Pero muchos de sus marchantes, concluida la operacion ratoria, solian quedarse en algunas ocasiones para charlar con los que estaban aguardando su vez; y como la mayor parte de aquellos ociosos tenia deseo de averiguar las novedades del dia y las aventuras de la noche, veíase siempre hasta las diez de la mañana una numerosa reunion en la barberia del maestro Touquet.

Notábanse allí trages de todas hechuras y modas: pero entónces, así como en el dia la riqueza de los vestidos no probaba siempre el rango ni la fortuna del que los llevaba. Iba generalizándose el gusto del lujo, en razon á hacerse acatamiento tan solo á los brillantes equipages y á la magnificencia de las galas. La apariencia de la fortuna y del valimiento obtenia toda honra, al paso que el mérito verdadero vegetaba oscurecido é ignoble en la indigencia y el menosprecio... No falta quien diga que hoy sucede lo mismo.

Era muy fácil introducirse en la corte, pues

para conseguirlo poco mas era menester que un traje parecido al de los cortesanos; es decir, un sombrero adornado de plumas, una ropilla y capota de raso ó terciopelo, una espada ceñida, todo por supuesto enmajecido con pasamanos de oro ó plata. Todos los galanes de aquel tiempo tenian su prurito en presentarse con equipages lujosos, y se arruinaban por parecer ricos.

Sin embargo empeñabase el gobierno en tener á raya un boato que servia de impotente disfraz á la miseria de la época. En virtud de un edicto publicado en el mes de Noviembre del año de mil seiscientos treinta y tres, se prohibió á todo súbdito llevar sobre las camisas, collaretas, valonas, ó escofietas; ni en los lienzos de uso comun, labores, ó bordados de plata ú oro, encages, puntillas, pasamanos, fabricados tanto dentro como fuera del reino.

Al año siguiente promulgóse otro edicto, que vedaba el lujo respecto á los vestidos de tisúes de oro y de plata, finos ó falsos, demarcando que las ropas mas ricas fuesen de terciopelo, tafetán ó raso, sin otro adorno que dos franjas de bordados de seda; prohibiendo tambien se vistiese á los pages, lacayos y cocheros de telas que no fueran de lana. Pero no se tardó en infringir estas leyes, porque los hombres han de pugar siempre por parecer mas de lo que son, y las mugeres por ocultar lo que son verdaderamente.

Entre la turba de diversos personajes que se hallaban reunidos en la barberia, notábase un sugeto que con nadie hablaba, y que ni aun parecia tomarse el mas leve interés en la relacion

de las aventuras escandalosas del día antecedente. Era este un jóven, cuya edad no pasaba de los diez y nueve años á mas tirar. Dotado de una fisonomia no hermosa, pues que por lo comun así se califican ciertas caras de angelotes de sagrario redondas frescas, coloradas y lustrosas, que respiran la salud y la jovialidad, tenia nuestro jóven lindos ojos, pero la tez en extremo pálida, facciones nobles, á par que un aire algo melancólico; en fin, era una de aquellas figuras que sellaman interesantes y por cierto que en general son mas afortunadas en amores que las fisonomias ya descritas.

El traje de aquel desconocido era sencillo en extremo, ningun adorno, ningun bordado engalanaba su pardo gaban, abotonado hasta la rodilla, y del mismo corte de nuestras levitas modernas. Llevaba una faja negra, sin charreteras flotantes en las piernas ni brazos, sin espada, sin encajes, sin pluma alguna sobre las anchas alas de su chambergo.

Hacia tiempo que estaba en la tienda del maestro Touquet. Al entrar en ella, sus ojos habian dado muestra de querer buscar á alguna otra cosa que al amo de la casa; dirigianse con frecuencia á la trastienda, y una y otra vez escudriñaban al soslayo todos sus rincones. Hábiale tocado su turno de afeitarse en una y otra ocasion, y el barbero le habia dicho: «Cuando su merced guste, señor bachiller;» en efecto, era el traje sencillo del jóven el que usaban por lo comun los estudiantes que iban á Paris con el objeto de cursar las aulas. Pero á cada invitacion del barbero con-

tentábase el bachiller con decirle: «No tengo prisa,» y otro parroquiano ocupaba su vez.

Al cabo de algun tiempo los ociosos y los parleros fueron dejando el campo, y hallóse el jóven á solas con Touquet, á quien ya parecia muy singular la conducta de aquel desconocido.

—Ya no podeis ceder el puesto á nadie, dijo el barbero, ofreciéndole una silla; en verdad no os afeitaré, pues aun no teneis barbas en la cara, pero sin duda algun objeto os ha traído á mi casa... podeis disponer de mi inutilidad, señor mío.

—Sí, dijo el jóven con aire embarazado, y volviendo á dirigir sus miradas hácia la trastienda,.. quisiera... tengo los cabellos muy largos... y...

—Colocaos ahí, señor bachiller; vereis cuan esperto soy; manejo las tigeras tan diestramente como la navaja.

Decidióse por fin el jóven á confiar su cabeza á las manos del barbero; mas apenas permitiale este variar de postura, ya sus ojos andaban escudriñando la trastienda.

—¿Buscais alguna cosa, señor? díjole en fin Touquet, á quien no se le escapaba aquel manejo.

—Nada... no... estaba cerciorándome de que nos hallábamos solos... aquí.

—Sí, señor: bien veis que de nadie necesito para dar avio á mis parroquianos.

—Efectivamente, ya me habian dicho que teniais unas manos muy primorosas.

—Y á su merced le ha sobrado tiempo para juzgar de mi habilidad; pues hace mas de dos horas que está en la barberia.

—No tengo prisa... además que quería me die-
seis algunos informes ¿quién ocupa el piso encima
de esta tienda?

—Yo, señor, dijo Touquet, después de un ins-
tante de indecisión; y el joven pareció arrepentir-
se de haber hecho pregunta semejante.—¿Y se pue-
de saber en que os interesa eso? prosiguió el bar-
bero examinando con atención al desconocido.

—Es que ando buscando casa... en este barrio...
me bastaría una sola vivienda... ¿No alquilais has-
bitaciones? tal vez os convendría, en el supuesto
de que os pertenece esta casa.

—Verdad es, señor mío, que esta casa me per-
tenece; mas no puedo serviros: hace mucho tiempo
que no admito huéspedes, porque no tengo habita-
ciones de sobra, en atención á ser la finca muy
reducida.

—Qué! ¿no podiais cederme un camaranchon...
aunque fuese un desván!.. os repito... que me pre-
cisa vivir en este barrio, pues tengo que hacer
con frecuencia en el Louvre... os pagaria por el
alquiler la cantidad que gustaseis.

—La que yo gustase! dijo el barbero, echando
una mirada irónica sobre el sencillo equipage del
joven.—tal vez os alargueis demasiado, señor es-
tudiante. Por lo demás no me es posible compla-
ceros, y así os aconsejo que tendais la red por otra
parte.

Pronunció Touquet con tal énfasis esta última
frase, que un ligero rubor cubrió el rostro del man-
cebo. Pero ya el barbero ha terminado su faena,
y no es posible permanecer en casa de un hom-
bre que no parece dispuesto á continuar la con-

versacion, y á quien recela su huésped haber dicho demasiado. Levántase el bachiller, paga y aléjase por fin de la tienda; pero no sin haber ojeado de nuevo las ventanas de la fachada.

—Ese es un enamorado, dijo entre si Touquet, luego que desapareció el desconocido.—Si, su turbacion, sus miradas, sus preguntas... Oh! bien conozco todas esas señales... asaz he servido á los amadores para que me engañe tan fácilmente... Maldicion! he aqui lo que yo temia!... ¡que de pesadumbres preveo! que de zozobras se preparan á asaltarme!... habrá visto á Blanca... ¿pero en donde? cuando? como?... Nunca ha salido ella de casa sino conmigo, y eso tan raras veces... Sin embargo, ese jóven está enamorado de ella... apostaria cien onzas de oro... Ola! Margarita! Margarita!...

Oyó la vieja criada la bronca voz de su amo, y acabando mentalmente un pater noster dirigido á su santa favorita, bajó á la tienda.

—Conque hace pocos dias que ha salido Blanca á la calle sin mi anuencia? dijo bruscamente el barbero...

—¿Qué ha salido la señorita Blanca? respondió la dueña mirando estática á su amo.

—Si, y en vuestra compañía. Contestad pronto.

—Bendita madre de Dios! hace mas de dos años de eso; entónces la señorita Blanca era una niña, y su merced le permitia que fuese conmigo á dar algunas vueltas por el Prado Grande de los Clérigos... pero desde entónces acá la pobre chica solo ha salido dos veces, en vuestra compañía... y aun eso de noche, y llevando la señorita Blanca el rostro tapado con un velo muy tupido.

—No te pregunto si ha salido conmigo. ¿Ha estado aquí mientras yo me hallaba fuera alguien que de ella os haya hablado, ó querido introducirse en su aposento?

—En verdad que tendria una bonita acogida de mi... Vaya! parece que su merced no me conoce!... A no ser el caballero Chaudoreille, que vino á darle esta mañana una leccion de música... á nadie ha visto mi señorita...

—Respecto á Chaudoreille poco riesgo puede temerse de su parte; mas si algun estudiante ó jóven page, se empeñase en hablar con Blanca mientras yo estuviera en la calle, cuidado como no le despidais con piedra y honda.

—Oh! por eso, no tengais cuidado... bonita soy yo... luego la preciosa niña lleva encima el portentoso talisman que de tantos peligros la preserva... Apuesto á que una docena de boquirubios no consiguen trastornarle los sesos, mientras lo lleve ella en el seno, y esté yo vigilante para que de él no se deshaga...

—Estate mas bien vigilante para que no abra la ventana, eso valdrá cien veces mas. Pero si tal hiciese, me vería obligado á disponer que habitase la salita que cae al patio.

—Ah! señor, la pobre Blanca se moriria alli de tristeza y aburrimiento; porque en la vivienda que decis apenas se ve; y como la criada jamas sale, tendria que trabajar con luz artificial todo el santo dia.

—A no ser por eso, tiempo hacia ya que estuviera alli, dijo Touquet á media voz y haciendo una seña para que se fuese la criada, quien obe-

decidió, observando entre dientes:

—Gran lástima es no tener fé en los talismanes! Si su merced la tuviera, no privaría a esa pobre niña de toda distraccion.

—No se habia engañado el barbero cuando juzgara que el jóven que tanta dificultad habia tenido para separarse de la barberia, era un enamorado.

Hasta tal punto habia el canto de los Italianos cautivado los oídos de Blanca, que la joven se habia apegado á los vidrios, sin moverse de ellos mientras su maestro de música egecutaba sus variaciones sobre la villaneta. Acontecio á pasar entónces Urbano, quien se detuvo para oir el concierto y casualmente alzó los ojos á las ventanas de Blanca. Al principio solo vió unas empañadas vidrieras; pero un momento despues notó detras de ellas una cara tan linda, unos ojos tan bellos y en los cuales con tanta fidelidad se retrataba el placer que Blanca sentia entónces, que el mancebo habiase quedado inmóvil, con los ojos fijos en la ventana, donde parecia estar clavada aquella imágen encantadora.

Concluida la música desapareció la preciosa cara, y el jóven dijo para si: esta no es ilusion, dentro de esa casa hay un angel, una divinidad. ¿Y cual seria el motivo de habitar ese angel, esa divinidad bajo el humilde techo de un barbero? Pues que era así, creia el bachiller haber penetrado en el tercer cielo, solo con entrar en la tienda del maestro Touquet, pero tornando á ideas mas terrenales y no viendo allí sino a unos cuantos candidatos á la rasura, operacion que nada tie-

ne de divino, á pesar de todas las esencias con- que nos perfuman las barbas, llevó los ojos há- cia la trastienda, esperanzado en ver de nuevo la linda cara en aquel parage, y dilató, cuanto le fué posible, su permanencia en la barbería.

Hemos visto cual fué el resultado de su con- versacion con Touquet. Alejóse nuestro jóven muy descontento, y conoció que habia cometido una necesidad al hacer preguntas al barbero, quien se- ria probablemente el padre de la que adoraba ya; pues los jóvenes de aquel tiempo se inflamaban con la misma prontitud que los del presente. An- tes de entrar en la tienda habria debido tomar algunos informes en el barrio; conoció esto el enamorado bachiller despues de cometido el yerro, y res olvió ahora concluir por donde deberia ha- ber comenzado. En todas épocas los panaderos tie- nen noticias muy exactas de todo el vecindario; porque todos los habitantes de un cuartel han de ir ó enviar á las panaderías casi diariamente. Descu- brió una Urbano á corta distancia, y só pretesto de comprar un panecillo, trabó conversacion con una muger que se hallaba en el mostrador, y en la que tomaron parte al momento cuantas criadas iban llegando.

—¿Conoceis á algun barbero en esta calle?

—A algun barbero? si señor; allá abajo en la esquina de la de San Honorato vive el maestro Touquet.... Por supuesto que su merced le ne- cesitará para algo... Oh! es un hombre muy há- bil en su oficio... buenos diueros ha ganado.... afeitando ó haciendo otras cosas; pero á mi que se me dá de eso? ¿no es verdad Señora Ledoux?

—Muy cierto; dijo la señora Ledoux poniendo sobre el mostrador su cesta bien atestada de colicabos, verdad es que el maestro Touquet no ha tenido siempre tan buena fama. Hay veinte años que vivo en el harrio, y gracias á Dios, sé cuanto ha pasado en él todo este tiempo, y cuanto pasa tambien hoy dia... por mas señas que ví á madama Grippard volver anoche á su casa despues de las diez acompañada de un moceton con bigotes, quien se separó de ella delante de la tienda del abacero, y despues de haberle tenido agarrada la mano por mas de una hora... y á todo esto se hallaba durmiendo su pobre marido, quien se acuesta siempre á las nueve en punto. Pero á fé que le está muy bien empleado, pues siempre anda divulgando por ahí que su muger tiene un lunar muy mono un poquito mas arriba de la rodilla izquierda... y, ya se vé, esas cosas no deben decirse porque les dan dentera á los golosos. Mas, para volver al maestro Touquet, oh! ese es pájaro de cuenta, es un apunte de los pocos! Yo le ví mudarse á esta calle, habrá algunos quince año; alquiló la casa que pertenecia al señor Richard; bien sabeis quien digo, vecina, el viejo mercader de paño.

—Si, aquel, cuya muger parió anticipadamente aquellos dos gemelos tan fornidos y hermosos.

—Ese mismo, por cierto que los mellizos en nada se parecian al encanijado del viejo papa; pues entonces cabalmente, se echó Touquet á barbero—sacam uclas, y puso casa de huespedes; ademas susurraban malas lenguas que servia á los

jóvenes de tonó en sus intrigas amorosas. Entonces tenia dos mancebos en su tienda; estaba en camino de hacerse rico, y sin embargo, se le vió hecho un perdido durante algunos años, y se le fueron los aprendices porque no les pagaba. Sorprentiósese todo el barrio, cuando unos diez años atrás se vió al maestro Touquet recoger y criar como á hija suya la chiquilla de un hombre á quien no conocia, y el cual vino á hospedarse en su casa por casualidad, y perdió la vida aquella misma noche en una riña entre algunos sujetos de mala nota y una patrulla de disfrazados. Pobrecillo! se encontró su cadáver allá abajo en la calle de San Honorato... delante de la tienda del lencero... ¿Os acordais de aquel lance, madama Legras.

La señora Legras, que acababa de entrar en la panaderia, comenzó por dejarse caer en una silla exclamando:

—Buenos dias, señoras: válgame el cielo! que caro está hoy el pescado! no hay quien se le arime.

Suspiró Urbano, diciendo entre si:

—El pescado va á desterrar del tapete á mi barbero.

Mas para hacer progresos en materias de amor, precisa á veces tener cachaza, y en medio de todos aquellos chimorreos, cuanto tenia referencia á Touquet era preciso para el jóven estudiante.

—Me empeñé en traerme una anguila para hacer una fineza á mi esposo; imposible!

—¿Es hoy el dia de su Santo?

—No; pero ayer me sacó á pasear por los alrededores de la Bastilla y ese obsequio bien merece otro... Puedo decir con orgullo que hay pocos matrimonios que se lleven con tanta concordia como nosotros... en cuatro años no hemostenido un sí ni un nó... porque no cuento algunas seis veces que nos hemos dado de mojicones... pues que siempre ha sido por cosas insignificantes... ¿Y de qué se estaba hablando, comadritas?

—De nuestro vecino Touquet, sobre quien este caballero ha venido á hacer averiguaciones.

—Touquet el barbero!... á fé mia, señoras, direis cuanto os plazca, pero nada me gusta el tal hombre.

—Sin embargo es un guapo sugeto.

—Si, muy guapo; con un corpachon como el del Señor Legras; pero tiene en la fisionomia un no se que de adusto, ladino y feroz.

—Si; de algun tiempo á esta parte, porque anteriormente era mas franco... ahora el señoron no se digna hablar con la gente! la echa de estirado y erguido.

—Eso no es extraño, como que ha hecho fortuna.

—Si, pelando barbas quizas?

—O mas bien sirviendo á ciertos señores de tono para sus trapisondas amorosas... robando muchachas bonitas por comision.

—Vamos, señoras, un poquito de caridad! bien sabeis que no tengo mala lengua! Touquet es muy ducho en su oficio. Claro está que para haber comprado y satisfecho á dinero contante la casa en que vive, muchas megillas habrá de haber ra-

pado; pero dicen que ahora el barbero es tan cuerdo como económico.

—Si, cuando el diablo se vuelve viejo, esconde las uñas y se enrosca el rabo.

—No es tan viejo Touquet, pues que apenas contará cuarenta años.

—Le habrá visitado la suerte desde que adoptó á la huerfanita.

—Eso estaba yo contando á este caballero; pobrecilla! ni aun pudo saberse que era su padre.

—Si, hija mia, le hallaron en el bolsillo una carta, en cuyo sobre se leia: al Señor de Moranval, hidalgo.

—Ah! conque era un hidalgo?

—Si, vecina, me acuerdo de todo como si hubiese sucedido ayer mismo.

—Buena fortuna es tener tan fiel memoria: ¿y qué decia la carta?

—Parece que solo encerraba unos pocos renglones, de los cuales nada pudo colegirse á derechas. Aconsejaban á Moranval obrase con mucha precaucion en el asunto que le llevaba á París! Mas que negocio era aquel, nadie pudo adivinarlo.

—¿Y no se le encontró ningun otro indicio?

—No, porque segun toda apariencia habian robado al pobre hombre despues que le mataron. Pasó la justicia á casa de Touquet á fin de tomarle declaracion. Respondió el barbero que aquel hombre se habia apeado en su puerta al anochecer, anunciándose como un caballero que iba á permanecer en Paris por algun tiempo; que hizo acostasen á su niña, y salió en seguida avisando que es-

taria de vuelta al cabo de dos horas; habia esperado toda la noche, hasta que el rumor público por la mañana siguiente divulgó la noticia de hallarse un hombre asesinado en la calle de san Honorato, y á poca distancia de la casa de huespedes; que alarmado con la ausencia de su nuevo inquilino, acudiera al paragé indicado y habia reconocido en la victima al hombre á quien facilitara posada la tarde anterior.

—Supongo que todo eso es un cuento; mas por desgracia son muy frecuentes los sucesos de esa naturaleza en Paris! Nuestras calles se han convertido en cuevas de ladrones; y despues de las nueve de la noche, no hay quien se atreva á andar por ellas.

—Y no porque los Señores del Parlamento dejen de publicar inmensos edictos para poner remedio á tanto desórden; mas segun vemos, con poquísimo resultado.

—No hace mucho que asesinaron á un conserjero de la cámara de buen gobierno.

—Tambien está fresquito un bando del Parlamento contra los vagos y malhechores ¿no es verdad, caballero?

—Si, contestó Urbano, el fiscal de la sala del crimen acaba de quejarse de los asesinatos y homicidios que diariamente se cometen, tanto en los caminos reales como en las calles y suburbios de esta ciudad, por hombres armados, que atropellan las casas mismas de los particulares, y eso es debido á la negligencia de los rondines. Ayer mismo ha publicado un nuevo edicto el Parlamento disponiendo que los vagos, los que no tienen mo-

do de vivir conocido, y los que se dedican á robos y raterias desocupen la ciudad y sus arrabales en el término de veinte y cuatro horas.

—Pues me gusta! por eso ha habido mayor zambra que nunca en las calles esta noche pasada!

—¿Y es casado el barbero Touquet? repuso Urbano, empeñado á traer la conversacion al asunto en que le interesaba.

—No, es solterito; dijo la señora Ledoux.

—Segun eso la jóven que para en su casa...

—Es la niña que ha adoptado.

—¿Y no tiene otros protectores?

—¿Y á quien ha de tener, si nadie conoció á sus padres?... Dicen que Touquet la cuida con esmero; lo que le hace mucho honor. Tambien tiene en su casa para que sirva á la huérfana, una anciana criada, de nombre Margarita,... un diablo de parlera, que anda siempre pidiendo por ahí talismanes contra el viento, los truenos y las brujas, ó bien para poner á su querida Blanca á cubierto de las asechanzas de los galanes...

—Blanca! ¿se llama así la jóven protegida del barbero?

—Si, señor; tal es su nombre.

—¿Y esa vieja es la única persona que tiene al lado?

—Pardiez! ¿y no basta con ella? Además que a muchacha jamas pisa la calle, ni se le vé asomar por la ventana ni aun la punta de la nariz.

—Ahora bien, señoras mias, ¿no creéis como yo, que el barbero está criando á esa jóven para sí mismo, y que la cuida tanto porque se encuentra enamorado de ella?

—A fé mia, que eso es muy posible. Touquet es todavia jóven, y talvez piense casarse con ella.

—Bah! yo no creo tal cosa: ademas que hay quien asegure que la muchacha nada tiene de bonita... Se lo he oido decir á ese hombrezuelo, acartonado, que gasta aquella disforme tizona, y concurre tanto en casa del barbero; jura que la huérfana es mas fea que el diablo.

—Fea! gritó con energia el estudiante, esa es una solemne mentira.

—Calle! ¿la ha visto su merced? digeron á coro las comadres, mirando á Urbano con aire maligno. El bachiller conoció que habia cometido una imprudencia; pero no teniendo ya que saber de aquel cotarpe de murmuradoras, les hizo un saludo general y salióse de la panaderia dejándolas decirse unas á otras: «Pues no se ha ido sin confiar nos el asunto que traia con Touquet!»

Urbano sin embargo habia aprendido lo suficiente, y mientras se encaminaba á la calle de Montmartre, donde tenia su alojamiento, recapitulaba para sí nuestro enamorado en los términos siguientes.

»Ella no es hija del barbero; verdad es que él le ha servido de padre; pero no tiene sobre ella mas que los derechos que dan los beneficios para un corazon sensible. Ella es hija de un caballero, tanto mejor; tambien mi padre fué un caballero, y con harta valia combatió bajo las enseñas de Enrique IV. Los viejos guerreros se acuerdan todavia del capitan Dorgeville, y el apellido que este me transmitiera permanece aun puro y sin mancha. Soy solo, soy dueño de mis propias ac-

ciones, así como ella; ya no tengo padres; un año hace que la muerte me arrebató mi madre bondadosa; mi hacienda es bien mediocre, produzcame mil y doscientas libras de renta; poseo además una casita á orillas del Loire, esto es todo lo que mi padre me dejó... pero ella tampoco tiene nada, y á fuerza de trabajar, conseguiré hacerla feliz. Ya soy bachiller... mas quiero abandonar una carrera árida, pues que las ciencias conducen con demasiada lentitud á la fortuna!... ¿No sabré yo bastante si consigo interesarla? Si... esa debe de ser mi principal ocupacion. Si ella me corresponde pediré su mano al barbero, y si este pretendiese asegurar su dicha, será imposible que me la niegue... á ménos que él mismo... si han dicho bien las mugeres... esté enamorado de ella... El áspero tono con que me contestó esta mañana, su negativa de alojarme en su casa me lo dan á entender.. ¿Y ese miserable que asegura que ella es tan fea, cuando objeto mas encantador jamas ha hechizado mi vista!... Ah! no sería atento á ella de quien hablaba! A todo riesgo, quiero verla, y darle á conocer el amor que me ha inspirado!... Y si consigo agradarle, nada podrá entónces impedir que llegue á ser mi esposa.»

Ved ahí, dirá cualquiera, unos proyectos bien descabellados, respecto á una muchacha, cuyas facciones solo se han visto á traves de unos vidrios, y estos poco diáfanos: y sobre la posesion de este objeto, casi fantástico, funda ya Urbano la felicidad de su vida; pero hagamos una aplicacion á nuestras propias sensaciones y hallaremos que no aventajan á las suyas en racionalidad! ¡Cuan di-

chosos seríamos si entre nosotros y las ilusiones que nos embriagan no existiera nunca sino el grueso de un vidrio!

Por otra parte, la impresión que habia causado á su cargo hacia el amor propio; la indignidad del amigo y confidente del marqués de Villabona, con respecto á su conducta, habia sido para él un golpe de suerte que no podia ser olvidado jamás. En consecuencia de esto, se habia comprometido á emprender el conocimiento del suceso, y para ello se habia dirigido á su patria. Ahora en esta idea, se presentaba un obstáculo: el tiempo que se necesitaba para ir á la capital y volver á su patria. Antes de entrar en ella, se habia dirigido á su casa de campo. No se trata aquí de un viaje de placer, sino de un viaje de negocios. Me han dado un gran porcentaje de mis servicios, y me han dado un gran porcentaje de mis servicios, y me han dado un gran porcentaje de mis servicios.



—Tomando en cuenta que el marqués de Villabona, con respecto á su conducta, habia sido para él un golpe de suerte que no podia ser olvidado jamás. En consecuencia de esto, se habia comprometido á emprender el conocimiento del suceso, y para ello se habia dirigido á su patria. Ahora en esta idea, se presentaba un obstáculo: el tiempo que se necesitaba para ir á la capital y volver á su patria. Antes de entrar en ella, se habia dirigido á su casa de campo. No se trata aquí de un viaje de placer, sino de un viaje de negocios. Me han dado un gran porcentaje de mis servicios, y me han dado un gran porcentaje de mis servicios, y me han dado un gran porcentaje de mis servicios.

su memoria la imágen de Blanca, y lleno de confianza en su propio mérito, persuadíase que la jóven beldad no le habia mirado con indiferencia. Por otra parte, la empresa que habia tomado á su cargo lisongeaba su amor propio; imaginábase ser el amigo y confidente del marques de Villebelle, aun cuando este no le hubiese hablado jamás; pero creia que la destreza con que iba á servir sus proyectos amorosos llegaría tarde ó temprano al conocimiento del señoron, y captaría su patrocinio. Absorto en estas ideas, apresurábase á llegar á la tienda que Touquet le indicára.

Antes de entrar en ella Chaudoreille púsose á echar sus cálculos: «No se trata aqui, decíase, de aparentar el capigorrón y revolver toda la tienda para no comprar cosa ninguna; preciso es tener presente que soy el enviado plenipotenciario de un gran personage. Me han dado diez pesos á cuenta del premio de mis servicios; bien puedo pues, gastar veinte y cuatro cuartos.»

—Tomada esta resolucion, abrió nuestro héroe la puerta de la perfumeria, y entró en ella con decidido paso; pero al hacer una pirueta á fin de darse mayor tono, y saludar al mismo tiempo á derecha é izquierda, dió vuelo á la contera de Rolanda con tal enojo que tropezando esta con un cristal de la puerta vidriera lo hizo mil pedazos.

Quedóse cortado Chaudoreille, y púsosele la cara de una legua de largo, pues calculó que el precio del cristal superaria al gasto que llevaba intencion de hacer. Soltaron la carcajada dos muchachas, que estaban sentadas detrás del mostrador, á la izquierda, mientras una vieja, que ocu-

paba la fachada, murmuró entre dientes: «Vaya un torpe!»

—Lo pagaré, dijo por fin Chaudoreille, arrancando un grueso suspiro...

—Así lo espero, dijo la tendera; mas... ¿quién ha visto á nadie gastar una espada mas larga que su propio cuerpo?

Al oír esto, estiróse nuestro caballero, y poniéndose de puntillas al paso que lanzaba á la vieja una mirada de corage:

—Es muy extraño, dijo, que haya quien se permita semejante observacion. Yo gasto la espada que mejor me acomoda, y si me lo hubiera criticado una barba con bozo, vive el Cielo que mi tizona le habria medido el cuerpo de alto á bajo.

—Lo que dije no es para que su merced se ofenda, respondió la tendera suavizando la voz, sino que figuróseme que una espada tan larga os incomodaria para andar.

—Incomodarme á mí!... no está mala la salida!... y Chaudoreille volvió la espalda á la tendera para allegarse á las jóvenes, diciendo entre sí: «no he venido aquí ciertamente para discutir acerca de la longitud de mi espada; dejemos que esta vieja reze cuanto guste.

—¿Que se os ofrece, caballero? dijo una muchacha, patizamba, chata, con labios de negra, y cuyas megillas, y barba en forma de corchete parecian embadurnadas de almazarron charolado. Examinóla por algunos instantes Chaudoreille, diciendo entre si: «Cáspita! esta en nada se parece al retrato que me han hecho de la predilecta; verdad, que el amor es ciego, y que los señorones

tienen capricho por las fisonomias originales.»

Pero, despues de haber contemplado unos momentos las facciones de la que le dirigió estas palabras, encaminó Chaudoreille la vista un poco mas allá, y reparó en otra muger, que estaba ahuñando cintas. A la primera mirada, reconoció el enviado del barbero á la jóven cuyo retrato le habian descrito; aquella era la que Touquet le indicára, y solo el color de sus ojos podia serle desconocido á Chaudoreille; pues los tenia la niña fijos en los listones que sobre su falda desliaba. Açercóse á ella Chaudoreille, y dirigiéndole un gracioso saludo, se dijo en voz baja: «Aquí está la consabida; cuidado que tengo un tino admirable para acertar con exactitud. Otros andarian indecisos horas enteras, pero yo adivino al instante cual es el objeto de mi pesquisa, y jamas me equivoco.

—Vaya unas cintas preciosas! dijo Chaudoreille, echándose de bruces sobre el mostrador, con aire descocado, y pasándose la mano por la barba á fin de imitar las maneras libres y el tono impertinente de los petimetres de aquellos dias.

Levantó entónces los ojos la muchacha, para mirar al caballero; su brillo, su expresion hicieron que Chaudoreille se quedase mudo en medio de un cumplimento del que esperaba los resultados mas felices.

—Cáspita y que ojeada, que fuego! dijo para sí el héroe dando un paso atras, mientras que la jóven seguia examinándole; lo que no dejó de encantarle á punto de hacerle arriesgar una pequeña pirueta en la que faltó muy poco para que

la vaina de Rolanda le saltase un ojo á una gata, que estaba haciendo el carreton sobre un taburete contiguo.

Arrugó los labios de la jóven una sonrisa burlesca.

—¿Que se os ofrece, caballero? dijo la beldad.
¿Quiere su merced algun liston?

—Listones!... á fé mia, no se cual escoger... uno que venga bien con los colores de mi vestido... es para hacer una moña que engalane á mi Rolanda...

—¿Y quién es esa Rolanda, señor mio?

—Mi espada, hermosa morena, y con la cual atravesaré por medio del cuerpo al que se atreva á negar que teneis los ojos mas hermosos del mundo.

Encantado de su cumplimiento, añadió Chaudoreille en voz baja, «cuidado con irse demasiado léjos, no conviene ser amable en demasia... y no olvidar que estoy aqui por cuenta agena. Parece que la chica se derrite al mirarme... Pardiez! si yo tuviera una golilla; le soplaría la dama sin culpa mia al marques de Villebelle... Vamos, Chaudoreille, oculta tus gracias, si te es dable, y no lances tus miradas irresistibles á esa jóven; pero date prisa á decirle que no es de ti de quien debe ocuparse.

Al hablar así Chaudoreille examinaba veinte listones distintos, y arrimándolos al puño de la espada, giraba la vista de cuando en cuando alrededor á fin de cerciorarse de si podia hablar sin que le oyeran las dos otras mugeres que en la tienda estaban. No se le escapó este manejo á la

jóven, quien sonriéndose á las muecas de inteligencia que Chaudoreille le hacia, daba muestra de aguardar á que este se esplicase. Por feliz ventura, entraron á la sazón en la tienda dos personas, y mientras la vieja y la jóven pintada acudían á despacharlas, tramó nuestro héroe el colofonio siguiente:

—No he venido acá tan solo con el objeto de comprar una cinta, celestial perfumera...

—Si quereis alguna otra cosa, no teneis mas que pedirla...

—Julia, no has acabado con ese caballero? dijo la vieja con tono amostazado y alisvando de reojo la indefinida tizona del valiente, que cada vez que coleaba ponía en peligro los ojos de su gata.

—El señor no se ha decidido todavía: respondió Julia, mientras que Chaudoreille esclamaba con aire impertinente:

—Me parece que soy muy dueño de vacilar cuanto me plazca respecto á los colores... Cuando un hombre de mi catadura entra en un almacén, debe procurarse buena tia, retenerle en él, cuanto posible sea; si quereis tenerme por parroquiano, dejad que charle cuanto se me antoje con esta niña bonita.

—Estas réplicas insolentes estaban tan en moda á la sazón que calló la boca la tendera, en vez de echar á la calle al importuno caballero, como tal vez sucederia hoy con cualquier elegante que se condujera como nuestro amigo Chaudoreille.

—Cáspita! si uno se descuidase en enseñar los dientes á estas tenderillas, creo que no habria fin á sus reconvenciones, dijo Chaudoreille arriman-

do por la vigésima vez una cinta color de aurora al ribete de su ropilla.—Este color pegabien, ¿qué os parece, adorable giovanetta?

—Creo que estas cintas tienen el lustre demasiado fresco para que puedan maridarse con los vestidos de vuesamerced, y que siempre habrán de desdecir.

—Confieso que el terciopelo de mi jubon está algo ajado, pero como ha de ser? cuando un hombre se bate preciso es que agarre un poco de pólvora y de polvo... Aquiteneis esta capilla, que solo hace seis semanas que la estrené, apuesto á que le echais algunos meses de trote?

—Decidme respecto al liston, caballero, dijo la jóven en responder á la pregunta.

—Venga pues una moña color de hortensia, dijo Chaudoreille, y añadió con tono misterioso. Tengo que comunicaros un asunto de la mayor importancia.

—Ya lo sospechaba yo, replicó Julia.

—No hay remedio, dijo para sí el bravo, apuesto á que cree que estoy enamorado de ella, y espera con impaciencia mi declaracion. Vamos! soy incorregible! si me dejo ir un poco, estoy seguro de trastornar la cabeza á la mas pintada; mas vale que me apresure a desengañarla. No hermosa morena; vuestras sospechas son infundadas, repuso él bajando los ojos con aire amartelado; debo confesaros que no soy yo el Adonis sino el embajador de los Amores, aun cuando pudisteis haberme tomado por el Amér en persona...

Una escandalosa risotada por parte de la jóven impidió que prosiguiera Chaudoreille, quien no

supo al principio á que atribuir este arranque de gozo; pero como su amor propio le hacia ver siempre las cosas por el lado mas propicio, decidióse á reir tambien, diciendo en voz sumisa á la muchacha:

—¿No es verdad que os parece ridículo verme hacer el papel de mensajero de un amante... á mi que soplo á todos sus conquistas? Ciertamente que esto es muy chistoso...

—Vamos, señor embajador, explicadme vuestro mensaje, dijo Julia, echando sobre el plenipotenciario una mirada de compasion.

Volvió á reconocer el campo Chaudoreille, y poniendose el dedo en la boca, examinó las personas que estaban en la tienda, y alejando de sí el taburete, donde hacia la rosca el gato, agachóse hácia Julia con aire de conspirador, y dijolo al oido:

Un señoron me envia á hablaros de su parte... es un hombre en estremo rico, un personage que goza favor en la corte; un galan que...

—Si, si, ese es el marques de Villebelle, dijo con impaciencia Julia; ha mucho tiempo que lo sé... ¿Y que quiere de mi? ¿qué os ha encargado me digais? vamos, señor, acabad presto.

—¡Qué hábil deberé de ser yo, dijo entre sí Chaudoreille, cuando sin necesidad de esplicaciones se adivina la que pretendo decir!... Supuesto que sabéis su nombre, prosiguió él arrimando aun mas sus labios a la cara de Julia, quien la retiró bruscamente, está demas que os lo diga; el tal señoron os adora..

—Supongo que no os habrá encargado de que

me hagais una explicacion de sus sentimientos.

—No pero me ha dicho os pida en su nombre una cita; si no le otorgais este favor, está resuelto á prender fuego á los cuatro ángulos de esta manzana para tener la dicha de salvaros del incendio. Por Dios, divina Julia, pues creo es este vuestro nombre, y me hace sospechar que no sois francesa... ¿he acertado ó no?

—¿Tambien os han encargado que me preguntárais eso? contestó Julia lanzando á Chaudoreille una mirada desdeñosa.

Mordióse los labios el Mercurio de los amores, y poniéndose la mano en la cadera izquierda dijo á media voz.

—¿Qué habré de responder al nobilísimo Señor de Villebelle, de quien soy el confidente íntimo y á quien represento en este mismo instante?

—Y el cual debería tener mayor tino para elegir sus comisionados, replicó Julia con seco tono.

—Esto es hecho; pensó Chaudoreille, dando algunos pasos hácia atras; se enamoró de mí! es posible que mi personita haya de hacer de las suyas siempre? Pero todo esto es muy desagradable! Yo debería haberme disfrazado un poco, ó al ménos no dejar que mis ojos hiciesen tan desesperadas heridas... En este negocio se atraviesa dinero y buen tonto seria yo en dejarlo perder.

Y Chaudoreille repitió á Julia, sin dejarla ya ver de su rostro mas que parte del perfil.

—Conque, respondedme ¿que habré de decir al marques?... ¿á donde vais de paseo mañana á la noche?

Mantúvose callada la jóven por algunos instantes, absorta al parecer en reflexion profunda. En el ínterin palpábase Chaudoreille el bolsillo, y azorábale en extremo la idea de que respuesta irian á darle, diciendo para si: «á mal salir estos diez pesos ya cayeron.»

—Mañana á la noche en el puente del Torrejon, dijo por fin la jóven Italiana, porque efectivamente Julia no era Francesa.

—Basta! replicó Chaudoreille, manteniéndose siempre de modo que solo se le viera el perfil... no os pido otra cosa... y me voy por recelo de que mi vista no os haga mudar de resolucion.

Ya tenia el mensagero asido el pestillo de la puerta, cuando le llamó Julia:

—Caballero, se os ha olvidado pagar el liston.

—Vive el cielo que es verdad! lléveme el diablo si no me sucede á cada paso lo mismo... soy un botarate!

Asi hablando, sacó Chaudoreille el bolsillo, é hizo sonar muy de recio sus diez monedas; despues de haberlas contado y recontado repetidas veces en la mano,

—Por lo comun, dijo, no llevo sino oro conmigo... es carga mas ligera... ¿Cuanto os debo, hermosa niña?

—Treinta cuartos, caballero.

—Treinta cuartos!... por una moña! exclamó Chaudoreille, torciendo el gesto, y encerrando otra vez sus pesos en el bolsillo.—Eso me parece endiabladamente caro... Bien veis que la cinta es muy angosta.

—En un hombre que nunca lleva encima sino oro, dijo sonriéndose Julia, me parece extraño el regatear semejante bagatela.

—Estoy muy léjos de querer regatear, señorita, mas me pienso que podría rebajarse alguna cosa, y que con veinte y cuatro cuartos sobra para hacer un lazo magnífico. No importa, somé, tomé á vuestra sentencia... dadme la vuelta.

Presentó Claudoreille suspirando uno de sus pesos á Julia, y mientras esta le daba el cambio, ató su moña en la empuñadura de Rolanda. El efecto que este adorno produjo mitigó algun tanto el pesar de nuestro héroe por los treinta cuartos que pasaban á manos de la perfumista. Tomando la vuelta, y acordándose quizas de que pudiera quedar alguna otra cuentecilla pendiente, echó á correr hácia la puerta, y lanzándose á la calle desapareció con la celeridad del relámpago.

—¿Y mi cristal? dijo la vieja tendera; ¿ha pagado mi cristal?

—Válgame Dios, señora! respondió Julia.

—Bien me lo maliciaba yo... corred señorita, corred... este trapisondista escurrido, que quiere echarla de elegante con su vieja y raida capotilla, y su plumero que ni aun lo quisiera yo para quitar el polvo á los estantes, viene acá para revolverlo todo; por poco le saca los ojos á mi pobre gata, me dice mil insolencias, echa dos horas en regatear un mal moñajo, y luego se desliza sin pagar el cristal que rompió... vaya! imposible no sea algun ratero... algun corta-bolsas...

Ya á esto habian abierto las dos jóvenes la puerta de la perfumeria, pero en ninguna parte se

divisaba ni aun la sombra del caballero Chandoreille.

—Yo tengo la culpa, señora, pues se me olvidó hacerle pagar el cristal roto, quiere decir que yo satisfaré su importe.

—Está muy bien, señorita, con eso aprendereis para otra vez á no prestar oído á las necesidades de esos hambrunos que dan mucho que hacer y tienen los bolsillos sin un sacramento.

Nada contestó la joven Italiana, pues era probable que en aquel instante ni el cristal roto ni Chandoreille fuesen el objeto de sus reflexiones.

Llegó la noche, y ya hacia horas que no se oía ruido en la tienda del barbero, quien segua su costumbre cerró sus puertas tan luego como el sol se puso, pues no recibia á gente estraña en su casa, ni iban á afeitarse sus parroquianos despues de oscurecido.

Tenia señalada Touquet aquella hora para hacer su comida, aunque era costumbre entónces *yantar* mucho mas temprano. Asi podia decirse que el barbero comia y cenaba todo de un tiron.

Luego que Margarita gritó desde su cocina: «Señorita, os estan aguardando» salióse de su aposento la joven Blanca y descendió presurosa á la sala baja donde la mesa estaba lista. Cenaba Touquet en compañía de la huérfana y era aquel momento en todo el dia cuando por mas tiempo se les hallaba juntos, aunque el barbero hacia siempre por acortár el rato cuanto posible le fuese, y se quedaba en la mesa lo ménos que podia, ó por mejor decir solo el tiempo absolutamente necesario para satisfacer su apetito, y sin responder mas que

con monosílabos á lo que Blanca le preguntaba, á fin de no prolongar la duracion de la comida.

Esta vez, veíase al barbero sentado, según costumbre, junto á la chimenea, aguardando que bajase Blanca; mas luego que esta se hubo presentado, fijó los ojos en los de la jóven, cual si intentase leer algun secreto en ellos.

Sorprendida de hallarse mirada por un hombre que hasta entónces habia parecido evitar sus sonrisas, bajó Blanca involuntariamente los ojos, donde respiraban la inocencia y el candor, mientras un carmin mas vivo se difundió por sus mejillas, porque las miradas del barbero tenian algo de escudriñadoras, que ella jamas acostumbrara advertir.

Pero ya habiase satisfecho Touquet, y la expresion de las facciones de Blanca disipó la inquietud que él concibiera. Sentóse á la mesa, é hizo seña á la amable niña para que lo verificase en su puesto habitual.

Parecía que la comida hubiera de pasar en silencio, como por lo comun; tan solo Margarita al mudar los platos y traer los manjares, se atrevia á aventurar algunas frases, que contestaba Blanca con algunas otras. Mas de repente la jóven, cual si visitase su fantasia una idea agradable, exclamó:

—Padrino, ¿oísteis la música esta mañana?

—La música! repitió Touquet mirando á Blanca al soslayo... sí... creo que la oí.

—Era muy linda; primero cantaron en Italiano, luego en Frances. Lo que me gustó mas de todo fué un romance... aguardad que creo haberme quedado con el estrivillo.

— *Para siempre sabré amar!* —
 — *Mi dama es Dios para mí.* —
 añadió Blanca, talareando con espresion la *barcarola*.

Frunció el barbero sus pobladas cejas al escuchar á Blanca.

— Como! ¿ya sabes de memoria el romance? —
 dijole con tono irónico.

— No del todo; solamente el estrivillo.

— ¿Y es la primera vez que lo oyes?

— Si, señor.

— Según eso, has abierto la ventana?

No, aun cuando tuve unas ganas indecibles, pero me apegué á las vidrieras, para oír mejor.

— Y ver mejor supongo.

— Ver!... oh! mas me agradaba el oír, contestó Blanca medio asustada con la espresion de los ojos del barbero.

— Y qué! ¿tu ventana no tiene cortinas? repuso Touquet despues de un instante.

— Si señor, respondió con timidez la doncella.

— Blanca, ya te lo he dicho, no me gusta que te espongas á las guinadas y muecas de los pisaverdes, que no hacen sino pasear las calles todo el santo dia.

— Pero, padrino, ¿quien habrá de verne desde detras de las vidrieras?

— Tienes razon pero...

— Está bien, padrino, si eso os disgusta no volveré á arrimarme á ellas.

Conmovido de la dulzura de Blanca, tomó el barbero un aire menos adusto, y levantándose de la mesa, le dijo casi con bondad:

—Retirate á tu cuarto, Blanca, procuraré dentro de poco hacer tu vida menos monótona... Si, confieso que no será posible que permanezcas de continuo en un retiro tan melancólico.

—Ah! estoy gustosa en él, querido padrino; y solo conque yo pudiese aprender el romance entera, mas como el Señor Chaudoreille me canta siempre una misma villaneta, os aseguro que me aburre.

—Yo te compraré otras canciones.

—Ah! proporcionadme la de esta mañana.....

Para siempre sabré amar; os acordareis?

—Sí, sí; no se me olvidará; pero estoy aguardando á un amigo... retirate á tu cuarto.

Saludó Blanca al barbero y subióse alegre á su habitación, mientras siguiéndola con la vista decia entre sí Touquet.—Vamos, hice mal en alarmarme; ella no le conoce.

Una hora despues de este coloquio, llamaron á la puerta y abrió Margarita á Chaudoreille, quien entró en la sala baja con el aire de importancia que afecta un hombre contentísimo de si mismo.

—Bien tarde vienes, díjole Touquet, indicándole una silla.

—Qué diantre! amigo mio; ¿juzgas que los negocios se hacen en un credo?

—Pero no creo que hayas estado hasta ahora en ta tienda adonde te envié.

—No, por cierto; mas pasé allí un largo rato... luego me fué preciso comer... pues si no me engaño no me digiste nada sobre tomar contigo la sepa... ¿voy bien?

—Vamos al hecho; ¿saliste adelante con tu em-

presa? dame cuenta de la comision.

—Todo lo sabrás ahora... primero deja que me limpie un poco la frente...

Hizo el barbero un movimiento de cólera, mientras que Chaudoreille se pasó por la cara un pañuelo de seda, que por prudencia llevaba siempre doblado. Después de haber arrancado aun algunas exclamaciones de cansancio, mientras las cuales Touquet pateaba de impaciencia, comenzó su narracion el valiente plenipotenciario.

—Para ir desde aqui á la ciudad, fácil me era tomar dos caminos... ó por mejor decir hasta cuatro.

—Majadero, toma una docena si quieres, pero vamos al grano.

—A él habré ido ya, cuando me ves de vuelta. Decidime por el del Puente Nuevo, desdee malecón hasta la calle... ¿como se llama la maldita?... tu la conoces, pues venden allí unas tortillas de bacallao tan famosas...

—¿Chaudoreille? te estás burlando de mi?

—No tal; paréceme que debo darte cuenta de todos mis pasos... pero como tienes ese genio tan fuguilla! En fin tomé la ruta mas corta, y hétemo aqui en la tienda donde trabaja la chiea.

—Gracias á Dios!

—Entro con aquella sal que tanto me distingue; primero saludo á una vieja que está á la derecha; luego á dos mozueltas que hay á la izquierda... y en medio de la perfumeria solo veo á una gata que dormia sobre un sillón.

—A la cual saludaste tambien, supongo?

—Ah! si me interrumpes voy á hacerme un

lio; estás? Pregúntame que quiero y yo contesto disimulando mis designios: enseñadme unos bonitos listones: Sácanme cintas amarillas, azules, rojas, verdes y color de naranja. A todo esto examino á las dos jóvenes, y como la naturelesa me ha dado este golpe de vista tan penetrante, conozco al punto la que me habias indicado.

—Y por supuesto le hablas...

—Poco á poco, vas á ver con que gracia he hilado el asunto. Soy bastante astuto para hacer que ella me despache: pregúntame que color elijo, y yo como zorrón marrullero, muéstrome vacilante, á fin de prolongar la entrevista... En fin por un bendito acaso... entran en la tienda otros compradores; entonces la jóven y yo nos examinamos mutuamente con la vista...

—Y le dices tu comision.

—Decidime desde luego por el color de hortensia, y compro una moña para mi Rolanda... ¿qué te parece?... ¿no juzgas que está muy bonita?

Asi diciendo, levantóse Chaudoreille, y arrimó el puño de su espada al rostro de Touquet, quien empujando bruscamente al caballero le hizo caer en su silla, y exclamó:

—Si no me contuviera, te moleria los huesos para enseñarte á que no abusaras así de mi paciencia.

—No dá gusto meterse en un enredo contigo, dijo Chaudoreille algo atufado al volver con tan poca ceremonia á su asiento... Pero ya que te empeñas en que vengamos al hecho; cántame ya en él... dite á entender las intenciones del marques de Villebelle.

—Sus intenciones! todavía no te las he comunicado.

—Quiero decir, su amor, su llama... en fin solicité una cita para mañana á la noche.

—Y qué resultó?

—Hubo un largo rato de titubeo, y otro aun mas largo de reflexion; entonces redoblé los esfuerzos de mi elocuencia, describí al marqués como medio muerto de amor, y alma del otro mundo si sus votos se despreciasen.

—Imbécil! ¿y qué necesidad habia de todo eso?

—Qué si habia? no ves que la chiquilla vacilaba.

—Pinturas! remilgos de muger.

—No lo creas; que ponía una carita muy interesante.

—Acabarás de una vez? Irá por fin á la cita?

—Toma si irá! pero me costó gotas de sangre conseguir que se decidiera.

—¿Mañana á la noche?

—Si, á las ocho.

—Y donde?

—En el puente del Torrejon.

—Está muy bien.

—Luego que obtuve esta respuesta, hice que me atara la moña á la espada, y...

—Te perdono lo restante de tu relacion; ya he oido lo suficiente.

—Sin embargo, preciso es que sepas, que al saludarla con demasiada elegancia, rompí un cristal, que me costó un peso... y es muy justo que se me abone ese desembolso..... Ah! no es eso to-

do; también sé que la chica se llama Julia... y apuesto á que es Italiana. Bien ves que no he perdido mi tiempo ¿estás contento de mí?

—Si; no lo has hecho del todo mal, contestó el barbero, con aire menos sombrío, y acercando una mesita sobre la cual habia puesto Margarita como de costumbre unos cubiletes y un jarro de estano lleno de vino. A escepcion de tu eterna charlataneria, estoy contento de lo demas, échate un trago...

—Llamas charlataneria á la exactitud de los detalles, dijo Chaudoreille coronando hasta el borde uno de los cubiletes de vidrio... Por mi parte quiero hacer patente que no robo el dinero que me dan á ganar... Respecto al cristal roto, te lo he insinuado porque solo me quedan ya nueve pesos... Ah! se me olvidaba... y la moña color de hortensia que me costó dos pesos cabales?... así es que solo he recibido siete de mina.

—Dos pesos ese lazo de tripilla de pollo? dijo el barbero mirando con mófa al puño de la espada. Chaudoreille, tu has equivocado tu carrera; deberias haber seguido la de administrador de hospitales para presentar cuentas gordas cuando te las pidieran.

—¿Y que quieres decir con eso?

—Que hablando en plata ese moñajo no vale arriba de quince cuartos.

—Ya para uno que fuese de paso, para un cualquiera conced; mas para quien vá haciendo las veces de señoron... si... arrimarse entences, y los tenderos os desuelan; no estaba en el orden que me pusiese á regatear... si me hubieran pedido tres

veces mas, lo hubiera yo dado y punto en boca, asi me porto yo... siempre, amigo mio.

—Tranquilizate, dijo Touquet sonriéndose del enfado que aparentaba Chaudoreille, á fin de probar que habia gastado tres pesos,—ya te se abonarán los gastos...

—Oh! no estoy alterado por cierto!... ¿pero que otra cosa he de hacer mañana? ¿habré de ir al lugar de la cita? ¿quieres que me lleve robada á la muchacha?

—No; eso me toca ahora á mi; tu puedes ser útil para levantar la caza, pero yo me creo bastante diestro para traerla á tierra otra vez.

—Poco me conoces todavia amigo. Figúraseme que habias de hacer mas justicia á mi destreza y valor, si supieras cuantos lances amorosos he traído á feliz éxito?... es en los momentos difíciles cuando importa que me vieras! A todo hago frente!... me atreveria á robar una Venus de entre los brazos mismos de Marte, y todos los Vulcanos del mundo no conseguirian meterme miedo.

—No lo dudo, pero quiero economizarte las pruebas.

—Tanto peor para ti; pues verias cosas sorprendentes... para mi no valen obstáculos! Cuando se me sube la sangre á la cabeza, soy un Aquiles; mira, quisiera que una vez tan sola te hallaras, como quien dice, en peligro de que te quitasen la zalea, en fin, que tuvieses necesidad de mi auxilio... entónces súbito como el rayo acorreria yo á favorecerte, con mi tizona en el puño... y.....

En aquel instante oyóse en la calle ruido, y

Touquet, asiendo del brazo al bizarro Chaudoreille, le dijo:

—Chiton! cállate! que oigo una cosa.

—¿Y que nos importa lo que pasa en la calle? Serán tal vez algunos muchachos que van de par-randa ó á dar una serenata á alguna chica. Deja que se diviertan. Deciate, pues, que blandiendo mi omnipotente tizona...

—Cállate, desventurado!... repuso el barbero apretando con mayor vehemencia el brazo de su camarada. Ya vuelve á empezar.

Oyóse entonces claramente el son de una guitarra que rasgueaban inmediato á la puerta.

—Ese es algun aficionado á la música, observó Chaudoreille.

—Silencio... escuchemos; dijo Touquet, cuyas faccionnes espresaban la ansiedad mas viva, mientras el caballero murmuraba entre dientes... «No la puntea bien.. mucho necesitaria de que yo le diese algunas lecciones.»

A poco dióse á oír una voz, que acompañándose de la guitarra cantaba un tierno romance, cuyo estrivillo trajo á las mientes del barbero las palabras que Blanca habia citado.

—Ya no hay duda! exclamó Touquet levantándose bruscamente; á ella vá dirigida la serenata. Ah! atrevido... voy á quitarte las ganas de repetir tu cantinela!

Pronunciando estas palabras corrió el barbero á tomar el puñal, que estaba colgado encima de la chimenea, mientras que Chaudoreille, mudando el color, balbuciaba:

—¿Que diablo te ha dado? ¿qué demonios vas á

hacer? ¿á quien quieres matar?

—A un insolente que está delante de mi puerta... ven, Chaudoreille; sígueme: aunque hubiese diez hombres, todos habrían de sentir la punta de mi puñal... Ven, también te tocará á tí el gusto de castigar á esos socarrones.

Mientras así hablaba corria Touquet á su tienda, apresurándose á abrir la puerta de la barbería, pues por aquella parte era mas pronta la salida que por el zaguán. En tanto que con precipitación descorria los cerrojos, levantóse Chaudoreille como un furioso, y púsose á dar vueltas por la sala, gritando:

—¿Donde demonios habré yo dejado mi espada?

Concluido su paseo, advirtió que Rolanda no se le habia separado de la cintura y comenzó á dar voces á Touquet, quien estaba ya muy distante para que pudiese oírle.

—¿Que botarate soy!... tan enardecido estaba que no veia mi tizona! Allá voy á favorecerte!... no me falta sino sacarla de la vaina... Vamos pues Rolanda mia! este maldito lazo es lo que te tiene presa... mal haya la moña, y quien te la puso... Allá voy, Touquet, entreténlos un poco!... hasta que Rolanda salga de la contera!

Mas el barbero se hallaba ya en la calle mientras Chaudoreille, embutido en el último rincón de la sala, parecia hacer esfuerzos inútiles para desnudar la espada, y gritaba sin tomar aliento:

—Allá voy! allá voy! Ya me verán bien de cerca los desvergonzados.. Maldita sea la moña!... á no ser por ella ya hubiera yo á estas horas tendido á cinco ó seis patas arriba!

... un momento por esta delante de mi puerta...
... ven, Chanchullo, al momento, cuando hebre...
... todas las cosas, todas las cosas de la vida de...
... mi padre... Ven, también la noche de la fiesta de...

CAPITULO VIII.

... de, representándose a abrir la puerta de la ter...
... parte, para por aquella parte que me heoria la salida...
... para el asador. En tanto que con precipitación des...
... corría los cortos, lejanos Chanchullo como...
... un furioso, y pasaba de vuelta por la sala...
... gritaban en el momento de haberse dejado mi es...
... ¿Dónde demonios habrás se dejado mi es...
... parte?

Coloquio al lado de la chimenea.

... se le había separado de la chimenea y comenzó a...
... dar vueltas a Tardel, quien estaba ya muy dis...
... table para que hubiera sido...
... — ¿Qué botarate soy!... tan enojado estás...
... que no seas un líon!... ¡Mí, yo a la vez!

BRA en efecto para que blanca lo oyese que el desconocido rasgueaba su guitarra. Los amantes son imprudentes. Urbano amaba por la primera vez, pues no debemos llamar amores esos caprichos momentáneos que se amortiguan tan luego como se satisfacen; y en aquel tiempo ya solían los jóvenes tener sus antojos; pero cuando se enamoraban de veras, diceso que duraba su pasión algo más que lo que sucede hoy especialmente entre las personas de la sociedad comun: respecto á las gentes de tono, estas han gozado siempre de un privilegio esclusivo.

... tendido á cinco ó seis pares arriba

Un primer amor nos hace cometer sendas imprudencias; al segundo tenemos ya mayor práctica; al tercero ya somos profesores; la experiencia es y ha sido siempre madre de la ciencia en todos los países y en todas las épocas. Si las mugeres no son constantes á sus primeros amores, es solo para adquirir la precitada práctica, y bariamos muy mal en criticarlas por eso.

Pero Urbano se apesadumbraba poco ó nada por semejantes cavilaciones; teniendo sin cesar delante de los ojos la imágen encantadora que veía tras de los vidrios, ardía impaciente de contemplarla sin que entre él y ella mediase cosa ninguna. Lo que habia oido decir á las noveleras del barrio fortalecia sus esperanzas, y añadia tal vez al sentimiento que experimentaba ya; pues que habia cierta tintura romántica en la historia de la huerfanita. Las cosas extraordinarias inflaman la imaginacion, y la de un enamorado es mas combustible que la yesca.

Antes sin embargo de dedicarse á allanar los obstáculos para obtener el objeto de nuestro amor preciso es conseguir que ella nos ame, sin cuyo requisito cuantos planes se formen no valen un caracol. Miramos con rostro severo los zelos de un rival, con entereza la vigdancia de un tutor ó de un marido, con sangre fria la venganza y los puñales de mil enfurecidos atisvadores, pero no con indiferencia arrostramos la frialdad del objeto de nuestro delirio; ante este estorbo desvanécense todos los proyectos de felicidad: un corazón amartelado quiere encontrar otro corazón que corresponda al suyo; ese amor brutal que se con-

tan pretendidos como el amor.

tenta de la posesion del cuerpo sin codiciar la del alma, solo pudo existir entre los tiranuelos de los tiempos antiguos, que saqueaban á los viajeros, y hacian la conquista de una muger á punta de espada, y en seguida se la llevaban en las ancas del caballo, ni mas ni menos que un empleado de la Hacienda pública se apodera hoy de un fardo de generos de ilícito comercio, é iban á refocilarse con su botin en los subterráneos de algun castillejo, importándoseles muy poco el ver correspondidas con lágrimas sus caricias groseras.

Hoy es mas delicado el amor; queremos agradecer ante todo, y un gotoso miler con sus puñados de guineas anhela tocar el corazon asi como la mano de una linda bailarina; lo que consigue siempre, porque las bailarinas tienen por lo comun el corazon en la mano.

Mientras hacia Urbano la sencillísima reflexion de que arte todo lo demas le precisaba darse á querer de la jóven huérfana, dirigia la vista á un espejillo de unas once pulgadas en cuadro que estaba encima de su chimenea. En aquel tiempo estaban muy caros los espejos de vestir, y los estudiantes no tenian en sus habitaciones semejantes muebles, aun creo que tampoco los tienen en el dia. El cristalejo azogado representaba á Urbano un par de ojos muy bellos, á los que infundia el amor una expresion lánguida y tierna, unas cejas bien arqueadas, una boca muy graciosa, una frente noble, en fin un conjunto de facciones que no debian asustar á una chieca, y nuestro amador, asaz satisfecho de su espejillo, sonreíase ligeramente diciendo; »¿Y por qué no habrá de amarme?»—Nada nos hace tan presumidos como el amor.

Así pasó Urbano todo el santo día; haciendo proyectos, visitando su espejo y arrancando sendos suspiros. Vino la noche, y acordóse entonces el estudiante que no se había desayunado; solo los amantes desesperados son los que pierden completamente el apetito (á lo menos segun ellos mismos quieren hacernos creer). Como Urbano carecia hasta entonces de motivo para desesperar, dirigió sus pasos hácia una modesta taberna. Este nombre no designaba á la sazón un lugar de reuniones de mala nota. Pedro Corneille, Bois-Robert, Rotrou, Colletet, Scarron, y hasta muchos grandes señores, frecuentaban las tabernas, que eran las fondas de los antiguos días.

Mientras tomaba su mezquina pitanza decia Urbano entre sí: »Qué haré para que me conozca?... Blanca!..... cuidado que el nombre es muy lindo! y que bien le pega... Pero el tal barbero no me parece demasiado tratable; su casa es una verdadera fortaleza; preciso es sin embargo, que sepa esa hermosa chica que la quiero... que la adoro. Esta mañana estaba ella escuchando á los músicos; parecia agradecerle sobremanera el romance que cantaron. Yo sé de memoria esa cantinela... voy á cantarla esta noche debajo de su ventana... y quien sabe si se asomará... y si tal vez á deshora abra las vidrieras para tomar el fresco.»

El aire á todo esto corria bastante helado, porque reinaba la estación mas rigurosa del año; pero un amante cree siempre hallarse en primavera. Complacido con su proyecto, corrió á su casa Urbano con el fin de armarse de su guitarra; y aguardó con impaciencia á que las calles se quedasen

desiertas para ir á dar una serenata á una muger que no le conocia.

Esa moda española estaba entonces bastante corriente en Francia; aun existen tambien muchos pueblos de menor nota donde se ha conservado, y en cuyas calles resueñan las elegias amorosas entre diez y once de la noche, con su correspondiente acompañamiento de guitarra. Pero en las grandes capitales, apenas otros que los ciegos, ó los músicos de pandereta y violín, cantan sus amores á la luna.

Llegada la hora propicia para los amantes, encaminóse Urbano á la calle de los Bordoneses, donde no tuvo dificultad en dar con la casa del barbero, pues que habia tomado las señas por la mañana. Un rayo de luz que penetraba por las cortinas de la ventana de Blanca, parecia anunciarle que la jóven no estaba en la cama aun; entonces, sin reflexionar que habrian de oirle tambien los damas vecinos de aquella casa, púsose Urbano á cantar dando á su voz la expresion mas tierna que pudo.

Ya hemos visto cual fue el resultado de esta imprudencia; al ruido de los cerrojos que alguien descorria habiase alejado con prontitud el cantor y escondidose detras de la esquina de la calle de Malas-Palabras, desde donde oyó las amenazas y juramentos de Touquet.

—Se puso en salvo! dijo el barbero, volviendo á entrar en la sala baja, y arrojando con furor su puñal sobre la mesa. Estas palabras rompieron aparentemente el encanto, que retenia la hoja de Rolanda dentro de su vaina de cuero, pues Chau-

doreille desnudando al punto la tizona y haciéndola brillar en el aire, lanzóse con precipitación á la barbería, gritando á mas no poder: «Ah! ahora si, señores cantores, ahora si que voy á hacerlos ver cuantas son cinco!

—Cuando te digo que ya no hay nadie! repitióle Touquet, mientras el bravo hacía muestra de descorrer los cerrojos de la puerta— No me fui con bastante tiento; oyóme de seguro el camastron, y tocó de soleta á buen tiempo.

—¿Estás cierto de que ya no hay nadie? dijo Chaudoreille, blandiendo siempre su espada.

—Si, no lo dudes.

—Me están dando ganas de cerciorarme, saliendo á registrar la calle.

—Si quieres, bien puedes hacerlo.

—No; estoy pensando que eso seria una torpeza; tal vez vuelvan á su serenata, y mas vale dejar que se acerquen sin prevencion; entonces les iremos encima, y juro por mi parte no darles cuartel.

Hablando asi, envainó el caballero á Rolanda, y volvió á la trastienda, donde, sentándose á la lumbre, llenó otra vez de vino su cubilete, y echóselo á pecho de un trago, á fin, como dijo nuestro valiente, de calmar su furor. Paseábase Touquet entretanto por la vivienda con pasos agitados, y parecia insensible de la presencia de Chaudoreille; pues de cuando en cuando murmuraba con voz bronca: «Lo que yo temia ha llegado por fin... Han atisvado esa flor hermosa; y todos disputarán á porfia quien la coge con mayor premura.. Si, van á informarse de quien es, y de donde ha venido!... de

aquí mil conversaciones... mil pesquisas... ¿Y quien sabe hasta donde pueden llegar las cosas?... Qué lerdito he sido!..., parecióme preciso quedarme con la muchacha!... Creí dar un golpe maestro; juzgué que eso alejaría toda presuncion... ¿Y no debí preveer que algun dia hubiera de cumplir diez y seis años, que seria hermosa, y que pondrian en juego, á fin de poseerla, cuantas astucias he practicado yo para perder á otras?...

—Amigo carísimo, dijo el guapo llevándose por tercera vez á los labios el cubilete hasta los bordes; valiente Touquet, si no quieres tener ya en tu casa á la chica, dámela á mi, y te respondo de que ningun boquirubio se atreverá á mirarla á la cara.

—¿Qué te la dé? exclamó el barbero cual si entonces hubiese reparado en que allí se hallase el espadachin,—¿de quien estás hablando? respóndeme!

—Eh! vaya con el hombre!... ¿no eres tu quien estás hablando de la florecilla que tienes recogida? Creo haberte entendido perfectamente...

—¿Me has entendido? vociferó Touquet, agarrando á Chaudoreille del brazo con que empuñaba el colmado cubilete—di?... que has entendido?... infeliz, habla pronto!

—Vete con tiento, hombre... no me sacudas el brazo... ya me has manchado de vino tinto toda mi almillia color de rosa... Será preciso que me regales una de las tuyas.

—¿Que has oido? repitió el barbero con voz formidable, levantando el puño sobre Chaudoreille, mientras con la otra mano le sacudia el brazo con tanta violencia, que parte de las mejillas

y el cnello del caballero se embadurnaron de vino tinto. —Nada, nada... te lo juro, balbució el pequeño héroe, bajando los ojos por no encontrar las furiosas miradas del barbero. —Solo te decía que este vino tiene la flor de la canela en su composición... y que si quisieras darme á guardar algunas botellas!.. sabria esconderlas de toda mirada profana... Creo que fué eso lo que me quisiste decir; pues en verdad... me trastornas los sentidos con esos arranques... ni yo mismo sé lo que estoy diciendo!

Soltóle Touquet el brazo á Chaudoreille, como si estuviera avergonzado de su movimiento de ira, y tomando un tono mas sereno, mientras se sentaba á su lado, —Hay cosas, dijo, que quiero se tengan secretas... no que su importancia sea mucha, pero... por lo demas, no supongo que te atrevas en la vida á dar suelta á tu lengua en contra de mi buen nombre... sabes harto bien que mi puñal te privaria al momento del órgano que osases aplicar á semejante uso.

—¿Y qué diantres he de charlar yo? dijo Chaudoreille, enjugando con su pañuelo de seda, aunque sin doblarlo, su cara y vestidos, al mismo tiempo que fruncia la boca cual si ya se empeñase Touquet en cortarle la lengua. —Nunca me has hablado de tus asuntos; y te consta que no soy hombre que ando inventando mentiras.

—Te he dicho lo que todo el mundo sabe ya; que he recogido á Blanca, porque se habia quedado huérfana en mi casa, sin que haya podido averiguar yo mas que los demas cosa alguna

acercá de sus padres ni familia. Ahora la muchacha se ha estirado y puesto bien parecida; vamos á tener enamorados á centenares, y hé aqui lo que me apura y desespera. Informarse querrán de cuanto concierne á la chica, aunque en verdad llegarán á saber ni más ni menos de lo que acabo de decirte. Conozco al cantor que estuvo á la puerta ahora poco: vino á mi barbería esta mañana; pasó en ella algunas horas, esperando siempre que Blanca se presentase... ¿me entiendes ahora, Chandoreille?

—Te entiendo... es decir, si tal es tu voluntad, dijo el caballero mientras se frotaba la almilla color de rosa... porque ya ignoro si debó no entenderte... eso será pues segun quieras.

—Yo quisiera que fueses un poco menos idiota, dijo el barbero lanzándole una mirada despreciativa.

—Nada de palabras equivocadas, respondió Chandoreille: bien te consta que me agradan poco... oyes ¿sabes si este vino mancha? pues que por ahora esta almilla es única.

—Es un chiquillo, un estudiante, al que no le apunta todavía el bozo, dijo el barbero despues de un instante de silencio, que soló fué interrumpido por la frotacion del pañuelo en los parages de la almilla que el vino habia manchado—lo que acaba de hacer es una prueba evidente de su inesperecia en intrigas de amor. Cantar delante de mi puerta!... darme á entender que es él quien da la serenata!... Mucha falta le hace al pobrecillo una buena lección.

—Verdad que es un malísimo guitarrista. Si

quisiera yo podría darle algunas lecciones:—

—No creo que Blanca le conozca! No, pero el romance que ha cantado... tiene el mismo estrofillo que el que ella me repitió... *Para siempre sabré amar.*

—No vale eso un pito, lo que si es precioso *mi tortolilla perdi, ¿no es ella que oigo arrullar?* buena diferencia!

—No; Blanca es la candidez personificada; seguro que hubiese hablado del tal romance, si hubiera conocido al galán. ¿Y por qué diablo solo le enseñas tu esas antiguallas del tiempo de Luis XII? Si tu supieras cantarle cosas bonitas, no se habría encantado con la primera cantinela que oía entonar á esos trovadores ambulantes.

—Como! ¿estas hablando conmigo? dijo Chaudoreille levantando la cabeza.

—¿Pues no te titulas tu profesor de canto?

—Querido Touquet, escúchame un momentõ: me guardaria yo muy bien de andarte royendo los zancajos sobre tu modo de pelar barbas ¿estas? suplicote no te entrometas con mi sistema de enseñar música... cada cual es en su oficio maestro: bien sabes el refran... Yo solo doy á estudiar á mis discípulas obras maestras, y por cierto que no iria yo á emporcarles los oidos con esas mezquinas garambainas de los tales hambrientos bufones, que caminan desde Nápoles á Paris graznando siempre un mismo gori-gõri.

—Triste es que las mozuelas prefieran esas garambainas, como tu les dices, á tus obras maestras. Esta mañana diste leccion á Blanca, y ella me ha dicho que la habias aburrido con tu sempiterna villanela.

—Si otro que tu me digera semejantes palabras, gritó Chandoreille levantándose con despecho, creería era por celos de mi habilidad... pero se vá haciendo tarde; el día de hoy ha sido de mucho trágico y me voy á recoger. No obstante, si quieres que me quede, por miedo de que vuelvan los cantores, estoy pronto á sacrificarte mis horas de descanso.

—No, no; eso es inútil, dijo sonriéndose el barbero... ya no volveran... anda á acostarte.

—¿Conque no te hacen falta mis servicios mañana á la noche?

—No... pero si quieres dar una vuelta por el puente del Torrejon á la hora indicada, tal vez puedas servirnos de atalaya.

—Bueno, contestó Chaudoreille, encasquetándose el chambergo; puedes contar conmigo vivo ó muerto; seré puntual á la cita, y veras que afilada llevo á mi Rolanda.

Espresándose de esta suerte, enfiló el caballero el pasadizo y zaguan, y abrió la puerta de la calle. Despues de haber alargado el cuello y reconocido el campo á derecha é izquierda, salio á escape nuestro valiente como potranco cerril que lleva una jauría entera de alanos junto á los corvejones.

CAPITULO IX.

El Gabinete.—El rapto.

TODO tiene conexión, todo tiene encadenamiento de tejas abajo; no hay casualidades, todas son carambolas que resultan del choque de los acontecimientos dichosos ó aciagos, por los cuales siempre damos gracias á la suerte, sin remontarnos á otro origen que tal vez nos llevaria un poco lejos.

Bendijo su estrella Urbano al advertir que todavia habia luz en el aposento de Blanca; pero si la jóven aun no reposaba, era porque Margarita no habia podido decidirse á subir á acostarse en su nueva habitacion, antes de averiguar adonde caia

aquella puertecilla embutida en el testero de su alcoba. Si ella no hubiera confesado á su amo que le veía velar hasta deshora de la noche, este no le obligara á mudar de aposento, y ved aqui de que modo, ensartando necedades, la parlera Margarita habia permitido á Blanca oír la dulce y tierna voz de Urbano cantando el romance que por la mañana le diera tanto placer.

—Si, hija mia, charlaba la vieja algunos momentos antes que comenzase la serenata del jóven apasionado; conozco que voy á morir de miedo si me acuesto sola en aquella triste cámara, donde han celebrado en otros tiempos sus consejos las brujas, y sin saber adonde va á parar aquella portezuela... ¿Quién sabe si conducirá á la secretaria de las almas en pena? quien sabe si hay todavía allí una docena de duendecicos con uñas de gavilan! Estas brujas suelen permanecer á veces quietecitas en sus cuartos durante medio siglo, inventando secretos para endiablar al género humano. Estoy cierta que el señor Touquet, que mira con desprecio cuanto tiene referencia á los hechizos, no ha entrado siquiera una vez en el tal aposento. Permiteme que pase esta noche en tu cuarto; mañana, así que sea de día, iremos las dos á abrir esa puerta, ya que el caballero Chaudoreille no tuvo la complacencia de hacerlo; me acomodaré en este sillón, y estaré mejor que allá arriba; luego te contaré algunas historias muy interesantes mientras no te quedas dormida.

No pudo Blanca negar á Margarita lo que esta le suplicaba como un favor; hallábase la vieja acabando su tercer cuento de brujas, y la jóven,

á quien ya le pesaban los párpados, iba á meterse en la cama, cuando resonaron los suaves compases de un guitarrin.

Púsose á escucharlos Blanca, haciendo señas á Margarita para que se callase, y no tardó en reconocer con deleite la cantinela que aprender tanto deseaba. En el silencio de la media noche tiene la música cierto dulzor, cierto seduciente atractivo, que con mayor premura encuentra el camino del alma. La voz de Urbano era melodiosa y flexible; electrizada Blanca permaneció inmóvil, cual si hubiese temido al hacer el mas leve movimiento perder la nota mas insignificante, mientras Margarita, con aspecto asombrado y boca abierta, miraba de hito en hito á la jóven, sin parecer tan encantada con el músico como ella. Pero Margarita pasaba ya de los sesenta años; la música no podia ejercer sobre ella el mismo imperio que sobre Blanca. Los sones herian tan solo sus oídos, al paso que vibraban deliciosos hasta en lo mas intimo de aquel corazon de diez y seis primaveras.

Bien pronto la barahunda que se oyó en la calle puso término á la felicidad de Blanca; ella reconoció la voz del barbero, y las amenazas que proferia la hicieron estremecerse asi como á Margarita, quien exclamó al instante: «Acuéstate sin demora hija mia, y matemos la luz... Si el Señor Touquet advirtiese que aun estabas en vela, si me hallára aqui... ah! santa de mi devocion... me perdia para siempre!

—¿Mas y porque se enfurece tanto contra el pobre músico? dijo Blanca ¿está prohibido acaso

que se cante en las calles por la noche?... Deleitábame tanto oír ese romance! ¿Qué daño hacia á nadie el pobre jóven que cantaba?... ¿no es verdad?... No era esa por cierto la voz de ningún viejo... Ah! y que bonitamente gorgeaba! en mi vida he oído una voz mas mona... me latía tanto el corazón,.. mas era de pura delicia! ¿y á ti chacha?

Margarita, cuyo corazón solo palpitaba de miedo, no hacia sino repetir: «Acuestate pronto; apagemos el velon, y sobre todo no te se vaya á escapar mañana que has oído al cantor; pues eso probaria que estabas despierta; y el Señor Touquet quiere que todo el mundo se quede dormido al punto de meterse en la cama.

Preciso fué rendirse á las vivas instancias de la añosa sirvienta. Acostóse Blanca, pero no pudo quedarse dormida; la voz del jóven cantor resonaba todavia en sus oídos, y el mas leve susurro que oía en la calle, figurábasele que provenia del músico. Respecto á Margarita, despues de haber apagado la lámpara, echóse en el sillón cerca de la lumbre, y durmióse refunfuñando una prece que tenia maravillosa virtud para ahuyentar á los espíritus malignos.

Vino el dia á reemplazar aquella noche tan fecunda en sucesos. Levantóse Blanca, pensativa y preocupada; la voz del jóven cantor la hacia cavilar aun; experimentaba nuevos deseos, y suspiraba al dirigir á la calle una mirada por las empañadas vidrieras. Corrió Margarita á sus haciendas, diciendo á Blanca,

—Luego que llegue la hora en que el amo

esté mas ocupado con sus marchantes, subiremos á mi aposento... pero, hija mia, sobre todo punto en boca respecto á lo de la música.

Prometióselo Blanca diciendo:

—¿Y quien se ha de enfadar porque cantan debajo de la ventana una cantinela tan preciosa?

Nada habló el barbero á la jóven sobre la aventura de la noche pasada: contentóse con observar á Blanca, y la amable niña, acordándose todavia de las amenazas que habia oido proferir contra el cantor, tuvo poquisimas ganas de hablar, y apresurose á subir á su vivienda, donde Margarita no tardó en buscarla:

—Este es el momento, dijo la vieja; el amo tiene un sin número de parroquianos á quienes afeitar; ven, hija, sube conmigo, y sobre todo no tengas miedo, pues he tomado todas las precauciones necesarias para ahuyentar á los vestiglos.

—Miedo! respondió sonriéndose Blanca, porque advertia el temblor que agitaba á Margarita—yo no, chacha mia; te aseguro que ya se me habia olvidado la tal puerta secreta.

Asi hablando, dirigióse Blanca á la escalera, y subiendo por ella ligeramente talareaba el estri-billo de su favorito romance, mientras, Margarita, siguiéndola con pies de plomo, decia para sí: «Edad dichosa! lo que pueden los pocos años; entón-ces no tenia una miedo de los brujos, porque no conocia la maldad de ellos: Verdad es tambien que ella lleva encima un talisman.»

Luego que llegaron á la puerta, entró Blanca sin detenerse, mientras la vieja se arrodilló para encomendarse á su patrona. Decidióse por fin

la dueña á penetrar tambien en su nuevo cuarto registrándolo en torno con inquietas miradas, al paso que Blanca corriendo hácia la alcoba habia ya acado á tirones la cama en medio del aposento.

—Poco á poco, temeraria, gritábale Margarita... no se puede proceder con tanta precipitacion.....

—Pero, chacha, mientras mas pronto abramos esa puerta secreta, mas pronto quedarás tranquilizada.

—Tranquilizada!... asi lo deseo... ¿Conservas tu talisman, hija mia?

—Pues no que nó... tu misma me lo cosiste dentro del forro de mi corsé.

—Cabal.

—No veo la puerta de que me hablaste.

—Ah! como está embutida en el zócalo...

—Si: ya la descubro.

—Un momento, hijita; deja que primero la santigüe con el hisopo.

—Mas si no tiene llave... ¿como lograremos abrirla?

—Deja... ya veremos... tengo algunas llaves cillas sueltas que he ido encontrando entre la basura... tal vez alguna le venga...

Y Margarita se adelantó temblando al testero de la alcoba. Sacó de la faltriquera una media docena de llaves mohosas y de diversos tamaños; quiso probar una, pero su mano poco firme no pudo atinar con la cerradura, hasta que Blanca, apoderándose de las llaves, probó una inútilmente, luego otra, mas por fin á la tercera, lanzó la jóven un grito de alegría, porque la llave dió vuel-

ta, mientras Margarita se persignaba balbuciente:

—Ay Dios mío! la puerta vá á abrirse!...

En efecto abrióse rechinando y crugiendo; entonces ofrecióse un gabinete cuadrado á la vista de las dos mugeres: mas como la luz solo entraba por la portezuela que acababan de abrir, la que estaba embutida en el fondo de una alcoba honda y que la sala por sí era muy sombría, fácil es hacerse cargo de lo tenebroso que estaria el gabinete.

Quedóse Blanca á la puerta, mientras Margarita dió tres pasos atrás diciendo:

—Ahi ves... ahi ves, hija mía, si yo tenia razon en pensar que esa puerta conducia á alguna parte..... Oh! eso está mas oscuro que boca de lobo!

—Vamos adentro, chacha.

—Pero, no, sin luz, por supuesto.. aguárdate, voy á encender un velon... No sé si es prudente que entremos en esa mazmorra.

—¿Pues qué, Margarita, no estás viendo que nada hay?

—Y si veo bultos negros... ten... toma el velon... y anda tu delante, hija mía, á bien que posees tu talisman... nada puede sucederte...

Entró primero Blanca, mas por curiosidad que por por recelo, mientras costóle repugnancia á la vieja seguirla. El gabinete tenia ocho pies en cuadro, y solo encerraba dos grandes cofres vacios, y sin banquillos, cubiertos de polvo y de telarañas...

—Y ahora, chacha, dijo Blanca sonriéndose, ¿donde están las brujas? Nada veo aqui que me cause espanto.

—En efecto, respondió Margarita, paseando sus miradas al rededor... no hay mas que las cuatro paredes peladas... ninguna otra puerta de comunicacion; estos dos cofres están vacios... Estoy cierta de que no los han movido medio siglo há. No importa: te juro que no volveré á entrar aqui... ¡Tiene una sombra este cuarto!... siento tales despeluzos! . ¿no oyes cual crugen las tablas debajo de nuestros pies?

—Es porque hace tiempo que no se pisan: esta casa es muy vieja.

—Ven, hija mia, salgamos de este gabinete; voy á cerrar la puerta con dos vueltas de la llave, y no volveré á abrirla mientras habite la tal cámara.

Hablando asi, empujó Margarita á Blanca para sacarla de allí, y luego echó la llave á la puerta mientras murmuraba entre dientes:

—Ay! si se empeñase algun brujo en forzar esta cerradura, poco podria resistírsele, pues que es tan endeble: buen cuidado tendré yo por eso todas las noches de poner contra la puerta en cruz un zapato viejo y el mango de mi geringa.

Terminada esta visita, bajóse Blanca á su cuarto, talareando el estrivillo del cantor nocturno, y Margarita se fué á sus faenas.

Articipó el barbero la hora de comer, y á las seis de la tarde, salió de su casa, encargando á Margarita repetidas veces que redoblase su vigilancia.

—Cuidado, le dijo, que hombre ninguno consiga ver á Blanca sin mi licencia, y me dirás si has oido cantar á alguien en la calle.

Prometióle la vieja obediencia implícita. Embozóse Touquet en su capa, y dirigióse á ejecutar las órdenes del marques, como hombre avezado en el manejo de intrigas semejantes. Bien sabia el barbero donde procurarse cuanto necesitaba, y á las ocho menos cuarto hallábase ya en el puente del Torrejon, mientras que á cien pasos de distancia aguardaban dos hombres sus órdenes, junto á una especie de silla de posta tirada por dos caballos.

Hacia ya largo tiempo que Chaudoreille se paseaba en el puente, y temeroso de faltar á la cita que le dieran para las ocho, habia acudido al parage desde las seis. Escondiéndose la cabeza entre los hombros, y cubierta la nariz con el emboce de su capotilla procuraba darse apariencia de conspirador; con la mano izquierda puesta sobre la empuñadura de Rolanda y ahuecando con la otra el vuelo de la capota, paseábase, ya con lentitud, ya con premura, y asi que veia pasar á alguien por su inmediacion, no dejaba de murmurar, aunque en voz bastante recia para ser oido: «Cuanto tarda en venir mi hermosa! ¿Cual será la causa de su tardanza?... ardo, hiervo, recibiento de impaciencia.»

Luego que percibió á Touquet, corrió á su encuentro, y bajando un poco el emboce miró primero al rededor con suspicaz precaucion, y le dijo con tono misterioso:

—Aqui estoy.

—Oh! pardiez... bien veo que estas aqui, contestó el barbero encogiéndose de hombros; pero mas me gustaria ver en este lugar á la mozueta.

—Todavía no ha parecido... te lo doy por cierto... pues he mirado bien de cerca á cuantas mujeres han venido por aquí...

—No son las ocho todavía... aguardemos.

—Déjame hacer. Voy á ponerme en emboscada, y á atisbar con atención todas las caras femeninas.

—Cuidado no te ganes algún soplamocos; lo que haría gente y no fuera por cierto muy agradable.

—Soplamocos! vaya! besos será lo que tú quieres decir... pero buen cuidado tendré yo de poner la cara fea para que no les dé tentación.

Y Chaudoreille encasquetándose su sombrero hasta los ojos, se apartó del barbero dando los trancos mas largos que sus piernecillas le permitían.

Tres minutos después, volvió corriendo hacia Touquet gritándole:

—Ahí viene una hembra para acá; no trae compañía; ya lo averigué yo.

—¿Es nuestra beldad?

—No... no es ella.

—Imbécil! ¿á que vienes á avisarme pues?

—Es para que no cometas errores... y bueno es que te lo avise.

—Chaudoreille, hazme el favor de estarte quieto; bien conoceré á la que aguardo, pues aunque no la he visto nunca, estoy seguro de no equivocarme... Pero tambien si ella faltare á la cita, te envío á beber agua debajo del puente para que otra vez desempeñes mejor tus comisiones.

No oyó Chaudoreille las últimas palabras del

barbero, ya estaba muy distante, pero no tardó en volver con aire afanoso:

—Que traes ahora? le dijo Touquet.

—Abi desemboca otra muger por el puente de Maria, y vá á pasar por este.

—Está bien, ¿es la que aguardamos? debes saberlo pues la habrás mirado de cerca.

—No; esta vez me he contenido porque viene de braceo con un hombre, y este se hubiera asustado al verme.

—Si viene con un hombre no puede ser nuestra chica; pues que nadie va con testigos á una cita amorosa.

—Tienes razon, dijo Chaudoreille y se alejó otra vez.

Mas á penas se habia ausentado diez segundos, cuando volvió con evidente alarma.

—¿Has visto al diablo, hombre? le preguntó Touquet.

—No; acabo de descubrir una patrulla de rondines, que va á pasar ahora por delante de nosotros.

—¿Y qué se nos dá de la patrulla? está prohibido acaso el que nos paseemos por el puente?... Además, yo te aseguro que aunque nos vieran cometer el raptó, no nos dirian una palabra...

—Pues que, ¿no tenemos cierto aspecto sospechoso?

—Que necio eres!

—Voy á afectar un aire risueño á fin de apartar toda desconfianza.

—Toma, ahí tienes para que parezcas todavia mas inocente.

Mientras hablaba así, aplicó el barbero un recio puntapié á las aposentaderas del perdonavidas; pero este recibió la caricia talareando su villanella, y contentóse con rascarse la parte acometida, haciendo calderones, porque en aquel instante pasaba por allí la patrulla. Luego que se alejaron los rondines, respiró mas libremente nuestro bravo, y dijo:

—Nos habrán tomado por unos simples trobadores.

—Di mas bien que te habrán tomado por un necio! mal haya los cobardes!... solo sirven para echar á perder todas las cosas.

—Eso no va conmigo, y por tanto no me resiento... pero en las ocasiones morrudas parece-me que la astucia vale tanto como el valor.

Empezaba á impacientarse el barbero, cuando por fin, presentóse una jóven en el puente, caminando con pasos posados y mirando de cuando en cuando alrededor de si: Chaudoreille no advirtió su aproximacion aunque se hallase entonces puesto en emboscada hácia la calle de los Dos Puentes, única salida al parage del aguardo.

Acercóse Touquet á la desconocida, y examinó-la; en efecto, era la jóven que le habia descrito el marqués.

—¿Sois la Señorita Julia? dijole en voz baja el barbero, aproximándose á la muchacha.

—¿Y sois vos Touquet? contestóle ella, fijando en su rostro un par de ojos nogros, llenos de fuego.

Sorprendióse el barbero al oír que le llamaba por su nombre una persona de quien suponía

ser desconocido; más despues de haberla examinado con la vista, repuso al momento:

—En el supuesto de que me conoceis, no deberá seros extraño saber que es el marqués de Villebelle quien á vuestro encuentro me envia.

—Muy fino es por cierto el señor marqués; respondió Julia, cuando no viene en persona á una primera cita.

—Los grandes señores no son dueños de su tiempo; además que no es en este puente donde su Señoría ha de declararos su pasión: me ha encargado os lleve al parage determinado.

—Si, á su casino del arrabal de San Antonio; ¿me equivoco?

—Paréceme, señorita, que estais enterada de cuanto concierne al Señor marqués; siendo así, nada de nuevo debo deciros, sino que el coche nos aguarda á cien pasos de este lugar.

—Esta bien; vamos pronto.

—Cáspita! dijo entre si el barbero, al ofrecer su brazo á Julia para conducirla al carruaje: hé aqui una chica que no hace melindres para que deje de consumarse el raptó. Però, confieso al mismo tiempo, que así en su voz como en sus modales hay ciertos signos de decision y de socarroneria, que admiran al mismo tiempo que agradan.

Llegaban ya al coche, cuando oyeron la voz de Chaudoreille, quien corria tras el barbero, gritando:

—Ahi viene una muger por ellado de la puerta del Torrejon; es nuestra chica, la he conocido en el modo de andar.

Al acabar estas palabras, hallábase Chaudorei-

lle junto al barbero, y advirtió que este daba el brazo á una jóven.

—Como!... que significa esto?... ¿estoy en mi juicio?... exclamó el caballero... si es nuestra bel-
dad!... ¿y por donde diantres ha pasado?... Lo mismo dá, ya la tenemos... y eso es esencial; voy á proteger vuestra marcha.

Desenvainó la espada Chaudoreille, y sin hacer caso del barbero, quien le mandaba se retirase, corrió hácia los dos hombres que estaban haciendo espalda, y les gritó:

—Amigos míos! aquí estoy ya: maña, valor; cás-
pita! preciso es que hagamos entrar en el coche á la muchacha por buenas ó malas.

Abrieron la portezuela, y no poco se admiró Chaudoreille al notar que la jóven fué quien primero se abalanzó á la silla: iba nuestro valiente á hacer otro tanto á fin de colocarse junto á ella cuando Touquet, tirándole de los fondillos, le echó á rodar por el empedrado á distancia de cuatro varas, y sentándose junto á Julia, dijo al cochero.

—Camina!

—¿Como es eso; ca, ca... ca... racoles! ¿vas á consumir el rapto sin mi anuencia?... No por cierto, vive el protodiablo!... no ha de decirse que la aventura se terminó sin mí!... Además que solo he cobrado parte de mi cuenta; y quiero que la saldemos en su totalidad, antes que el marqués se fastidie de la chica.

Al instante se lanzó Chaudoreille tras de la silla; acostumbrado á correr consiguió alcanzarla á poco; subióse á la trasera, y se dejó llevar á galope tendido, asiéndose fuertemente de los tirantes, que le servian de punto de apoyo.

CAPITULO X.

*El casino ó picadero.— Juego de
nueva invención.*

NO tardó el carruaje en traspasar la puerta de San Antonio, la que no se hallaba entonces en la punta del arrabal, sino donde hoy cortan la calle los *bulevares*, y que frecuentemente servía de punto de reunion á los vagamundos, pages, lacayos y corta-bolsas. El casino del marques estaba situado en el valle de Fecamp, por donde corre hoy la calle del mismo nombre, prolongacion de la corredera de la Plancheta. Atravesar entonces á deshora de la noche aquellos parages, som-

brios y de mala fama, equivalia á esponerse en la selva de Bondy. A pesar de esto, muchos señores habian escogido aquel arrabal para teatro de sus galanterias, y tenian allí sus casinos, adonde iban á menudo de incógnito, aunque siempre bien armados.

Paróse el carruage delante de una tapia, y Chaudoreille reconoació el terreno alrededor. La casa estaba aislada, y la cerca parecia encerrar un vasto jardin. Pero ya se habia apeado Touquet, quien acercándose á una puerta falsa que el caballero no habia advertido, tiró de una campanilla. Antes que viniesen á abrir, dejó Chaudoreille el parage que ocupára, y fue á ofrecer la mano á Julia para ayudarla á bajar del coche.

Presentóse un hombre á la puerta con un farolillo en la mano, y mirando al carruage y á la dama que se apeaba de él, contentóse con sonreirse y hacer al barbero un profundo saludo.

—Ya vuestro amo os habrá avisado, supongo: díjole Touquet en voz baja.

—Si, señor, contestó el criado... os estaba esperando.

Volvióse el barbero para introducir á Julia, y reparó entónces en Chaudoreille, quien tenia desenvainada la tizona, cual si estuviera de centinela. Escapósele al barbero un movimiento de impaciencia; despues de haber hecho entrar á Julia, asió de la capilla á Chaudoreille, y dándole un recio empujon, le hizo tambien pasar al jardin, diciéndole.

—Ya que nos has seguido hasta aqui, bueno será que nos sirvas de algo.

—Ese es mi deber, vive Júpiter, contestó el caballero mientras cerró Touquet la puerta del jardín diciendo á los dos hombres, que habian acompañado el carruage: «aguardadme ahí.»

Siguieron una larga alameda que conducia á la casa. El jardín estaba oscuro. Abria la marcha el criado con su farol, y Chaudoreille quien cerraba la retaguardia, tendia la vista de cuando en cuando á derecha é izquierda con visible inquietud; ansioso de tener con quien hablar, ya por repetidas veces habia exclamado: muy grande me parece este jardín, pero otras tantas habiase vuelto el barbero para mandarle que se callara. Chaudoreille, á fin de desquitarse del silencio que á la fuerza le imponian, daba sendos tajos con la espada á cuantos árboles topaba por el camino.

Llegados á la casa, entraron en un vestibulo, en cuyo fondo se veia una escalera, mientras á derecha é izquierda varias puertas conducian á las habitaciones del piso bajo. Julia, que marchaba en pos de sus conductores sin hablar una sílaba, parecia examinar con atencion todos los objetos. Hallándose entónces Chaudoreille cerca del hombre que llevaba el farol, dió un grito de sorpresa, diciendo:

—Vaya! que diantre! no me he engañado por cierto! si es Marcelo uno de mis antiguos amigos! ¿no me conoces? yo soy Chaudoreille: hemos estado juntos en la cárcel seis meses... pero fué por una bicoca... Yo por mi parte salí mas inocente que un recién nacido.

—Callate imbécil, le dijo el barbero; mas tarde podrás renovar tus amistades antiguas, ¿cual

es el aposento de esta señora?

—Está en el primer piso, respondió Marcelo, despues de alargar la mano á Chaudoreille, quien se la sacudió cual si acabase de encontrar á su mejor amigo.

—Conducidnos á ella, dijo Touquet... y tu, quédate aquí.

Esta órden iba dirigida al caballero, quien, á pesar de recibirla con poca satisfaccion, tuvo á la fuerza que obedecerla. Sin embargo, luego que advirtió Chaudoreille que no habia luz ninguna en el vestibulo, donde le dejaba, y que iba á encontrarse en la oscuridad mas completa, subió algunos escalones, gritando con voz azorada.

—Por Dios, no me dejes aquí mucho tiempo; la noche está muy fria y voy á coger un costipado.

Guió Marcelo á Julia y al barbero, y despues de hacerles atravesar muchas piezas, á las cuales prestaba su farol única luz, abrió una puerta, diciendo.

—Aquí está el cuarto donde esta señorita puede descansar.

No pudo contener la jóven un grito de sorpresa, y hasta el barbero se quedó estupefacto. Alumbraba el aposento donde entraron una magnifica araña pendiente del techo, y el brillo de las bugias les permitió admirasen el lujo que aquel lugar decoraba. Pinturas del mejor gusto, imágenes seductoras y voluptuosas enriquecian los zócalos; el mueblage era azul de cielo, con seda y plata en ingenioso matiz; espejos de Venecia, alfombras de Persia, candelabros donde ardian de-

licados perfumes, montones de flores del tiempo dispuestas acá y allí en bombas de cristal, todo concurría á hacer de aquélla morada un lugar de deleites, donde se hallaba reunido cuanto puede embriagar los sentidos, é inspirar los placeres.

Entraron Julia y el barbero en la habitación iluminada: detúvose Marcelo respetuosamente á la puerta, cual si aguardase órdenes.

—Este aposento es delicioso, dijo Julia, pero no veo al marques.

—Pronto le vereis, señorita, contestó Touquet; no tardará una hora en venir, entretanto podeis disponer de cuanto os sea agradable... al momento quedarán cumplidos vuestros deseos. Esta campanilla corresponde allá abajo, ¿no es verdad Marcelo?

—Si señor, y como supuse que esta señorita pudiera tener ganas de tomar alguna cosa, he dispuesto una colacion en un gabinete inmediato.

Señalaba Marcelo á una puerta oculta detras de un espejo; empujóla el barbero, y descubrióse una habitación mas reducida, aunque igualmente iluminada, y puesta con la misma suntuosidad; escepto que los muebles así como las colgaduras estaban enriquecidos de terciopelo punzó, adornado de franjas de oro, mientras que el azul celeste y la plata constituian el matiz uniforme de la primera.

—No me engañó, dijo entre sí Touquet, echando una mirada á la segunda pieza, cuando me dijo que habia hecho de esta casita un paraíso hechicero: ¡que lujo! ¡que magnificencia! ¡que diueral habrá costado todo esto! y luego no se considera feliz!

Habiase recostado Julia en un canapé y parecia estar muy pensativa. Saludola el barbero y haciendo una seña á Marcelo, salióse de la vivienda con él.

Era Marcelo un mozo de veintiocho á treinta años, grueso y de buena pasta, de obediencia y exactitud materialmente orientales, aunque dotado de escaso ingenio, é incapaz de llevar adelante una intriga. El marqués, que necesitaba de gentes mas astutas, activas y emprendedoras, pero que apreciaba la fidelidad de Marcelo, no habia encontrado otro destino mas apropósito para tenerlo á su lado, que el hacerlo mayordomo de su casino. Allí, las funciones de Marcelo se reducian á una obediencia pasiva á las órdenes que se le daban; pero extraño á todas las patrañas de que era teatro la casa en que vivia, ignoraba á veces hasta el nombre de la privilegiada que por un corto espacio de tiempo reinaba como soberana en aquel pequeño imperio de la voluptuosidad; eso le importaba un bledo, y su indiferencia era la garantia de su discrecion, cualidad sobresaliente para el destino que desempeñaba.

—¿Conoceis á Chaudoreille?... dijo el barbero á Marcelo, mientras le seguia por el corredor que conducia á la escalera.

—Si Señor, contestó el eriado arrancando un suspiro: hice conocimiento con él, de resultas de un lance bastante desagradable, pues que me vi por causa del contratiempo á que aludo, encerrado en una cárcel durante seis meses, y bien sabe el Cielo cuan inocente me hallaba... Hará de esto algunos siete años; todavia no pertenecia yo

á la servidumbre del Señor marqués... encontrábame una noche bebiendo en cierta taberna, donde tambien estaba Chaudoreille, jugando á los cientos con otros dos señores, quienes me convidaron á hacer tercio en la partida. Accedí, y habiendo jugado, perdí algun dinero. Sentóse Chaudoreille en mi sitio, y pidiéndome prestados algunos pesos, me dijo que íbamos de boca, y comenzó á jugar con tan buena fortuna, que me encantaba de verle ganar tanto, cuando mis contrarios le acusaron de tramposo; armóse pendencia, y en vez de pagarnos quisieron molernos á palos las costillas; al oír el alrecreado, acudió una patrulla; y nos llevaron á la cárcel á Chaudoreille y á mi. Ved por que acaso nos hicimos amigos. Desde entonces, he dejado el juego, y por todo el oro del mundo no volvería á tocar una carta.

—Tanto mejor para vos, y os aconsejo perseveréis en tan juiciosa resolución.

Bajaban ya por la escalera del vestibulo Marcelo y el barbero, cuando llegaron á sus oídos los gritos de: *»Ladrones! á la guardia! que me matan! Ladrones!* Estos alaridos salian del jardin, y Touquet reconoció la voz del caballero.

—¿Con quien diablos la habrá tomado ahora? dijo el barbero acelerando el paso, mientras Marcelo le seguia repitiendo: *Ladrones?* esto es muy extraño! Las puertas estan bien cerradas, y las tapias del jardin tienen doce pies de elevacion.

Fastidiado de hallarse á oscuras en el vestibulo, habiase vuelto Chaudoreille al jardin, donde, aunque la luna estaba casi oculta detras de unas nubarrones,

había suficiente claridad para distinguir los objetos. Cantaba el caballero una seguidilla que acompañaba dando tajos con su Rolanda á los arbutos, desnudos de oja á la sazón. De repente, á la entrada de un bosquecillo, vé Chaudoreille delante de sí una figura muy alta y blanca: detiéndose el caballero, gritando con azorada voz: ¿quien vive?

Como no recibiese contestacion, juzgó prudente Chaudoreille no repetir la pregunta, y escurrióse de nuevo hácia la casa. Pero, en su desconcierto, equivocó el camino, y en el recodo de una calle de sauces, sorprendióle el aspecto de otro personage, que empuñaba una maza y parecia dispuesto á achocarle con ella. Entonces fué cuando el valenton, sintiendo que le faltaban las fuerzas para huir, atronó el jardín con sus gritos.

Guiados por la voz, no tardaron en llegarse á él Marcelo y el barbero.

—¿Que es lo que tienes, condenado? ¿á que viene ese ruido? dijole Touquet.

—¿No estás viendo á ese asesino que quiere darme con la porra... mientras que un cómplice suyo está escondido allá abajo entre los arrayanes?

Volvióse el barbero hácia el sitio que Chaudoreille le indicaba con la mano; lo mismo hizo Marcelo poniendo delante el farol. No tardó el mayordomo en soltar una estrepitosa carcajada, mientras decia el barbero:

—Ya sospechaba yo que este mentecate habría de hacer aun alguna bellaqueria.

—¿Que es eso de bellaquerías? ¡patas de Belzebú!.. ¿y por que no me responden esos señores cuando les doy el quien vive?

—Difícil les sería hacerlo, contestó Marcelo; ese que ves aquí cerca es Hércules matando la Hydra de Lerna, y el otro es probablemente Mercurio ó Marte, ó tal vez será una estatua de Venus la que le habrá asustado.

—Asustado! eso no... vive Lucifer; no conozco el miedo yo; pero siempre se debe advertir á la gente estraña cuando hay en el jardin todo un Olimpo... por fin si ha sido un Priapo ó Mercurio, bien calientes lleva las espaldas con los lapos que le ha regalado mi tizona, y cuidado que no tengo la mano muy ligera.

—¿Habrá oído la jóven á este mentecato? dijo el barbero encaminándose á la puertecilla falsa del jardin.

—No lo creo, respondió Marcelo, porque las habitaciones que ocupa dan al otro lado de la cerca.

Abrió entonces el barbero la puerta por donde habia entrado.

Quédate con Marcelo, dijo á Chaudoreille; el marques va á llegar; si tuviere alguna orden que darte para mí, echarás á correr al instante para comunicármela. Pero cuidado con no coserte los labios delante de su señoria. Si te se escapa la menor palabra, si cometes la mas leve torpeza, acuérdate que soy yo el encargado de aplicarte el condigno castigo.

Hablando así, subióse en el coche Touquet, y partió á escape. Alegróse de quedarse Chaudore-

ille, para verse con el señoron considerando que iba á hallarse á tiro de probarle su habilidad. Asi pues dando el brazo á Marcelo, y recordándose del genio campechano y sencillo de este, lo que le hacia tan á propósito para creer sus embustes, se daba el parabien del feliz acaso que le habia proporcionado tan grato encuentro.

Apeóse el barbero á corta distancia de su propia casa. Pagó á los hombres, y despidiendo el carruage apresuróse á ganar su domicilio; porque el marques habia de estar allí á las diez, y ya faltaba poco para esa hora. Abrió Margarita á su amo, quien le hizo las preguntas de costumbre respecto á Blanca, y la vieja sirvienta le juró, por su patrona bendita, que hombre ninguno habia hablado con la muchacha.

Hizo Touquet que se recogiese Margarita; pues tenia intencion de recibir al marques á solas. Ya hacia mucho tiempo que habian dado las diez; y el barbero, que esperaba mil parabienes y una nueva recompensa por el buen éxito de su correage, empezaba á admirarse de la poca puntualidad del señoron, cuando oyó llamar á la puerta de la calle. A los pocos instantes entró de nuevo el marques en casa del barbero.

—Pardiez! pobrecillo Touquet, sabes que por poco se me olvida nuestra cita, dijo el noble, echándose sobre un sillón.

—Qué ¿á vueseñoria puede alvidarsele un lance de amor? es cosa estraña, señor marqués.

—Y sin embargó, menos deberias tu estrañar-lo que otro cualquiera... fácil es cansarse de lo que uno hace todos los dias.... estoy ya tan harto de

todo eso... Casi se me habia borrado de la memoria la chica... Hallábame en el palacio de Borgoña con Chavagnac, Montheil y otros varios amigos: mucho nos habian divertido Turlupin, Gautier Garguille y Guillermo el gordo. Esos farsantes son muy graciosos. Están en boga; toda la corte irá á verlos; es un furor sobre todo desde que han representado una zarzuela en el palacio del cardenal, y les ha permitido Richelieu dar sus dramas en el teatro de Borgoña, no obstante las representaciones que los cómicos le han dirigido. Al salir de allí nos fuimos á la taberna; estabamos de humor para bromas, y hemos echado á rodar á unos mercaderillos que quisieron disputarnos una mesa: armaron los tales una griteria de dos mil demonios; llegaron los rondines, pero les dimos nuestros nombres reservadamente y los alguaciles nos ayudaron á echar á la calle á toda aquella canalla. Quedamos dueños del campo de la lid, pues no podia suceder otra cosa. En mi vida me he reido mas. Empeñóse Chavagnac en comerse una tortilla, puesta sobre la amolletada cara de un rollizo sombrerero; el pobre diablo hacía unos gestos tan feos de puro susto! por fin, eximióse de la penitencia, porque se avino en clase de permuta á beberse doce copas de aguardiente todas seguidas; cumplió su palabra, y luego le echamos á rodar por las escaleras... En fin bien puedes conocer que con tanta trapisonada, se me iria de las mientes la morena... pero no sé quien empezó á hablar de cierto bribon consumado... y eso me hizo acordar de nuestra cita. Con que así, al hecho ¿en qué altura estamos?

—Señor, he cumplido los mandatos de Vueserñoría, y ha mas de una hora que teneis en vuestro casino á la mozueta.

—Bah!.. y qué? ¿tan pronto cayó en la red el pájaro?... Figúraseme que la señorita no se hace de rogar demasiado.

—Debo confesaros, señor marques, que en efecto se metió en el coche sin hacer muchos melindres.

—Un poco de resistencia me hubiera agradado algo mas; es cosa cruel, no tener que desear... estas chicas se meten tanto por los ojos luego que se les habla de un gran señor!... Casi estoy arrepentido de haberme encaprichado con esa... porque el diablo me lleve, si no la quiero ahora menos que á otra alguna! Me estan dando ganas de hacer que la vuelvan al parage de donde la tomaron... ¿Qué dices tu á eso, Touquet, ¿no seria un golpe célebre, eh?

El barbero, que se hallaba picado por la frialdad que manifestara el marques, al oir que el rapto de la jóven se habia verificado felizmente, le contestó con aire frio:

—Conozco que vueseñoria ha olvidado ya á la que tanto golpe le dió dos dias hace: si recordara sus hechizos, no habria de ostentarse tan indiferente á su posesion.

—Como! ¿conque tan bien parecida es la pica-ruela? ¿juzgas que tenga bastante mérito para fijarme por algunos dias?

—Ignoro, señor, que ella tenga semejante felicidad; pero conozco muchas damas de la corte, que hoy estan en boga, las cuales no merecen desvalzar á esa jóven Italiana.

—¿Conque es Italiana, eh?

—Si, señor.

—Tanto mejor; con eso hallaré un poco de variedad.

—Se llama Julia; su rostro sin ser simétricamente bello, tiene un no sé qué de picante, de seductor; hay en su voz, en sus modales, cierta cosa que manifiesta resolución, originalidad. En una palabra, no es de esas beldades remilgadas que se encuentran con tanta frecuencia por ahí...

—Sabes que me picas la curiosidad... ya estoy mas contento de mi aventura; vamos... mañana iré á admirar ese conjunto de perfecciones.

—Mañana! ¿qué, señor, ¿ la pobre moza que os espera con tanta impaciencia?

—Bueno es que pene un poquito... deja que suspire hasta entonces... con eso la encontraré mas madura. He prometido á mis amigos que volveria á reunirme con ellos para que pasásemos juntos toda la noche, y entre hombres de honor no es lícito faltar á la palabra... Que tenga paciencia la hermosa Julia.

—Tambien he dejado allá uno de mis hombres para en caso de que Vuesefioria tuviese á bien comandarme alguna orden por su conducto, pues que no era cosa que Marcelo dejase abandonada la casa.

—Está bien; allí me aguardará tu hombre; eso vendrá á ser un puñado de pesos mas... á propósito... es muy justo que yo te pague... Toma, ahí tienes ese oro que gané esta mañana á los trucos. Pero la hora va pasándose, y apuesto á que mis bellacos están ya impacientes: voy corriendo

—Señor, he cumplido los mandatos de Vueserñoría, y ha mas de una hora que teneis en vuestro casino á la mozueta.

—Bah!.. y qué? ¿tan pronto cayó en la red el pájaro?.. Figúraseme que la señorita no se hace de rogar demasiado.

—Debo confesaros, señor marques, que en efecto se metió en el coche sin hacer muchos melindres.

—Un poco de resistencia me hubiera agradado algo mas; es cosa cruel, no tener que desear... estas chicas se meten tanto por los ojos luego que se les habla de un gran señor!... Casi estoy arrepentido de haberme encaprichado con esa... porque el diablo me lleve, si no la quiero ahora menos que á otra alguna! Me estan dando ganas de hacer que la vuelvan al parage de donde la tomaron... ¿Qué dices tu á eso, Touquet, ¿no seria un golpe célebre, eh?

El barbero, que se hallaba picado por la frialdad que manifestara el marques, al oir que el rapto de la jóven se habia verificado felizmente, le contestó con aire frio:

—Conozco que vueseñoría ha olvidado ya á la que tanto golpe le dió dos dias hace: si recordara sus hechizos, no habria de ostentarse tan indiferente á su posesion.

—Como! ¿conque tan bien parecida es la pica-ruela? ¿juzgas que tenga bastante mérito para fijarme por algunos dias?

—Ignoro, señor, que ella tenga semejante felicidad: pero conozco muchas damas de la corte, que hoy estan en boga, las cuales no merecen desvalzar á esa jóven Italiana.

—¿Conque es Italiana, eh?

—Si, señor.

—Tanto mejor; con eso hallaré un poco de variedad.

—Se llama Julia; su rostro sin ser simétricamente bello, tiene un no sé qué de picante, de seductor; hay en su voz, en sus modales, cierta cosa que manifiesta resolución, originalidad. En una palabra, no es de esas beldades remilgadas que se encuentran con tanta frecuencia por ahí...

—Sabes que me picas la curiosidad... ya estoy mas contento de mi aventura; vamos... mañana iré á admirar ese conjunto de perfecciones.

—Mañana! ¿qué, señor, y la pobre moza que os espera con tanta impaciencia?

—Bueno es que pene un poquito... deja que suspire hasta entonces... con eso la encontraré mas madura. He prometido á mis amigos que volveria á reunirme con ellos para que pasásemos juntos toda la noche, y entre hombres de honor no es lícito faltar á la palabra... Que tenga paciencia la hermosa Julia.

—Tambien he dejado allá uno de mis hombres para en caso de que Vuesefioria tuviese á bien comandarme alguna orden por su conducto, pues que no era cosa que Marcelo dejase abandonada la casa.

—Está bien; allí me aguardará tu hombre; eso vendrá á ser un puñado de pesos mas... á propósito... es muy justo que yo te pague... Toma, ahí tienes ese oro que gané esta mañana á los trucos. Pero la hora va pasándose, y apuesto á que mis bellacos están ya impacientes: voy corriendo

á buscarlos. Pasaremos una noche deliciosa, pues estamos de humor para correrla. Jugarémos sendas trastadas á los buenos vecinos de París, apalearémos á los rondines, detendremos á los silleros de manos, y no te respondo de que no se nos antoje ir á robar unas cuantas capas en el Puente Nuevo.

Despidiose bruscamente el Marques y cerró el barbero su puerta diciendo:

—Al cabo, ¿qué me importa de que modo se conduzca respecto á ella ahora? A mi me ha pagado.

Mientras esta entrevista tenia lugar en la calle de los Bordonese, la jóven á quien dejamos en el voluptuoso gabinete, levantóse del canapé, tan luego como se alejaron los que allí la conducirán. Llegóse á un espejo de cuerpo entero; y bien sabemos que esta clase de muebles es suficiente para distraer á una joven bonita y proporcionarle ocupacion. Alisó Julia sus cabellos, pasóse los dedos por entre sus trenzas lujosas, rehizo los bucles y argollas, examinó con prolijidad sus facciones y sonrióse complacida. Julia era presumida, y dicen que no hay muger que no lo sea un poquito. Para juzgar cual lo es mas, cual menos, basta observar el tiempo que cada una pasa en el tocador. Por lo comun no siempre la mas bonita es la que mas minutos emplea en mirarse al espejo.

En fin, Julia parecia contenta de sí misma; apartóse del cristal y púsose á recorrer el gabinete y la pieza contigua, admirando y examinando con prolijidad lo que, mientras habian podido

observarla, mirara con indiferencia. Detúvose delante de un reloj de sobremesa al que coronaba un cupido de alabastro, y advirtió que la aguja señalaba las once. Suspiró Julia, anublósele la frente, y dejándose caer en una poltrona, balbució entristecida: «no viene.»

Mientras suspiraba la jóven con los ojos fijos en el reloj, hizo Chaudoreille que su amigo le llevase al comedor, diciéndole que estaba muerto de hambre, pues desde la mañana había andado corriendo á diligencias del señor marques. Apresurose Marcelo á ofrecer á su huesped una buena cena, á la que hizo honor el caballero, y mientras comía á dos carrillos, contaba sus hazañas á su antiguo camarada de cárcel. Escuchábale Marcelo con la mayor confianza, mientras nuestro Gascon, encantado de hallar á un oyente dotado de tan amplias tragaderas, le embutió mil heroicidades, como las de haber muerto en batalla campal á quince rivales, y librado veinte víctimas de las garras de la tiranía, antes de haber concluido el primer plato.

—Amigo mio, díjole Marcelo, abriendo ojos tamaños y llenando de vino su cubilete, me parece que tienes la cabeza un poco cálida.

—¡Cálida!... por San Pedro!... dí mas bien fogosa... volcánica... no tengo yo la culpa, sino que me es imposible contenerme... soy un hombre de honor refinado... un verdadero demonio para decirtelo en dos palabras.

—Y entonces ¿por qué pedias favor contra las estatuas del jardín?

—Escúchame, querido Marcelo; al principio

no podia yo adivinar que fues en estátuas, y el hombre que es verdaderamente bravo cree ver ladrones y endriagos por todas partes; esto no está á tus alcances, porque tienes la sangre muy cachazuda; luego debes suponer que no era decente que yo matase á nadie en casa del señor marques de Villebelle, sin haberle pedido la correspondiente autorizacion.

—Chiton! aquí no se menciona por su nombre á su señoría.

—Ab! ya caigo! muy justo, es preciso que haya cierto misterio!... dime ahora, Marcelo, ¿ha mucho tiempo que vives en esta casa?

—Cerca de cinco años.

—En ese tiempo buenas cosas habrás visto!

—Nada he visto, porque aquí es preciso ver y no ver.

—Ya te entiendo... que diantre! ¿me tomas por algun papanatas?... mas por fin tu gozas aquí de un destino de oro... El marques es muy generoso, ¿no es verdad?

—Toma, si lo es!

—Ganarás cuando menos veinte doblones al año.

—El doble.

—Bribonazo! hombre feliz... cuidado que cuando yo le digo á alguien bribonazo, vaya... eres el hombre de bien mas perfecto que conozco... y aun creo que eres el único... ¡como quiero á mi Marcelo!... que contento estoy de verle otra vez!... Por todas partes te he buscado... en la academia, en las casas de Meca, hasta en las tabernas mismas.

—Oh! ya hace mucho tiempo que no juego.

—Bah! hablas de chanza.

—No: desde nuestro lance, disgustóme á tal punto la tabaeria... ir á la cárcel cuando uno no tuvo mano en la torta!... vaya!

—Ah!... amigo mio, hay tanto bribon que nunca vé los cerrojos de la cárcel... Por mi parte, confiésote que no he dejado el tapete... es cosa que me distrae; luego es una diversion de gente noble; nada hay mas hidalgo que el jugar, y perder hasta los calzoncillos.

—Como solo soy un criado de librea no necesito seguir esa costumbre.

—Te equivocas; es preciso siempre imitar á la gente de tono. Me acuerdo que eras un maton á los cientos.

—Yo! por lo contrario, un torpe.

—Eso lo dices por modestia;... vive el Sancarron! quiero que me dés una leccioncita; hemos cenado, y mientras viene tu amo, jugaremos una partida para pasar el tiempo...

—Será dificil, porque no tengo baraja. Cuando encuentro alguna allá arriba, de las que se sirve el amo para jugar con sus amigos, la quemó ó la vendo.

—Eso es gran desgracia, luego yo que acostumbro llevar siempre conmigo una baraja, la he dejado hoy en casa tambien.

—Toma, Chaudoreille prueba este licor; algo mas vale que el juego de los cientos... Diciendo así llenaba Marcelo dos tazas de rica crema de vainilla y colocaba la una delante de su huesped.

—Si, mucho me gusta el licor, dijo Chaudoreille: este tiene un perfuma esquisito... pero bien podemos jugar y beber al mismo tiempo.

—¿No oyes que te digo que no tengo naipes?

—Pero á lo menos no te faltarán dados.

—Tampoco tengo.

—Ni bolas?

—No.

—Ni damas, ni dominó?

—Ninguna clase de juego, te repito.

—Mala calentura te dé!... ¿y como hemos de pasar el tiempo sin jugar?... vaya una idea que se me ha ocurrido... acabo de inventar un juego muy gracioso, y que entenderás fácilmente. Tienes de lante de tí una taza llena de licor, y yo tengo la mia... ambas son de igual tamaño... te apuesto un peso á la primera mosca.

—Qué mosca?

—Escúchame; bien; veo que no faltan en este cuarto: aquel en cuya taza caiga la primera le ganará al otro un peso... te conformas?

—Vaya un juego raro... pero está hecho?

—Siendo así... dinero en mano y mosca en taza..... convencidos: atencion á nuestro juego!

Ya dejó de menearse Chaudoreille, fijando los ojos alternativamente en su propia taza y en la del contrario; esperaba con impaciencia que llegare una mosca á probar del azucarado licor. Ni uno ni otro se movia de miedo de ahuyentar á las damas de mantó negro. Hacia ya cinco minutos que se hallaban en esta posicion, cuando se le escapó á Marcelo un estornudo.

—Llévete el diablo! gritóle Chaudoreille que has ahuyentado de mi taza una mosca que valia un Potosí.

—¿Y tengo yo la culpa de que me vengan ganas de estornudar?

—Esas son trampas, amigo mio; y en buena conciencia deberias perder la partida.

—Supongo que hablas de broma.

—Bien, te paso este estornudo; pero si vuelves á hacerlo, me valdrá un peso... atencion, que las moscas revolotean.

Guardóse de nuevo un silencio profundo: de cuando en cuando miraba al aire Chaudoreille, cual si quisiera implorar las moscas, á fin de que fuesen á probar de su licor. Al cabo de algunos instantes, encaprichase una con la vainilla, pero vá á beberla en la taza de Marcelo.

—He ganado! exclamó este.

—Poco á poco! dijo Chaudoreille pateando de corage, déjame decidir si es golpe seguro.

—Páreceme que no puede haber equivocacion todavia está la mosca dentro de mi taza.

—Queda ahora averiguar si es una mosca de veras, pues no está en el órden que yo pierda un peso de bóbilis.

—Oh! mírala cuanto gustes.

Levantóse Chaudoreille; y avanzó la cabeza para examinar mas de cerca la taza que Marcelo tenia delante de sí; mas á penas en virtud de este movimiento se acercó al objeto de su investigacion, cuando gritó á mas no poder, asiéndose de las narices con la mano.

—La apuesta es nula!... nada tenemos!

—Qué viene á ser esto? dijo á su vez Marcelo levantándose de la mesa;

—Te repito que la apuesta es nula.

—¿Y por qué razon?

—¿Y por qué razon, cabeza de berengena! por-

que á ti te hiede el aliento, estás? y eso hace que las moscas caigan al vuelo dentro de tu taza...., ahora ves que no es igual el partido.

—Mira Chaudoreille; quiero que esto pase por una broma y te hago gracia del dinero; mas sábetete que tengo el aliento cuando menos mas dulce que tú.

—Que pase por broma! dijo el caballero llevándose la mano al puño de la espada; pretendes abroncarme? sangre de Barrabas! si llegara á imaginarlo!

—Vamos, vamos; tranquilizate!

—Crees que soy hombre que aguanto ancas? ¿te parece que he de sufrir que me insultes?... por vida de Rolanda, no sé porqué me contengo!

—Habrás acabado ya?

—Rayos y centellas! si pudiese sospechar que era tu intencion chusquearme! como si yo hiciera caso de un peso!... aunque hubiese perdido ciento, te los pagaria todos de la misma manera!

—Está muy bien; dejémonos de eso.

Mientras mas se esforzaba Marcelo por calmar á su antagonista, mas crecia la cólera de este, pues juzgaba que le tenian miedo, y aprovechábase de esta suposicion para echarla de guapo: llegó su osadia hasta desnudar la espada, y correr por el aposento, girando en torno sus ojillos cual si buscara un objeto que atravesar. Perdió la paciencia Marcelo, y viendo que las súplicas de nada servian, decidióse por fin á empuñar una caña de escoba que estaba detras de la puerta, y aprestándose á obrar en la defensiva, aguardó á que su enemigo le acometiera.

Pero esta accion aguí al instante la furia de Chaudoreille, quien al ver á Marcelo puesto en guardia con su caña de escoba, paróse súbito, y dándose una palmada en la frente, cual hombre á quien sorprende una idea repentina.

—Gran Dios! exclamó el héroe, ¿qué iba yo hacer? ¿es en casa del nobilísimo Señor Marques de Villebelle, donde me dejo arrebatat de la ira? Ah! valor mio! que mal te quiero! Todo se ha olvidado, Marcelo amigo, ven á mis brazos, pues te perdono de corazon.

Marcelo, siempre de igual pasta, tiró al suelo su palo de escoba, y dióle á Chaudoreille la mano con toda sinceridad. Volvieron á la mesa, aunque sin jugar mas, y mientras en el gabinete del piso principal hay quien euenta las horas sin apartar la vista del reloj de sobremesa, en la sala baja concluyen su orgia los dos gastrónomos quedándose dormidos, á puro mezclar los ricos vinos y deliciosos licores del Señor Marqués.



CAPITULO XI.

El Puente nuevo—Tabarin.

3L mal éxito de la serenata no hizo desmayar al jóven Urbano; cuando se ama de veras no es tan fácil que se pierda el valor. Retiróse á su casa el enamorado mancebo, lanzando mil pestes contra el celoso harbero; pues no dudaba que proviniese de esta pasión la vigilancia que sobre la chica egercía Touquet; mas poco asustado de sus amenazas, juró Urbano con mayor sinceridad conseguir llegar hasta Blanca, y ponerlo todo en obra á fin de obtener su correspondencia.

Jurar es cosa muy fácil!... Solo de medio siglo á esta parte es incalculable el número de juramentos que se han tomado y hecho trizas cual si fue-

sen picos de rosca... Pero solo hablamos ahora de los juramentos de amor; estos pertenecen al género festivo, y el que es infiel á ellos tiene siempre alguna disculpa que merezca el perdón. Urbano, á pesar de su voto de ver á Blanca, se hallaba muy apurado para conseguirlo. En amor sin embargo se jura primero y luego se forman los planes de conducta; tambien en los demas negocios de la vida hay muchas personas que obran de igual modo.

Al dia siguiente de su serenata, paseóse Urbano por las inmediaciones de la casa del barbero, pero no se atrevió á entrar en la tienda contentándose con mirarla suspirando, y aun á fin de no ser conocido de Touquet, se guardó de pasar por delante de la barberia examinando desde lejos las ventanas; pero nadie se asomaba á ellas, y parecian estar condenadas los vidrios á eterna clausura. Esperó que la vieja criada saliese á la calle, y en efecto, la añosa Margarita se escurrió por la puerta del zaguán á fin de ir á comprar la despensa.

No perdió de vista Urbano á la dueña; mas no se atrevia á entrar con ella en las tiendas, ¿y como entablar conversacion?... cuando solo se cuentan diez y nueve años se tiene todavia poquísima práctica para seguir una intriga amorosa; en fin, al pasar Margarita por delante de él, dirigióle Urbano la palabra, trémulo y balbuciente:

—¿Qué quereis conmigo? díjole la vieja con tono áspero, porque la vista de un jóven caballero le inspiraba siempre sospechas y temores, al paso que las órdenes de su amo estaban sin cesar presentes á su memoria. El bachiller murmuró bajando los ojos.

—Respetable matrona..... si me hicierais.....

—Yo no soy matrona, que soy doncella.

—Pues bien, bondadosa doncella.. si me disimulaseis...

—¿El que?

—Que os preguntara...

—Acahad de explicaros.

—Como lo pasa la señorita Blanca?

—La señorita Blanca? oh! oh! ya veo à donde vais á parar, jovencito boquimiél... vaya con Dios y prosiga su camino el babosuelo... A buena parte viene á arrimarse!... me gusta! Si queréis saber algo de ese angelito, hablad con mi amo, que él os responderá y no eu latin... yo os lo aseguro.

Hablando así, apartóse Margarita de Urbano, y volvióse á casa diciendo entre dientes. «Tiene razon el amo: preciso es redoblar la vigilancia para que tan linda chica no se vea perseguida por esos calaveras.»

—Todos han jurado volverme loco, dijo para sí Urbano aburrido con la pésima acogida que habia hallado en la vieja; mas en despecho de todas sus precauciones, he de verla y hablarle.

Y á fin de reflexionar mas á sus anchas sobre los medios de que habia de valerse, alejóse Urbano de la casa donde estaba encerrado su ídolo, y dirigiendo sus pasos al acaso, no tardó en llegar al puente Nuevo.

Era entónces aquel parage el lugar de reunion de los extranjeros, de los trapalistas, de los vagos, de los rateros y de los recién desembarcados. Era el sitio mas pasajero de la capital, atestado

siempre de una turba de curiosos que se paraba al rededor de los charlatanes que vendian panaceas universales y representaban farsas y pantomimas; allí habia jugadores de mano con sus maravillosos cubiletes, vendedores de romances, quincalleros, cobachuelas de libros viejos, y jugueterias; todo esto prestaba al observador escenas chistosas y un cuadro muy animado.

Tabarin que se habia hecho célebre por las farsas que representaba al público, y del cual no se ha desdeñado el gran Moliere de tomar algunos chistes, se hallaba entonces establecido en el Puente Nuevo, en frente de la plaza de la Delfina; era sucesor del famoso *Signior Hieronimo*, que en el paseo de Palacio vendia unguento para las quemaduras, despues de achicharrarse sus propias manos y curárselas con su bálsamo milagroso, mientras que *Galinete la-Galine* atraia á los transitantes con sus farsas.

Ademas del teatro de Tabarin habia otros muchos en el Puente Nuevo: *El Maese Conni*, hábil jugador de cubiletes tenia allí su establecimiento, y encantaba con su destreza á las buenas gentes de Paris, un poco mas abajo dirigia *Briochée* su espectáculo de *Marionetas*.

Tabarin, payaso de un vendedor de unguentos, hacia el papel de gracioso, y proponia á su amo mil cuestiones ridiculas. Este, vestido de médico, contestaba á las sandeces de Tabarin, tratándole de *burro mohino, marrano cebon* &c; y este espectáculo atraia una turba de curiosos; no solo se veia allí á las gentes de la clase ignorante del pueblo, sino á muchas personas de los rangos mas cultos de la sociedad.

Urbano, que caminaba absorto en sus amores, es decir, sin mirar por donde iba, y dando codazos á cuantos se acercaban á él, hallóse empujado por la turba hasta llegar delante del teatro del payaso en boga. Oía reir al rededor el jóven estudiante; veía señores, jóvenes damas, artesanos, costureras, todos los cuales, con nariz levantada escuchaban deleitados á un hombre que cubierta la cabeza con un sombrero de arlequin, y el rostro con una careta, estaba vestido de blusa y pantalones de lienzo basto: este sugeto era Tabarin. Su amo, en traje de doctor, tenia sobre la cabeza una bóina vizcaina, y la cara disfrazada con una barba enorme; en las manos se le veia algunos botecillos de unguento y de bálsamo.

Hízo maquinalmente Urbano lo que los demas; púsose á mirar y á oir; nosotros tambien, á fin de que podamos juzgar de las necedades, que tanto placer daban á los papamoscas de aquel siglo, nos detendremos á escuchar un instante.

TABARIN.

»¿Que personas os parecen las mas corteses en el mundo?

EL AMO.

»He estado en Italia, he visto las Españas, he atravesado gran parte de la Alemania, pero en ningun pais he visto tanta cortesia como en Francia. Nota cual se abrazan los Franceses, cual se acarician, se achuchan y quitan los sombreros»

TABARIN.

»¿Y teneis el quitarse el sombrero por una muestra de cortesía? Pues á mi no quisiera que me hiciesen saludo semejante.»

EL AMO.

»La costumbre de quitarse el sombrero, en señal de benevolencia, es muy antigua, Tabarin, para mostrar la honra, el respeto y la amistad que se debe á los que se saluda»

TABARIN.

»De modo que toda la cortesía, á lo que juzgais, consiste en quitar el sombrero á la gente. ¿Quereis saber quienes son los hombres mas cortesés del mundo?

EL AMO.

»¿Quiénes, Tabarin?

TABARIN.

»Los caballeros de la *arrebatiña* que andan por Paris; los cuales no se contentan con quitaros el sombrero, sino que mas á menudo os quitan la capa!

Esta necedad arrancó estrepitosos aplausos y reias carcajadas al auditorio, en el cual se contaria sin duda buen número de caballeros de la arre-

batina, y que estarían ejerciendo sus habilidades, mientras quizás se reían con mucho mayor estrépito que los demás.

No participó Urbano de la algazara universal; aunque prestó atención á una nueva escena representada por el bufon Tabarin, que procurando introducirse en el aposento de su *Isabela*, á quien guardaba rigidamente *Casandro*, así como también una vieja dueña, no halló mejor espediente que el de disfrazarse de muger, y bajo este traje consiguió hablar á solas con su querida.

La careta de Arlequin que conservaba el payaso, bajo su disfraz femenino, daba margen á mil chistes que provocaban las risas de su auditorio, é iban acompañados de ciertos ademanes en los que no siempre se observaban con todo rigor las leyes de la decencia; pero el público del Puente Nuevo no se escandaliza con tanta facilidad, mientras que las mugeres de tacon alto que asistian al espectáculo, se contentaban con taparse los ojos con el abanico, diciendose unas á otras: Ah! ved ahí un accionar bien indecente y escandaloso; á lo menos deberían prohibir esos ademanes.

Al contemplar Urbano el grotesco disfraz del bufon, se le ocurrió un graciosísimo proyecto. ¿Porqué no habria de adoptar el mismo medio para introducirse en casa del barbero? ¿no era el amor en persona quien le brindaba con aquella estratagemá, al hacerle presenciar la escena de Tabarin en el mismo instante que andaba quebrándose la cabeza por idear el ardid de hacer conocimiento con Blanca?

Sea el amor, el acaso, ó el destino, quien hu-

blese guiado á aquel parage á nuestro amador, agradóle en extremo la idea, y dando mil gracias á Tabarin, solo pensó ahora en realizarla. Al instante, empujando á derecha é izquierda para retirarse de la bulla, regaló Urbano un fuerte codazo á una menestrada, desgárróle el mauton á una vieja, dió un pisotón descomunal á una petimetra que asida del brazo de un jóven estudiante se habia deslizado entre la turba; mas poco sensible á las maldiciones que le llovian de todas partes, prosiguió Urbano abriéndose calle y viéndose libre por fin corrió sin tomar aliento hasta su casa.

Luego que llegó allí, abrió el jóven bachiller el cajón de una pequeña gaveta, y púsose á contar el dinero de que era poseedor; pues en todos los negocios, es siempre á la maldita plata á la que precisa dirigirse para allanar los obstáculos y conseguir el fin que uno se propone.

Sus ahorros ascendian en su totalidad á sesenta pesos; caudal bastante mezquino si se quiere: en estos tiempos no es suficiente quizas para introducir á un hombre en el gabinete de una *Lais* de tono mediano; pero cuando la belleza tiene á la inocencia por compañera es mucho mas barata la entrada.

Además que no iba Urbano á disfrazarse con los atavios de una dama de alto rango; por lo contrario, su intencion era vestirse de lugareña, pues bajo este trage no habria de notarse tanto su falta de donaire. Fué á mirarse en su espejo; nada de barba, nada de patillas, ni siquiera un pelo se le veia en la cara. Saltaba de gozo el buen Ur-

bano, cuando no hacia tres dias que hubiera dado cualquiera cosa por un par de bigotes y una pera: entonces sin embargo que anhelaba transformarse en muger, se alegraba en el alma hasta de su talla poco aventajada, y mirándose los pies que eran pequeños, y las manos que eran diminutas; »Que felicidad tengo, en no ser de esos buenos mozos robustos y espigados!»

Solo faltaba ahora procurarse los vestidos necesarios. Tomó Urbano sus monedas, y fué corriendo á la tienda de un preñero á quien pidió le vendiese la ropa necesaria para vestir á una chica de un pueblo, y á la que describió como igual á si mismo en estatura y carnes. Presentóle el chalan cuantas prendas constituyen el traje exterior de una campesina: jubon, corpiño, delantal, manguitos, guardapiés, pañoleta y zapatos; de todo lo cual quedó prendado nuestro jóven. En esta compra se pasó naturalmente algun tiempo: fuese á comer Urbano y luego entre dos luces volvió á su casa con su paquetito debajo del brazo, y tan satisfecho como Jason llevándose el vellocinio de oro, como Pluton robando á Proserpina, como Apolo arrancándole la piel á la Sierpe Pyton, como Hércules hurtando las manzanas de oro en el jardin de las Hesperides, ó como Paris birlándole la muger á Menelao; y por cierto que todos esos señores no dejarían de estar satisfechos.

Luego que llegó á su estancia, echó yesca nuestro emprehendedor, pues que entonces no se conocian todavia los fósforos de luz, ni los de triquitraque. Encendida la vela de sebo, procedió Urbano á verificar su metamorfosis, y desechó sus

vestidos varoniles á escepcion de una pieza indispensable, para no quedarse helado de frio, dentro de las enaguas. Púsose el guardapiés nuestro héroe, luego el corpiño: y en seguida quiso acordonárselo todo; pero enreda los cabetes, tira de un cordón por otro, vuelve á descordonar, se hace rasgones, se clava los alfileres en las carnes, y el pobre muchacho suda, bufa, y se desespera; torna á mirarse en el espejillo, y conoce que no ha hecho maldita la cosa. Jamas conseguirá su objeto. ¿Y qué recurso? Solo una muger es la que tiene conocimiento de estos misterios del tocador, preciso es pues que venga una muger á sacarle del apuro; y acordándose que en el piso de abajo vivia un viejo solterón, cuya criada, moza bien parecida y dispuesta, le hacia siempre en la escalera un saludo muy cariñoso, al instante Urbano conservando sobre su cuerpo como mejor pudo su guardapiés y jubón, bajó cuatro á cuatro los escalones, y llamó á la puerta de su vecino.

Abrióle la sirvienta, y soltó una larga risotada al ver aquel sugeto medio hombre, medio muger. Pero cualquiera que sea su trage, un buen mozo de diez y nueve años de edad es siempre un objeto interesante, luego ¿quién habia de resistirse á la súplica de Urbano, proferida con una voz tan melosa? Ah! señorita, me veo tan apurado!... quiero vestirme de muger, y no puedo llegar á cabo; cuanto os agradecería que vinieseis á ayudarme un instante.

—De muy buena gana! respondió la rolliza mozueta, y sin hacerse de rogar, siguió á Urbano á su habitacion, donde se rió de veras al advertir lo

mal parado que dejára el estudiante su traje femenino.

—¿Vais de baile? dijole ella.

—Si, y quisiera disfrazarme de modo que nadie me conociese.

Está muy bien: yo voy á vestiros... y os prometo que estareis perfectamente.

Al instante comenzó la bondadosa criada á deshacer cuanto Urbano habia hecho; y en seguida pasó á examinar las diversas piezas del equipage.

—Esto no esta nada fino; dijo la moza.

—Es cabalmente lo que deseo, quiero ir vestido con la mayor sencillez.

—Pero necesitais otro par de enaguas... este guardapiés no es suficiente... Los hombres no tienen caderas como nosotras... es preciso haceroslas y esta escofieta... bah!... que adefecio! no puede sentaros bien: voy á buscaros una de las mias, y lo demas que os haga falta; me he empeñado en que esteis muy lindo.

Y la jóven criada, sin escuchar á Urbano, quien se deshucia en espresiones de gratitud, bajó corriendo á su casa, de donde volvió al momento, provista de todo lo necesario para transformar á un jóven en una chica de elegante tigera. Probóse la nueva escofia, y le vino pintada. Urbano saltaba de gozo, sin saber como manifestar su reconocimiento á la muchacha, ni esta sabia tampoco cuando acabar las faenas del tocador; siempre faltaba algun rizo que arreglar, algun cabello que esconder, metíala para adentro la barba, clavábale los alfileres, parábase á mirarle, y decía:

—Ahora sí que estais bien!... como teneis el cutis tan blanco!... los ojos tan gachones... el aspecto tan dulce... fácil será equivocarse... por supuesto que sí: aguardad que todavía me falta que haceros el seno...

—Y qué? ¿es eso una coña precisa?

—Como si es precisa... vaya una pregunta necia.

—Pero si me sofoca el corpiño!

—También nosotras nos sofocamos á veces; pero eso nada importa. Para estar bonita preciso es sufrir algun tanto. Aguardad que os apriete la cintura, para formaros las caderas... luego os redondeare el vientre con la ballena del corsé.

—Verdad, á fé mia; el vientre un poco abultado es uno de los distintivos del bello sexo.

Siempre hallaba la jóven criada algo que enmendar en las formas de Urbano: mientras este con el piadoso objeto de ir disfrazado, se prestaba á todos los antojos de su camarera, con la mayor docilidad del mundo, repitiendo á cada instante:

—¿Que complaciente sois señorita; ¿de qué modo podré probaros mi agradecimiento?

Sea que el bachiller hallase algun medio de manifestar á la chica su gratitud, sea que la chica tuviese que hacer nuevas alteraciones en el equipage del bachiller, duró la operacion del tocador arriba de dos horas. Solo al cabo de este tiempo la rolliza sirvienta mas colorada que una sereza, se desprendió de Urbano, diciendole:

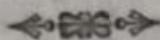
—Ahora sí que vais bien puesto. . en nada os pareceis ya á un hombre... no es posible ni aun

sospecharlo. Ya podeis salir: caminad con los ojos bajos; mirando á todo el mundo al soslayo... el paso menudito; y las caderas con un si es no es de zarandeo... fruncid la boquita, lucid un poco la pantorrilla y apuesto á que no llegais al fin de la calle sin haber hecho una buena conquista. Felices noches: siempre que me necesiteis no tengais cortedad en ocuparme... cuidado!...

Bajóse á su casa la jóven, y Urbano, despues de haber ensayado algunos instantes la andadura que debia afectar, se decidió por fin á aventurarse con su nuevo disfraz en las calles de Paris.



CAPITULO XII.



Aventura nocturna.

EL bachiller, vestido de guardapiés y jubón se halló poco á sus anchas luego que salió de los umbrales de su domicilio. Aunque era de noche, y raro el farolillo que alumbraba las calles, creía Urbano que le conocian todos los que pasaban junto á él, y recelaba verse detenido por los rondines, quienes pudieran preguntarle el motivo de su disfraz, é imponerle una multa si proseguia paseándose vestido de muger por la buena ciudad, donde solo á fuerza de derramar plata á puñados se le permite á un hombre pasar por lo que en realidad no es; mas como no acom-

pañaba á Urbano dinero alguno, pues cuando uno se viste de muger no es de esperar lo prevenga todo, conocia nuestro jóven enamorado que le era preciso evitar la justicia. De temor de ladrones estaba muy seguro al mismo tiempo; cosa no poco ventajosa entonces, y que tampoco deja de serlo ahora hasta cierto punto.

Fuése Urbano serenando, á medida que caminaba; hacíasele ya llevadero su disfraz, mientras algunos piropos que le dirigían al paso le probaban que no habia sospecha respecto á que no fuese verdadero el sexo que simulaba. No juzgó á propósito el estudiante contestar á las galanterias algo adelantadas que le dirigian los transitantes, contentándose con apretar el paso, á costa de llenarse de zafra el guardapiés, pues no estaba muy ducho en recogerse, al paso que le embarazaba en extremo para saltar los caños. Llegó por fin á la calle de los Bordoneses, pero hasta entonces no se le ocurrió que era demasiado tarde para introducirse en casa del barbero, ¿que enamorado, sin embargo, hace semejantes reflexiones? Además que como Urbano queria acostumbrarse á llevar el traje femenino, no le supo mal ensayarse en sus paseos de aquella noche. Mientras así discurría, rondaba la casa del maestro Touquet, mirando con ansia hácia las ventanas de la jóven huérfana, y enviándole un millar de suspiros, que Blanca no oia por hallarse durmiendo á pierna suelta, y que probablemente tampoco hubiera oido aunque hubiese estado despierta.

Entregado al placer de sollozar debajo de las ventanas de su idolo, no se ofrecia á las mientes

de Urbano; que si bien es natural ver á un jó-ven pararse á suspirar á deshora de la noche en una calle, la presencia de una muger sola y tan tarde daria lugar á sendas conjeturas. En efecto, sacólo súbito de su estasis un pellizco que le dió en el muslo cierto curioso, mientras le decia con voz avinada.

—Madrecita mia; en el supuesto de que se tarda un camarada que estoy aguardando aqui, si quieres aceptar mi brazo, iremos á beber una golita del rico vino blanco que tiene el tabernero de la esquina... Como soy parroquiano nos dejará colar y allí hay unos camarotes muy cucos.

Volviéndose Urbano vió delante de sí á un robusto moceton vestido de sillero de manos. Poco satisfecho de su aventura echó á correr el estudiante, dejando plantado á su requebrador; mas á los pocos pasos se vió detenido por unos pages que se empeñaron en achucharle: á duras penas consiguió desprenderse de ellos, y á su retirada hallóse acometido de unos compañeros de aula, luego de un corro de lacayos, y mas allá de un grupo de militares, algunos de los cuales se empeñaron en perseguirle, mientras Urbano con el objeto de eximirse de sus bellaquerias, vióse precisado á correr á todo escape, y á fin de verificarlo mejor, se remangó las enaguas hasta medio muslo. Mientras mas alto se alzaba el faldellin, mas aumentaba en ardor la persecucion de aquellos majaderos.

—Cáspita! decia entre si Urbano al menudear los talones; no me he vestido yo de muger por cierto para dejarme pellizcar de cuantos vaga-

mundos hay en Paris. Ahora conozco que mas vale llevar calzas que guardapiés. Parece que de noche se les mete á los hombres el diablo en el cuerpo!... Mañana conseguiré introducirme en casa de Blanca! vamos! no hay que desmayar... tal vez se cansen de perseguirme.

Y Urbano saltaba los caños, hacia esos de acera en acera, sudando á chorros y medio sofocado dentro de su corsé y bajo el pecho artificial que la complaciente criada le habia improvisado, tomando al acaso los caminos que se le ofrecian, á fin de escaparse de las numerosas conquistas que hiciera; hasta que por último se halló en un cuartel que le era totalmente desconocido.

No oyendo ya pasos detras de sí, paróse Urbano á recobrar aliento; reconociendo el parage notó que habia pasado los puentes, y estaba en el campo grande de los Clérigos, donde se empezaba entonces á construir algunas casas y á abrir varias calles como se habia verificado en el campillo del mismo nombre, que á fines del reinado de Enrique IV, estaba enteramente cubierto de edificios y de jardines.

—Bueno: esta es la nueva calle que llaman de Verneuil, dijo entre sí Urbano, ahí está el camino de las Vacas donde se construye la corredera de Santo Domingo... Ya conozco donde estoy, pero bueno será que descanse un momento... Me encuentro demasiado lejos de mi casa para emprender la marcha sin previo reposo... no puedo más!... tomaré aliento, pues que este cuartel es poco pasajero... y como la noche está muy adelantada, debo esperar que no haré mas conquistas...

Remangóse completamente sus enaguas nuestro jóven, y sentóse en una piedra. Pasado un cuarto de hora, sintióse descansado, y levantándose se dispuso á volver á su casa. Comenzó á caminar tranquilamente, y dábale el parabien de no encontrar nuevos tropiezos, cuando de repente, al atravesar la calle de Borbon, divisó cuatro hombres que bajaban por ella, y los cuales al verle se le pusieron delante para cerrarle el paso.

—Ola! ola! que significa esto?... tan tarde y todavia las palomas volando!

—A fe mia, que no es malo el encuentro..., y es una aldeanita!

—Mira que falta le pones... á mi me gustan las culipardas.

—Que diantre! marqués, una zagala paseándose por Paris á la claridad de las doce de la noche me parece que quiere esponer á peligroso juego su bien conservada inocencia.

—Vamos, conde, siempre tienes unos pensamientos... apuesto á que la niña ha venido á Paris para vender un capacho de huevos frescos.

—Venga á lo que viniere, no se ha de ir hasta que mis bigotes no le hayan cepillado el sereno de esos labios de rosa.

Conoció Urbano por el lenguaje y manera de sus nuevos huéspedes que se las habia con calaveras de sangre azul; mas no pudiendo huir de ellos, pues lo tenian cercado, procuró salir de su apuro afectando humildad, y dijoles con voz de falsete:

—Caballeros, por Dios... déjenme sus mercedes ir; no soy lo que creéis.

Pero sus ruegos no consiguieron piedad; rodearonle, é iban á manosearle sin misericordia, cuando Urbano, fatigado de un ataque tan brusco, no halló otro camino para zafarse que el de dar á conocer su sexo. Con este fin, gritó en su voz natural:

—Dejadme, señores, os repito que venis equivocados.

Estas palabras, que pronunció el bachiller de manera que no dejaba duda acerca de lo que fuese verdaderamente, produjo en los cuatro nobles el efecto de la cabeza de Medusa; quedaron inmóviles, mas á poco rato soltaron de consuno una estrepitosa carcajada, exclamando.

—Es un hombre! ah! la aventura es chistósísima!

—Sí, señores, repuso Urbano; un hombre soy; ahora espero que tendreis á bien permitirme continúe mi camino.

—Por mi parte no me opongo, dijo uno de los desconocidos.

—Vamos, Villebelle, añadió otro, dejemos ir á este muchacho... bien ves que no es una chica... Lléveme el diablo si el vino que hemos bebido no le impide que conozca su equivocacion..... ¿no es verdad, marques?

—Si tal, vive Jupiter, señores... contestó Villebelle, pues que en efecto era el mismo, quien, así como lo habia dicho al barbero, acababa alegremente una noche de borrasca con sus amigos, buscando aventuras chistosas por las calles de la capital. Con la cabeza trastornada de resultas del vino y licor que habia bebido, el marques, á quien

en reuniones semejantes se veia dar primero que nadie el ejemplo de la extravagancia y locura, habia sido uno de los mas atrevidos para con Urbano; ahora que este diera á conocer su sexo, empeñóse todavia en detenerle.

—Poco á poco, mozuelo; dijole asiéndole del jubon; bien sabemos que no eres muger; hasta ahí no vamos mal; pero en nombre de todos los diablos para disfrazarte asi preciso es que te haya sucedido alguna aventura muy estraña. Cuéntanosla, pues que deberà divertirnos, y luego te soltaremos sin otra demora.

Si, si repitieron los demas; preciso es que nos diga con que objeto se ha vestido de muger.

—Mañana voy á entretener la tertulia del Cardenal con esta aventura.

—Yo se la contaré á Maruja Delorme.

—Yo quiero que Bois-Robert la ponga en verso para diversion de la corte.

—Collet formará de ella el argumento de una comedia. Anda, cuéntanosla.

—Os repito, caballeros que me permitais proseguir mi camino, dijo de nuevo Urbano, con impaciencia. ¿Qué derecho teneis para interrogarme? Nada tengo que deciros, y quiero que me dejeis libre el paso.

Hablando asi, procuró de nuevo desprenderse de las manos del marques, quien desenvainando la espada, le atajó el camino, y gritó:

—A fé mia que tiene humos el mozalvete!... Ah! esto ya pasa de chiste... O hablas, ó te hacemos saltar por encima de nuestros estoques como si fueses un perro!

—Insolente! exclamó Urbano, enfurecido. Si yo tuviera un arma, os guardariais de serviros de espresiones semejantes, ó no tardariais en arrepentiros.

—De veras! oh! vive el cielo que quiero ver como manejas la espada... vamos, conde, préstale la tuya...

—Que; Villebelle... tienes intencion...

Si, con formalidad; un desafio con una lugareña será cosa muy célebre... vamos, señores, haced corro.

Al acabar de proferir estas palabras, tomó el marques la espada de uno de sus compañeros, y presentósele á Urbano.

—Toma, le dijo, aqui tienes con que defenderte; en guardia! señor marimacho, y veamos si eres tan valiente como testarudo.

Apoderóse Urbano de la espada con ardor, y al momento embistiendo al marques, aunque se hallaba embarazado por la enagua y corpiño, le apuró de cerca impetuosamente. Contentábase su adversario con parar las estocadas que le dirigia, diciendo á cada instante:

—Ola! muy bien; me gusta; ved ahí señores un quite en regla... ¿y este otro? cáspita como se tira á fondo... me veo precisado á poner en obra toda mi destreza para no...

Una estocada que le atravesó el brazo al marques, le cortó la palabra; cayósele de la mano el espadín. Sus amigos le rodean y sostienen, mientras Urbano mismo acorre á prestarle asistencia.

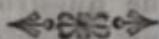
—Oh! no es nada; un arañazo* y no mas, dijo el marques: id en paz amigo mio: sois un hom-

bre valiente; y me alegro de haberos conocido, aun cuando ignore quien seáis. Respecto á vos, si algun dia os hallaseis en algun mal lance ó necesidad de proteccion, acudid á mi palacio, preguntad por él marques de Villebelle, y me hallareis dispuesto á serviros.

Habiéndose expresado así, tomóle el marques la mano al jóven estudiante, y se la apretó cordialmente. En seguida se alejó sostenido por sus amigos, quienes le habian vendado el brazo con sus pañuelos, mientras que nuestro enamorado, aturcido aun con la aventura reciente, se encaminó presuroso á su domicilio.



CAPITULO XIII.



La entrevista.

AQUELLA noche tan fértil en sucesos habia cedido el puesto á la Aurora, sin que el sueño hubiese cerrado los ojos de Julia. Agitada, impaciente, levantóse del sofá la jóven á fin de ponerse á escuchar contra la puerta, creyendo oír algun ruido, y lisonjeándose de ver llegar al marques. Pero habia contado una por una todas las horas de la noche que le pareciera interminable, sin que se hubiese presentado el seductor Villebelic.

La niebla del pesar cubrió las sienes de la bella Italiana; sus ojos, que de continuo brillaban con tanto lustre, ya no esprimian las mismas sensa-

ciones; animábalos un fuego sombrío, oprimíasele el pecho, de donde se le escapaban profundos suspiros; paseábase la cuitada por la habitación, cuya elegancia había ya dejado de tener para ella atractivos; deslizábase por delante de los espejos sin mirarse en ellos; pues su vanidad estaba humillada con la indiferencia del marques, cuya conducta era por cierto indisculpable. ¿Y qué muger perdonaría semejante abandono? ¿Después de dejarse robar con el mejor agrado del mundo, pasar la noche entera en absoluta soledad! El amor perdona muchas cosas, pero el amor propio nada disimula.

Luego que la luz del alba amortiguó el esplendor de las bugias, abrió Julia la puerta de su gabinete, y después de atravesar varias habitaciones, hallóse en el corredor:

—No temen que me fugue, dijo ella, dejando escapar una amarga sonrisa: no han tomado precaución alguna para detenerme; pero el señor marques y su dignísimo agente creen que me considero ya demasiado dichosa en que se me haya traído á esta casa. Paciencia!... quizás algún día me conozcan mejor.

Bajó la escalera Julia. Aunque el invierno estaba entonces en todo su rigor, era deliciosa la mañana; y la jóven, saliéndose por el peristilo, se emboscó en los jardines cuyas largas alamedas comenzó á pasear absorta en sus meditaciones.

Sorprendió la claridad del día á Marcelo y á su huésped, que se habían dormido junto á la mesa donde cenaran. Marcelo fué el primero que despertó, y poniendo en orden sus ideas no pudo con-

cebir por que causa hubiese dejado su amo de ir al casino en toda la noche. Pero no habia duda: la campanilla que se comunicaba con la puerta, estaba en la sala donde habia dormido, y no era hombre el marques para quedarse en la calle por no haber anunciado su llegada bastante de recio.

Sacudió Marcelo por un brazo á Chaudoreille, quien abriendo los ojillos, miró asombrado al rededor y dijo entre dientes:

—Que diantre! esta no es mi casa calle de *Rompe-molletes*... ni el tabernáculo en el callejon de *Limpia-bolsillos*... ¿Donde diablos he pasado la noche?... ¿Y mi bolsa? yo tenia en ella ocho pesos como ocho querubines!

Pálpase azorado Chaudoreille y cuenta su dinero, mientras Marcelo le grita:

—Despiértate del todo, y recapacita donde te hallas: ¿me crees capaz de robarte, majadero?

—Ah! que necio soy!... Marcelo amigo; ahora me voy acordando de todo. Perdóname, honrado camarada, pero en el primer instante crei que me hallaba en la taberna, donde me quedo á dormir algunas veces... Mas, que demonio! ya es de dia claro!

—Si: el señor marques no ha venido en toda la noche, y me parece cosa muy estreña y singular.

—Lo es en efecto: y la pobre chica que tanto trabajo nos costó traer acá ¿que se habrá hecho desde que vino?

—Se habrá quedado dormida como nosotros.

—Ah, querido Marcelo, como se conoce que no has estudiado el caracter de las del bello sexo.

¿Quedarse dormida una muger que aguarda por primera vez á su conquistador?... primero se comeria la Luna que echarse á roncar.

—Pero cuando el conquistador no parece, bueno será que sucumba á las circunstancias.

—Nunca, nunca, te digo yo: mira, voy á contarte un lance en que tuve parte á fin de que te sirva de ejemplo. Habia yo citado á cierta marquesa, junto las orillas del Sena, inmediato á la torre de Nesle; era tambien un dia de invierno, y hacia un frio que pelaba. Algunas ocurrencias imprevistas, entre otras un desafio que se me atravesó, me impidieron acudir al parage donde me aguardaba mi bella... Tuve la mala fortuna de salir herido, y de tener que hacer ocho dias de cama. Al noveno, pasando yo casualmente por el lugar de la cita ¿quién crees tu que estaba todavia en él?

—¿Tu marquesa?

La misma; pero la pobre muger se habia helado cuatro dias hacia y todo eso por no desamparar el parage donde habia de verme.

—Esta de acá ha tenido una buena lumbre, y cuanto le ha hecho falta, seguro que no se habrá helado por aguardar á mi señor.

—Dime, Marcelo, te parece que suba á decirle cuatro flores á fin de distraerla un poquito?

—No, porque eso pudiera desagradar al señor marques.

—Ah! tienes razon; sucederia quizas que yo le hiciese sombra.

—No; seria mejor que fueses en busca de la persona que la trajo aqui para avisarle que el amo no ha parecido todavia.

—Nada de eso, amigo Marcelo; encárgome Touquet aguardase aquí las órdenes de su señoría, y debo atenerme á sus instrucciones, y aunque no venga el marques en quince dias, poco se me dá, y juro no separarme de tu lado. Tienes á tu disposicion una bodega, provisiones de toda clase; hállome perfectamente aqui; lo único que nos hace falta es una baraja; pero iré á buscarla para esta noche, á fin de darte unas leccioncitas que te hacen suma falta, pues hay muchos lances en los cientos, de que estas completamente en ayunas.

—Haz lo que quieras; voy á preparar nuestro almuerzo, y despues subiré á ver si á nuestra prisionera se le antoja alguna cosa.

—Bien pensado: entretanto recorreré el jardin á fin de tramar relaciones con los dióses inmortales.

Enderezóse la capa el valenton, se atiesó la golilla, que habia comprado nuevecita de lance, y con la que estaba muy hueco porque le subia hasta las orejas. Despues de haber amoldado su chambergo, y anilládose el cabello con los dedos, se dirigió al jardin, talareando; *Ven Aurora, yo te imploro!* cancion que el buen rey Enrique habia puesto en boga sendos años atras. Detúvose con aire maton delante de cada estatua, é hizo muecas á aquellas que tanto le habian asustado la noche antes.

Al salir de una de las alamedas divisó á Julia sentada en una glorieta, á la cual no prestaban sombra todavia los desnudos árboles. Hallábase la jóven absorta en sus reflexiones, y no le vió aproximar-

se. Consultó entre sí Chaudoreille dudando si le hablaría ó si proseguiría su paseo; pero se resolvió por lo primero, y acercándose con la mano puesta en la cadera derecha, y el cuerpo doblado para atrás, ensayaba ya su mas amable sonrisa. Alzó los ojos la jóven Italiana, con viveza, pero reconociendo á Chaudoreille, retratóse en su semblante un rasgo de disgusto, y le dijo bruscamente.

—¿Que quereis de mi?

—Cortado Chaudoreille, detúvose en mitad de su sonrisa, sin atinar que respuesta darle.

—¿Quien os envia en mi busca? ¿dónde está el señor marqués ó su confidente Touquet, e barbero.

—Hermosa dama, por ahora me hallo solo en esta casa con vos y con Marcelo. He pasado la noche en vela para vuestra seguridad, esperando que el señor marques llegase por momentos.

—¿Y quien es ese Marcelo? supongo que será el criado que abrió la puerta anoche.

—Precisamente el mismo.

—¿Y ha mucho tiempo que sirve al marqués en este casino?

—No, señora, creo que hay tan solo cuatro ó cinco años.

—¿Y vos habeis estado aqui antes?

—Esta es la primera vez.

Callóse Julia, mientras Chaudoreille repuso al momento.

—Conoceis acaso á mi intimo amigo el barbero Touquet?

—¿Y os importa algo? contestó la jóven Italiana, lanzando á Chaudoreille una mirada de menosprecio.

—Nada que digamos; pero como habeis mencionado su nombre... es un guapo chico, por cierto, y me envanezco de ser amigo suyo.

—Eso hace vuestro elogio... dijo Julia dejando escapar una sonrisa irónica.

—Si por cierto, prosiguió Chaudoreille, quien interpretaba en ventaja suya la sonrisa de Julia; hemos visto juntos el fuego del enemigo... Es hombre valiente, y siempre se ha conducido con bizarría... Preciso es hacerle justicia respecto á eso... en todas ocasiones se ha portado con honor.

—En todas ocasiones? ¿y os ha hablado alguna vez de los que le dieron el ser?... ¿de su padre?

—A fé mia, nunca: no creo que pertenezca á la sangre azul... por esa parte le llevo muchisima ventaja; los Chaudoreilles nos jaetamos de una alcurnia muy privilegiada, y nuestro árbol genealógico puede trazarse hasta Noé, En el reinado de Carlos el Calvo uno de mis antepasados se hizo trasquilar las melenas...

—¿Y qué me importa lo que hicieron vuestros antepasados? os estoy hablando de la familia del barbero.

—Muy justo; pero mi amigo Touquet me ha dicho muy poco de eso: creo que es de Lorena, y contóme que salió muy jóven de su provincia para trasladarse á Paris. Aqui es donde únicamente puede brillar el genio; asi es que Touquet ha hecho fortuna... y por mi parte gracias á Dios, tambien me encuentro en circunstancias bastante...

Al espresarse de este modo cogió la vista de Chaudoreille su almilla desgarrada en varios pa-

rages; y acudió el fanfarrón á tapársela con la capa, prosiguiendo así:

—...Esto es, que yo seria muy rico si no me hubiesen arruinado las mugeres.

Julia, que habia prestado poquisima atencion á estas últimas palabras, dijo entre dientes:

—Rico deberá estar si ha servido al marques en todas sus locuras.

—No quiere casarse, repuso Chaudoreille, y eso que ahora no le faltarian buenos partidos... Su casa en la calle de los Bordonesees es una finca muy preciosa... Tal vez sea por causa de la chica, que no se decida al matrimonio... ¿quien sabe si aun piensa tomar á esa misma por esposa?... no me cogeria de nuevo.

—¿Qué chica es esa? preguntó Julia instigada de la curiosidad.

—Esa chiquilla que ha prohijado, y tendrá ahora unos diez y seis años.

—¿Qué! ¿el barbero Touquet ha adoptado una criatura?

—Si, señora, pues qué? ¿vos que le conoceis tanto, estabais ignorante de eso?... sin embargo, es una de las mejores acciones que ha hecho en su vida...

—¡Touquet ha hecho una buena accion! exclamó Julia sonriéndose con ironia ¿quién pudiera adivinarlo? ¿y esa chica es bonita?

—Mala sarna le dé! ¿que si es bonita? vaya! bonita, no digo es un.. pero no; prosiguió Chaudoreille corrigiéndose, y cual si le viniese á la idea un recuerdo súbito—nada tiene de bonita; al contrario es de un feo subido, ó mas bien puede asegurarse

que es de las que causan espanto.

—Ahora mismo dijisteis que era linda, y en un decir Jesus la tornais de espantar... paréceme, señor Chaudoreille, que no sabeis tampoco lo que estais hablando.

—Junto á vos, encantadora damisela, fácil es perder el juicio; mas os juro por esta espada...

Oyóse en aquel instante la campanilla de la puerta del jardin, y detúvose Chaudoreille, presumiendo que fuese el marques, y que seria quizas peligroso que le hallara en coloquio tan intimo con la bella Julia; así escurriéndose por el empariado fué á juntarse con Marcelo, mientras la jóven Italiana se puso á escuchar con vivas ansias, y cubiertas las mejillas de un carmin mas subido...

Abrió Marcelo; pero no era el marques, sino Touquet que venia sin compañía.

—Vuestro amo, dijo el barbero al sirviente, ha tenido un desafio la noche pasada: se halla herido aunque muy ligeramente, segun parece. Voy á hablar con la muchacha, pues deberá estar con cuidado por ignorar la causa de su abandono ¿donde se encuentra ahora?

—En el jardin, contesto Chaudoreille, y te aseguro que no parece que la aburre mucho el hallarse en este parage... Verdad es que ha tenido un rato de conversacion conmigo.

—¿Y eso te lo permití yo por ventura? Mucha desfachatez es preciso que tengas para hablar con una hembra en la que ha puesto los ojos el Señor marques.

—Convengo en que soy desfachatado..... pero juzgaba... ¿Dices que su señoria ha tenido un desafio? ¿sabes con quién?

—Imbécil!... ¿que tienes tu que ver con eso?... ¿te se figura que yo me meteria en preguntarse-lo?

—Verdad es; no son asuntos nuestros..... pero...

—Mira; ya tu nada tienes que hacer aqui; con-que, márchate...

—Que me marche!

—Si, y ahora mismo.

—Sin que me presentes á mi señor marques?... Buen chasco está!... pero á lo menos, páreceme que si ya no me necesitan... seria justo que me saldasen la cuenta.

—Toma, ahí tienes tambien esos diez pesos que es cien veces mas de lo que darian por tí un día de buena venta.

—Está muy bien... pero y la moña y el cristal roto?

—Voto á bríos, todavía no estas contento, majadero?

—Si; si, nada digo ya..... pelitos al agua, no regateemos, añadió para si Chaudoreille, no sea que se acuerde de las barbas que le debo.

—Echa á correr! dijo el barbero señalando con el dedo á la puerta del jardín. Guardó presuroso el perdonavidas en su bolsa las monedas que acababa de recibir, y luego, metiéndoselas con cuidado en la faja, se alejó murmurando.

—Patas de Neptuno! ocho y diez son diez y ocho... aqui llevo con que dejar en seco todos los toneles del tabernáculo calle *Limpia-bolsas*, y ganar hasta el tapete del garito de cucos, callejon de *Corta-pescuezos*.

En seguida, apretándole la mano á Marcelo, y embozándose en su capilla, salió nuestro bravo por la puerta falsa, que le parecia demasiado estrecha desde que se hallaba poseedor de diez y ocho pesos en buena plata.

El barbero solícito de cumplir la comision, que el marqués le habia encargado, á fin de volverse á su casa con la mayor premura, para encontrarse en ella antes que llegaran sus marchantes, corrió con pasos presurosos al jardin, donde no tardó en descubrir á Julia, quien al divisarle, sintió desvanecerse sus esperanzas de nuevo.

—Señorita, dijo Touquet saludando á la jóven, la conducta del Señor marques deberá pareceros indisculpable, ó lo menos, muy extraordinaria; pero le dispensareis cuando sepais que habiendo tenido una pendencia anoche en el campo grande de los Clérigos, se encuentra herido.

—¿Herido? dijo Julia con emocion, y es cosa de cuidado?

—No, señora, es de poca entidad, una estocada en el brazo solamente. Esta mañana, al amanecer, puso su señoria en mi noticia la ocurrencia, y ordenóme viniese á deciroslo; espera hallarse restablecido muy en breve y venir á ofreceros sus excusas personalmente dentro de cuatro ó cinco dias; ahora si os sentis aburrida en este parage, estais en libertad para volveros á vuestra perfumeria, adonde iré á avisaros luego que....

—No, dijo Julia interrumpiendo bruscamente á Touquet; me quedaré aqui, pues no debeis suponer que yo haya abandonado mi morada para

volver á ella... aguardaré que venga el señor marques...

—Sois muy dueña; y hay orden de satisfacer hasta vuestros mas leves antojos.

Saludó el barbero á Julia, y despues de haber transmitido á Marcelo los mandatos de su amo, dejó el casino y volvióse presuroso á su propio domicilio.

Pasáronse cinco dias desde que la bella italiana habitaba el voluptuoso gabinete, donde halló un clave, un salterio, varios libros, enseres para dibujar, y un guardaropa bien provisto de cuanto puede añadir nuevos alicientes á los encantos de la beldad. Marcelo, siempre obediente y discreto, satisfacía todos los deseos de Julia, sin permitirse la pregunta mas leve, mientras la jóven solo le dirigia la palabra á fin de pedirle lo que mejor le parecia para distraerse, pues que la morada mas magnífica no nos pone á cubierto de los ataques del fastidio.

Hallábase ya bien entrada la noche del sexto dia: Julia que se habia vestido con elegancia, esperanzada en que vendria el marques, sintió de nuevo aguarse sus esperanzas, y se echó en el sofá donde sus reflexiones habian cedido á un ligero adormecimiento, cuando abriéndose con suavidad la puerta del gabinete, entró por ella el marques de Villebelle.

—Muy bonita está! muy bonita! dijo el señoron contemplando por un instante á Julia echada con abandono en el sofá; en seguida dió algunos pasos hácia ella, mas el ruido despertó á la jóven italiana, quien abriendo los ojos descubrió al marques,

cuyas gracias y elegante figura realizaba un riquísimo equipage, y el cual se sentó á su lado sonriéndose.

Hizo Julia un movimiento para levantarse.

—No os movais, le dijo Villebelle, estais perfectamente asi, pésame haber turbado vuestro reposo.

—Señor, ya no os aguardaba, contestó Julia, procurando reponerse del trastorno que le causara la presencia del marques; y despues de seis dias que me hallo sola en este parage...

—Si, tiempo de sobra habeis tenido para aburrirlos, bien me hago cargo; pero, hermosa mia, mi comisionado os dijo sin duda que la culpa no estuvo de mi parte... Aun no está curado del todo mi brazo, mas no he podido resistir mas tiempo el deseo de ver á la amable ninfa, que tiene la bondad, por mi amor, de avenirse á vivir en la soledad.

—Por amor vuestro, señor! dijo Julia, apartando los ojos, á fin de no encontrarse con los que el marques clavaba en ella con apasionado mirar. ¿Y qué es lo que os hace creer que os profeso amor? ¿tendreis la condescendencia de decirmelo?

—¡Vaya una pregunta chistosa, á fé de caballero de honor!... ¿aguardais acaso á otro alguno en este lugar, angel mio?

—Aguardo, señor, que me deis á conocer por qué motivo me habeis hecho robar y conducir aquí.

—Muy precioso! vive el amor! muy precioso! por vida de todos los diablos!... ¿con que no sabe la niña para que la han traído acá? no os lo dijeron, eh, gazmeñerita!

—Es que quiero saberlo de vuestra propia boca, señor marques.

—Muy justo; el amor no es asunto que debe tratarse por medio de embajadores; el tal dios no es amigo de pages ni lacayos; quiere darse avio á sí mismo... Vamos, venga un beso ante todo, y luego nos entenderemos mejor.

Desprendióse Julia de los brazos del marques, quien se empeñaba en ceñirla en ellos, y alejóse de él gritando:

—Por Dios señor! dejaos de esas libertades que sobremanera me ofenden.

—Ay! que ofenden á la doncellita! dijo el marques, riéndose á carcajadas, mientras un vivo rubor cubria las mejillas de Julia... Ola! ¿y qué significa esto?... estamos jugando aquí al juego de los despropósitos?... ¿Se quiere hacerme pagar el fastidio de seis dias de moratoria? otra vez te digo, querida mia, que no he tenido la culpa: túvola un maldito desafio... cuando mas descuidado me hallaba. Ah! preciso es que te cuente el lance, porque fué muy chistoso: volvia yo con cuatro amigos de una broma, todos estábamos algo alumbrados, é ibamos armando quimera con cuanta gente topábamos; rompíamos las vidrieras de las casas; apaleábamos á los rondines, y les quitábamos las pelucas á los honrados tenderos... ¿Y que quieres? Bueno es matar el tiempo con diversiones inocentes, y enseñar á los señores del parlamento que no nos consideramos comprendidos en los edictos que vedan á los vagamundos, pages y lacayos, armar zambra por la noche en las calles de Paris. En fin, encontramos á una chi-

ca; pero esta chica era macho, y se empeñó en no querernos decir el motivo de su disfraz; amostazóse con nuestras bromas; uno de los nuestros le prestó su espada, y nos batimos..... Para ser tan chiquillo... por vida de Chápiro, y que bien que manejaba las agujas! daba gusto verle! Para no ser difuso, dióme este arañazo, de que todavía me resiento, y que me impide servirme aun de mi brazo. Asi, pichona mia, te ruego que no te hagas la remilgada, porque no me encuentro en estado de llevar la plaza á fuerza de fuerza.

Y el marques, acercándose á Julia, quiso otra vez abrazarla, pero desembarazándose ella fué á sentarse á mayor distancia, mientras él, dejándose caer en el sofá, se puso á silvar una caucion de montería.

Hínchase con mayor frecuencia el seno de la jóven, quien apartando la cara, se tapa con la mano los ojos.

—¿Qué hay de nuevo? dijo el marques, al cabo de algunos minutos ¿toca ahora una manita de llanto? Vamos, morena, maldito si puedo comprenderte: dijéronme que no habias tenido asco de venir hasta acá, asi es que mucho me admira la severidad que afectas. Anda, tranquilízate..... yo tendré juicio..... ya que te empeñas en ello...

Hablando asi fué á sentarse Villebelle junto á Julia, y tomóle una mano que apretó entre las suyas: la jóven italiana alzó los ojos, y fijólos en el marques. Habia en las facciones de este cierto rasgo de nobleza, de afabilidad que le obtenia con

demasiada prontitud el perdón de sus demasías; acostumbrado á triunfar, era emprendedor por costumbre, no por fatuidad; y la resistencia de Julia el admiraba sin enfadarle.

—¿Porqué llorais? le dijo.

—Creia que me amábais, y solo enuecontro en vos un humillante desprecio.

—Yo de spreciaros? hermosa niña; os amaré cual puedo amar, y eso durará... cuanto durar pueda... ¿qué mas habeis de exigir?

—Exijo amor..... un amor constante y sincero.

—Já! já! un amor constante? muy exigente sois, amiguita!... ¿podemos nosotros prometeros eso por venturas? ¿y de buena fé acaso, cuando no han logrado conseguirlo las damas de primer rango en la corte? ¿habrá pues una menestrala de imaginarse que podrá fijar los afectos del marques de Villebelle?

—Está bien, dijo Julia levantándose, y dirigiéndose á la puerta: la menestrala no sucumbirá á los antojos del señor on.

—Palabra de honor!... creo que pretende irse! exclamó el marques corriendo á detener á Julia, y atrayéndola con suavidad hacia el sofá; vamos, nada de enfado; ¿es acaso para reñir que nos hemos reunido en este gabinete? El tiempo vuela con rapidez; y cada instante se lleva algunas chispas del fuego creador que inspira los afectos y la voluptuosidad... No esperemos que se apague del todo la hornilla, para beber en la copa de los deleites... Se os amará, se os adorará, picarueta!..... ¿mas en premio de tanto ardor que teneis que ofrecer de vuelta?

—Un corazón que sabría amaros de un modo que os ha sido extraño hasta ahora; que fundaría su felicidad en no latir sino por vos; que no acogería pensamiento que desconocido os fuese, ni deseo que á vos no se dedicara.

Al hablar así animábanse los ojos de Julia, quien los fijaba en el rostro del marqués, sin empeñarse ya en ocultar la pasión que este le había inspirado.

—Que ojos tan magníficos! dijo Villebelle después de un rato; pero algo más de exaltación de lo que me conviene en los sentimientos... Sois Italiana... eso se echa de ver... el clima tórrido bajo el cual habeis nacido no os permite tratar al amor como nosotros los Franceses.... de risa y de broma y sin embargo esta clase de pasiones está muy en boga por acá; las otras son muy tristes.

—Decid más bien que solo nosotras sabemos amar verdaderamente... mientras vosotros dais el nombre de amor al capricho más simple, y que vuestros corazones están muy distantes de acogerlo en su verdadera significación.

—Mira, amiga querida, todos tus discursos sobre la metafísica del amor, me persuadirán menos que lo haría uno de tus besos deliciosos... Vaya! todavía te resistes?... aprovecharte de la impotencia que mi herida me dá no es muy generoso por cierto.

—Generoso! ¿y lo habeis sido siempre, señor? dijo Julia rechazando al marqués, ¿y en este mismo lugar, nada teneis que reprocharos?

—Ola! cara de rosa, quieres hacerme seguir un curso de moral? dijo riéndose Villebelle. Pa-

réceme que abusas de mi paciencia demasiado! Palabra de honor! tus ojos estan hechos mas bien para explicar el placer que la sabiduria... sermones de tu boca!... una menestralilla venir aqui á echarla de Lucrecia! Vamos, hermosa mia, dejemos á un lado todas estas pamemas... ¿Has aprendido á ser tan sentenciosa en el teatro de *Tabarin*, ó en las marionetas de *Briochée*?

Levantóse Julia con los ojos lanzando fuego, y cubiertas las mejillas de un brillante rubor, mientras esclamaba arrojando al marques una mirada aterradora:

—¿Y vos, señor donde aprendisteis á asesinar á un padre para robarle la hija?

Quedóse cortado Villebelle por algunos instantes, con los ojos fijos en Julia; quien asustada tambien del trastorno que se habia verificado en toda la fisionomia del marques, parecia aguardar con zozobra lo que habria de decirle.

En fin levantóse Villebelle, murmurando con voz demudada,

—¿Quién os ha dado á entender que cometiese yo nunca semejante crimen? hablad... responded... os lo ordeno.

Señor, dijo la jóven Italiana, me han contado el rapto de la hermosa Estrella... hija del anciano Delmar..... ya entonces era vuestro agente el barbero Tonquet. No dudo que fuera él quien os instigase á armar vuestra mano contra un viejo que defendía á su hija.

—¿Habeis oido hablar de una aventura acontecida y olvidada diez y siete años ha, cuando apenas contais veinte. No me lo decís todo. ¿ha-

breis quizás conocido á Estrella? Ah! decidmelo por Dios!., hablad y vivid segura de mi gratitud, si por medio vuestro consigo volver á unirme con esa desventurada!

—Mucho la amasteis segun eso? dijo Julia suspirando y con los lánguidos ojos fijos en el marques.

—Si, si, la amé, y la amara todavia! por caridad; decidme ¿existe mi Estrella?

—No sé mas que vos mismo, señor, bien podeis creerme. Si, os lo juro. Jamas he conocido á muger ninguna de ese nombre, solo la casualidad la trajo á mí noticia. Al veros, y hallándome en la misma casa, adonde trajeron á Estrella, ofrecióse á mis pensamientos el recuerdo de aquel lance; perdonadme si he aludido á su memoria, erais muy jóven entonces, lo sé, como tambien que el viejo Delmar no murió de su herida.... En cuanto á la hija, os repito, que no tengo de ella mas noticias que vos. Pero me habiais ultrajado, señor, asemejándome á esas mugeres que vuestras riquezas hacen sucumbir todos los dias, mientras vuestro amor es el solo bien que yo anhele... soy Italiana... y me he vengado.

Nada contestó el marques; paseóse lentamente por la estancia, y de cuando en cuando arrancaba un hondo suspiro, mirando al rededor; y parecia haber olvidado completamente que allí se hallaba la hermosa Julia.

—Si, en este lugar pasé á su lado un mes entero! dijo el marques contemplando el gabinete; no era esta morada entonces lo que hoy es..... He procurado embellecerla, cambiarla á fin de

destruir mi recuerdos. .. pero desde aquel tiempo no he vuelto á encontrar los instantes deliciosos que cabe mi Estrella me cupieron.

Un largo silencio sucedió á estas palabras: en fin, tomó el marques su capa y sombrero, é hizo á Julia un ligero saludo con la cabeza, diciendo á media voz:

—Mañana tornaré á veros.

Salióse luego de la habitacion con pasos precipitados, y dejó el casino en una situacion de espíritu bien diferente de aquella en que se hallára al entrar en él.



detenida mi voluntad para volver aquel tiempo
 en un punto de encontrar los instantes deliciosos
 que captaba. En tal caso me ocuparon como
 en un punto de encontrar los instantes deliciosos
 que captaba. En tal caso me ocuparon como
 en un punto de encontrar los instantes deliciosos
 que captaba. En tal caso me ocuparon como

CAPITULO XVI.

Ursula y la bruja de Verberie.

DESPUES de su desafío nocturno, pasó Ur-
 bano muchos dias sin volver á vestir su más-
 cara femenina. Poco aficionado á hacer conquistas,
 ni á verse espuesto á lances que no siempre pu-
 dieran concluir en ventaja suya, conoció por úl-
 timo el bachiller que antes de disfrazarse debería
 estar seguro de que su estratagema le hubiese de
 conducir hasta Blanca. Comenzó á seguirle los
 pasos á Margarita, á rondar sin descanso la casa
 del barbero; informóse de nuevo acerca del ca-
 rácter de la vieja criada, y prometiése sacar par-
 tido de su credulidad. Formado su plan, envió

en busca de Margarita á un viejo arriero, para que se hiciese encontradizo con ella y le preguntase si sabria de algun acomodo para una jóven aldeana muy comedida y de escelente conducta que acababa de llegar á Paris y se veia desacomodada. Dió la vieja las señas de dos familias, donde supuso admitirian á la muchacha, y prosiguió su camino.

Al dia siguiente, cuando iba Margarita segun su costumbre á comprar la despensa, paróla en la calle una lugareña, de aspecto muy modesto, quien saludándola, le dió gracias clavando en el suelo los ojos.

—¿Y de qué me estais agradecida, hija de mi alma? dijo la vieja, esta es la primera vez que os he visto en mi vida.

—Lo hago por el interés que os habeis tomado respecto á mi ayer, á fin de que encontrase un acomodo.

—Ah! ¿sois la niña que me recomendó el arriero?

—Si, señora,

—¿Y os han admitido en alguna de las casas que designé?

—No señora.

—Mucho lo siento, porque pareceis muy dócil, mandable y honrada. ¿De donde sois, hija mia?

—Señora, de Verberie.

—¿Y porqué causa habeis venido á Paris?

—Se murieron mis padres, y crei encontrar facilmente trabajo en esta vasta ciudad.

—Si, pero las ciudades vastas son charcos muy

peligrosos para las muchachitas de juicio como vos; ya os habrán dicho eso; no es verdad, niña?

—Oh! si señora, pero á nadie temo.

—Como! ¿os creéis bastante fuerte y diestra para juzgar escaparos de los lazos que quizás os tiendan?

—Oh! no es por eso, señorá, sino que... vaya! sino no me atrevo á decirlo!... es un misterio... un secreto!

La palabra secreto y misterio hacen igual efecto sobre una vieja que las de amor y casamiento en una jóven; unas y otras les trastornan completamente los sentidos. Reanimáronse los ojillos de Margarita, quien exclamó al instante:

—¡Que! hija mia, ¿teneis un secreto? Yo no soy curiosa, pero mucho me interesais, y quisiera seros útil... mas precisa me hagais saber cuanto os concierne... ¿Que clase de misterio es ese que no os atreveis á revelarme?

—Señora; no quisiera confiarlo á persona ninguna en Paris, porque me han dicho que hay copia de rateros que podrian arrebatarme mi tesoro.

—¿Poseéis un tesoro, eh!

—Si, señora, si; pero con el cual me seria fácil morir de hambre.

—¿Qué importa, hija mia? ¿no tienen todas las doncellitas como tu, tambien un tesoro inapreciable? el de la inocencia y virtud? Por desgracia ay! las que mejor lo aguardan no son por lo comun las mas ricas... Cuando veo en carrozas doradas á esas damas de la córte, á esas mugeres deshonestas que viven sumidas en la abundancia, me da tal dolor de tripas!... Pero volvamos á nuestro

secreto; hija, os negáis á confiármelo?

—Oh! no señora, teneis un aspecto tan respetable e bondadoso... que nada puedo rehusaros.

Sonrióse ligeramente Margarita, y dándole golpecitos en el brazo á la lugareña, porque la lisonja es una flor cuyo perfume agrada á todas las edades.

—Hablad, hablad, hija mia.

—Señora, lo haria con sumo placer, pero es una historia muy larga; ademas que tengo que ir á varias casas esta mañana. Si me dáis licencia, os la contaré esta noche en vuestra casa; mejor será eso, porque no me atreveré á contar unas cosas tamañas enmedio de la calle; pues podian oírme y tomarme por una hechicera,... luego me han metido tanto miedo con ese tribunal que entiendo en las brujerías. Sin embargo, Dios sabe, señora, que nada sé yo de mágia, y que tengo tanto horror al diablo como á los hombres.

—Oh! oh! dijo Margarita, cuya curiosidad llegaba ya á su colmo, ¿este misterio tiene pues en si mismo algo de extraordinario?

—Si, señora.

—Vaya un apuro!... difícilillo es poder admitiros en casa. ¿Donde vivis amable niña?

Vaciló un instante Urbano, pero al fin contestó.

—Junto á la puerta de San Antonio.

—Válgame Dios! ¡si hay una legua de aquí allá!... Nunca podria yo ir á veros... porque mi amo tiene un caracter tan rígido... luego no quiere que entre nadie en casa...

Reflexionó Margarita algunos instantes: basta que al fin pudo mas en ella la curiosidad.

—Pues bien, dijo, venid esta noche á eso de las siete, luego que esté oscuro: ¿veis esa casa alla abajo: al otro lado del callejon?...
 —Oh! ya daré con ella.

—Cuidado con llamar: colocaos cerca de la puerta; yo os abriré y subireis á mi cuarto. A esa hora ya el amo no me necesita, ni se mueve de la sala baja.

—Es suficiente, señora, seré puntual á las siete.

—¿Y como os llamais?

—Ursula Ledoux.

—Sobretudo, Ursula, no vayais á charlar de esto con persona viviente. Admitiros en casa no es un crimen, lo conozco; pero mi amo es un poco ridiculo, y pudiera llevarlo á mal: por otra parte, hija mia, para todo se necesita la circunspeccion!... esta noche me revelareis vuestro secreto, Ursula.

—Si, señora.

—A las siete... allá abajo.

—Oh! no hará falta.

Alejose Urbano, fuera de sí con el buen éxito de su estratagema, y respirando con dificultad, pues que tanto le comprimía los pulmones la esperanza de ver á Blanca como lo mucho que le apretaba el corsé. Entretanto Margarita gapó su domicilio, diciendo para si:

—La chica tiene un aspecto tan amable como honrado, y nada hay de malo en que la reciba en casa un momento... eso distraerá un poco á mi pobre Blanquita, que de algunos dias á esta parte anda muy triste, y parece mas aburrida de lo

regular; luego sabremos ese secreto que... Válgame Dios! ¿que no fueran ya las siete de la noche!

Apresuróse Margarita á buscar á Blanca. En efecto, desde la noche de la serenata estaba la jóven mas melancólica que antes; no cantaba sino el estrivillo de su romance querido; pues ya no le divertian las villanelas, ni los polos, ni las folias de antaño. Llegóse á ella la anciana y le dijo á media vez y con tono misterioso.

—Esta noche tendremos una visita.

—Una visita, contestó Blanca... ya! la del señor Chaudoreille sin duda?

—No, tonta: viene á vernos una aldeana muy mona y honrada... no la conoces tú... es una pobre niña, que posee un tesoro... y anda buscando una plaza de cocinera;... que quiere conservar su inocencia, y para eso se ha venido á Paris... que tiene miedo del diablo, y no lo tiene á vicho viviente.

—Pero chacha no te entiendo...

—Chiton! chiton!... calla la boca: esta noche la tendremos aquí, y nos contará su historia... en tierra esta un misterio preciosísimo: pero, sobre todo, silencio: importa que no se entere el señor Touquet, porque podría autojárselo que esa pobre Ursula no hablase con nosotras, y gran disgusto me daría eso por cierto... además que á tí, hija mia, deberá distraerte mucho ese nuevo conocimiento.

—Oh! chacha mia, no tengas recelo, pues yo nada diré, repuso Blanca, y comenzó á dar saltos de gozo por toda la habitacion; pues que el anuncio de la tal visita era para ella un suceso es-

traordinario, y la menor novedad proporciona un vasto placer á las personas que pasan la vida privadas de toda distraccion. Asi un aguacero ó una tormenta divierten á un pobre encarcelado; asi una botella de vino sirve de regalo para aquel cuyo escaso bolsillo le sentencia á beber agua perpetua; asi el sonsonete de un organillo ambulante parece delicioso á los vecinos de una aldea, asi una tablilla en la cazuela colma los anhelos de una pobre menestrala de las que ganan dos reales secos: asi un traje de india constituye la delicia de una fregatriz..... de las honradas hablo.... asi es por fin que la llegada de un Domingo es un suceso de anheloso afan para los que pasan toda la semana trabajando mientras para gran número de personas, los teatros, los banquetes, la música, los vestidos pomposos, no tienen encantos suficientes para alegrarles un instante. Y en conformidad á este cuadro ¿serán los pobres mas dichosos que los opulentos?

En fin, las siete acaban de dar en el reloj de Santa Eustaquia; ha tiempo que el barbero ha dado las buenas noches á Blanca y Margarita, á fin de que se retiren á sus respectivos dormitorios. La vieja dueña baja las escaleras de puntillas, estudiando hacer con sus tacones el menor ruido posible, y tapando con una de las manos la luz de su velon. Abrió la puerta de la calle, y descubrió á la lugareña, quien hacia un cuarto de hora se hallaba ya en el lugar de la cita.

Está bien, dijo la vieja; sois muy puntual; pero chiton! cuidado con hablar, y no hagais ruido; voy á enseñaros el camino.

Hízole Urbano una seña de inteligencia, y entróse en el zaguan, mientras Margarita cerraba la puerta con mucho tiento. Hallóse entonces nuestro enamorado en el colmo de su júbilo, y pareciale que respiraba un aire puro en aquella casa, donde moraba el objeto de su pasión., Creia hallarse trasportado al Elisio, cuando subia por la escalera de caracol, y hasta las paredes negras y desconchadas, que en torno le ceñian, parecianle mas bellas que los mármoles y artesones del palacio del Louvre.

—Vais á ver á mi señorita, dijo la vieja conductora; ya la tengo avisada, es tan sensible como buena, y delante de ella podeis hablar sin peligro; porque es la misma discrecion; luego, ella no recibe visitas de nadie, ni sale á la calle nunca. Mi amo procura guardarla de las tentativas de los babosuelos, de esos desalmados que solo buscan embaucar á las pobres chicas. Verdad que Blanca es muy linda, y haria que se volviesen locos hasta los señorones. Vais á verla y á juzgar por vuestros propios ojos; ya estamos en su aposento; entrad!., vamos ¿á que viene ese temblor? déjese de niñerías, muger!

Cierto es que Urbano temblaba como un azogado; y el corazon le latia con tal violencia, que se vió precisado á sostenerse un instante contra la pared.

Entretanto abrió Margarita la puerta, y dijo á Blanca:

—Aquí está.

Levantóse la joven para recibir á la aldeana que su chacha conducia, y á la que dirigió la son-

risa mas amable. Alzó los ojos Urbano; y habiendo visto á Blanca, redoblóse su emocion; solo le habia sido posible notar imperfectamente sus facciones á través de las vidrieras, mas el objeto hechicero que ahora tenia delante era cien veces superior á la imágen que crearan sus recuerdos y su fantasia. Quedóse cortado, inmóvil, sin atreverse á dar un paso, dudando todavia de su dicha, y absorto en deliciosa contemplacion de la amable jóven, quien le sonreia y tomaba de la mano, diciendo:

—Pasad adelante... venid á sentaros... á calentarnos... ¿Qué es eso? ¿os asusta mi vista?

—Eso es lo que yo veuia diciéndole, repuso Margarita; pero tiene tanta timidez!... Por lo demas, eso hace su elogio; ojalá que en Paris logre la pobre conservar siempre esa modestia.

La dulce mano de Blanca está enlazada con la del jóven Bachiller, á quien conduce al lado de la chimenea. Al sentir los dedos sedosos de la beldad rozarse con los suyos, respira Urbano con mayor pena, y murmura con voz apagada:

—Señorita; sois demasiado bondadosa.

—Ah! que voz tan linda tiene! exclamó Blanca al punto, ¿no te parece lo mismo, Margarita?... ..una voz, que me parece haber oido antes de ahora... Es muy raro!... mas no puedo recordar en donde...

—Te engañas, hijita mia, contestó la vieja; páreceme que Ursula tiene la voz un poco gruesa... mas tengamos presente que no podemos conservarla aqui mucho tiempo... y debe contarnos cierta cosa.

—Un instante, dijo Blanca... déjala reposar un poquito... se conoce que está algo cansada. ¿Queréis tomar alguna cosa?

—Os lo agradezco sobremanera, respondió Urbano, levantando los ojos para mirar á la amable niña, pero bajólos al momento, receloso de que ella no leyese allí todo el amor que los abrazaba, pues conocia bien que la ocasion seria poco tempestiva para darse á conocer; por otra parte, contemplábase tan dichoso al lado de Blanca que quiso prolongar su felicidad. Gracias á su máscara protectora dado le era ver á Blanca, disfrutar de sus encantos y gentileza, y estudiar su caracter, mucho mejor que si se le mostrase en su forma verdadera. En presencia de un amante, la chica mas franca se muestra siempre tímida, reservada y perpleja, mientras delante de una persona de su propio sexo, se entrega sin restriccion á todas las impresiones que experimenta:

—¿Conque; buscáis acomodo? dijo Blanca sentándose junto al bachiller.

—Si, señorita.

—¿Y ha mucho que estais en Paris?

—Quince dias, señorita.

—¿Y donde están vuestros padres?

—No los tengo, señorita, soy huérfana.

—Pobre niña... lo mismo me sucede á mi; y si no me hubiera prohijado el señor Touquet, seria preciso que me mantuviese del trabajo de mis manos.

—¿Vos, señorita? dijo Urbano con calor y añadió en voz sumisa... ¡Gran lástima habria sido eso!

—Querida Blanca, interpuso Margarita, no la he traído á casa para que oiga tu historia, sino para que nos cuente la de cierto secreto que le incumbe... Vamos, Ursulita, hablad que os escuchamos.

Suspiró Urbano; quien preferia oir hablar á Blanca á verse obligado á satisfacer la curiosidad de Margarita; pero le era indispensable contar con ella; y solo por medio de engreirla, podia esperar que las puertas de aquella casa se le franqueasen. Empezó pues su relato fingiendo la voz, y mientras hablaba tenia siempre la jóven fijos los ojos en él: privilegio que debia á su disfraz, pero que con frecuencia le cortaba el hilo del discurso.

Sin duda habeis oido hablar de Juana Harvillers, tan célebre, ahora un siglo, por sus maleficios y sortilegios.

—No, nunca, dijo Margarita arrimando su silla, y alargando el cuello porque la palabra sortilegio habia producido un efecto eléctrico en la vieja dueña. Referidnos la historia de esa bruja, hía mia, y no omitais el pormenor mas leve.

—Fué en Verberie donde nació Juana Harvillers, el año de 1528; su madre que era, segun se dice, una perversa muger vendió su hija al demonio tan luego como la dió á luz. Al cumplir Juana los doce años, presentósele el diablo en figura de un negro, con espada y botas de montar.

—Chacha, dijo Blanca ¿puede el diablo tomar la forma que se le antoje?

—¿Y quien lo duda?... ya te lo he dicho mil veces; se trueca en lo que mas le acomoda.

—Pero siempre me has dicho, chacha mia, que

tomaba la semejanza de un gato negro.

—Gato ú hombre lo mismo dá.

—Antes solo me asustaban los gatos, de hoy en adelante tambien me darán miedo los hombres.

—Vamos, niña, si interrumpes de ese modo á la chica, nos quedaremos en ayunas de su historia. Prosigue, hija mia.

Miró Urbano al soslayo á Blanca y enhebró su relacion.

—El hombre negro preguntó á Juana si queria entregarse á él; pues le enseñaria un sin número de secretos para hacer mal ó bien á las gentes, segun su capricho. Juana Harviliers cedió á las proposiciones del diablo, pronunció las fórmulas que este le dictó, y llegó á ser en breve una famosa hechicera, acudiendo montada en un escobon á las orgias nocturnas de sus cofrades.

Hizo Juana en las inmediaciones de Verberie los primeros ensayos de su arte; pero acusada de sortilegios, vióse por algun tiempo obligada á ocultarse. Uno de sus vecinos la habia denunciado: pidió Juana al demonio un arbitrio para vengarse de él, y recibió de manos del maldito ciertos polvos, que esparcidos en el camino por donde habia de pasar su antagonista, hubieran de producirle cierta enfermedad que le llevase á un precoz sepulcro. Hizo Juana lo que le indicó el demonio, y regó los polvos en conformidad. Pero otra persona que pasó por aquel mismo camino fué víctima del sortilegio; Juana desconsolada fué á verse con el enfermo, y se comprometió á curarle, pero no habiéndolo conseguido, fué puesta en un calabozo. Tomáronle declaracion, confesó ella su

pacto con el maligno y condenáronla á ser quemada viva... cuya sentencia se ejecutó el último día de Abril del año de gracia 1578.

—Como! ¿era bruja y dejó que la quemasen? dijo Blanca con admiracion.

—Si, señorita.

—Vaya una cosa chistosa, ¿de qué le servian pues sus hechicerias y sortilegios?

—Blanca, tu eres demasiado jóven para discurrir sobre cosas tan serias, observó Margarita.

—¿Y tambien quemaron al diablo?

—No, señorita, no pudieron.

—Que lástima! con eso ya no le tendríamos miedo.

—¿Y que, hija mia, se puede acaso quemar al diablo?... ese espíritu maligno ha de existir siempre.

—Sin embargo,, muchas veces me has dicho, chacha, que San Miguel se batió con él y le venció...

—Si, lo que es vencerle, ya se vé; eso es lo mismo que si nada hubiese hecho. Vamos, Ursula, proséguid; porque no veo aun en todo eso ninguna relacion con vuestra historia particular; supuesto que esa Juana murió en la hoguera cerca de sesenta años há.

—A eso voy, señora, contestó Urbano poniendo en órden sus ideas, que los bellos ojos de Blanca encaminaban hácia todo menos á asuntos de brujeria. En tiempo de Juana de Harviliers, como no se hablase en Verberie y en los lugares comarcanos sino de las *sabatinas* que los nigrománticos y brujas celebraban en el Puente-la-Reyna, sobre la carretera de Compiègne; y en el bosque de

Ajeux, y susurrándose que había *cabalgadores de escobones, sabatineros*, diablos verdes de todas cuerdas y tamaños, entonces los honrados habitantes del país, queriendo ponerse á cubierto de todas las travesuras del demonio, acudieron á *la capilla de Carlo-Magno*, pues así nombrábase todavía á la sazón la Iglesia de San Pedro, y pidieron á los buenos religiosos alguna cosa que pudiese guarecerlos de los maleficios é intentonas de semejante canalla.

—Muy bien pensado, por cierto, interrumpió Margarita, no podían obrar mas acertadamente; ¿y que fué lo que les dieron, hija mia?

—Los buenos religiosos les regalaron un camison que había vestido un virtuoso hermitaño, el cual, durante su vida, había ahuyentado á los demonios á mas de una legua de aquel santuario. Bastaba una tira de la tal *subicula* (asi se llama en latin á los camisones) para poner á una persona al abrigo de todo riesgo; bien podeis haceros cargo de lo solícito que andaria todo buen cristiano á fin del proporcionarse una hilachita de preserbativo tan milagroso.

—Oh! bien lo creo... ¿y cuanto no hubiera dado yo por haberme hallado allí, y tener parte en tan sagrado despojo?

—Ya; pero, chacha, interpuso Blanca, eso es como mi...

—Chítón; deja que Ursula concluya, hija mia.

—En fin, señora, una de mis abuelas, que vivía entonces, tuvo la felicidad de que le cupiese una tira del camison del piadoso hermitaño. Dejósela en seguida por testamento á su hija, de quien

yo la he heredado, y ved como me encuentro poseedora de un talisman, bajo cuya custodia no temo todos los peligros juntos que encierra Paris, y me aventuro á transitar de noche por cualquiera de sus calles.

—Vaya una cosa rara! exclamó Blanca; lo mismo me sucede á mi; tambien tengo un talisman que me escuda de toda contingencia, y á pesar de eso ni aun se me permite asomar á la ventana... Es que mi padrino el barbero no tiene fé en los talismanes.

—Hace muy mal, señorita, contestó Urbano.

—Y tanto, dijo Margarita ¿teneis encima ahora ese divino preservativo?

—Si, señora, oh! no se aparta de mí un momento.

—Dejádnoslo ver; enseñádnos reliquia tan preciosa..... solo con tocarla sentiráse consolado mi corazon.

Metió la mano el bachiller en el bolsillo de su delantal, y sacó un papellado con sumo esmero; abriólo é hizo ver una tira del forro de una pretina de calzones, la cual presentó á la vieja, mordiéndose los labios para conservar un aspecto serio. Púsose las antiparras Margarita y tomando el andrajo con respetuosa admiracion, besólo tres veces exclamando:

—Eso es; ¡vaya una cosa rica! cuidado que esbala la reliquia cierto olorcillo de santidad que embelésa.

—¿Te dá en las narices chacha? dijo Blanca, mirando con sorpresa el pedazo de forro: nunca se me hubiera ocurrido que poseyese esa virtud semejante trape.

—Trapo!... ah! querida Blanca; habla con mas respeto de talisman tan divino.

—Oh! el que yo tengo es mil veces mas precioso: está hecho de pergamino satinado... miradlo... aqui lo tengo.

Así hablando mostró la niña á Urbano la ballena de su corsé, donde tenia cosido el talisman. El estudiante ¡al advertir tal tesoro, que ninguna vista profana habia mancillado hasta entonces, gritó involuntariamente:

—Ay! que encanto!

—¿No es verdad dijo sonriéndose Blanca; que eso es mas bonito que la tal tira de trapo viejo?

No tuvo fuerzas para contestarle Urbano; más permaneció inmóvil, con los ojos fijos en el parage donde la niña tenia escondido su apetitoso talisman, al paso que Margarita absorta en la contemplacion de la tira de forro de calzones del bachiller, besóle de nuevo repitiendo:

—Este talisman ha hecho ya sus campañas, bien se echa de ver... mas por eso mismo es mas apreciable.

Cerróse el pañuelo Blanca, y Urbano conmovido aun con lo que acababa de ver, dejó escapar un hondo suspiro:

—¿Qué teneis? preguntóle la jóven, mirando con interés á quien suponía una sencilla aldeana ¿parece que os abruma alguna pesadumbre?

—Ay! señorita; estoy pensando que me voy sola en esta ciudad; sola y sin recursos; qué no tengo en el mundo ni amigos ni parientes.

—Pobre niña!... pues bien, nosotras seremos vuestras amigas; si, conozco que ya os quiero mucho Ursula.

—Ah! señorita ¿hablais de veras? si eso fuese verdad!

—¿Cómo, que si es verdad? oh! no; nunca digo mentira: lo que siento lo profiero al instante... ¿no es eso muy natural? ¿y creis vos que podeis a marme?

—¿Qué si puedo amaros? dijo Urbano con vehemencia; en seguida, acordándose que Margarita les escuchaba, prosiguió con menos fuego pero con aquel acento que proviene del alma:

—Oh! si, señorita: os amaré hasta la muerte.

—¡Que dulce es tener una amiga de nuestra propia edad! dijo Blanca apretándole la mano al bachiller; con eso tendré alguien con quien reir y charlar... No le disgusta á Margarita la parleria; pero no se rie jamas, y luego no habla sino de brujas y de encantadores... de diablos y de almas en pena... Nosotras hablaremos de otros asuntos, ¿no es verdad, Ursula?

—Si señorita.

—Yo sé muy poco por mi parte, siempre sola én este aposento, sin asomarme ni aun á la puerta de la calle, aunque me sobran las ganas... Mi padrino jamas sube á darme un rato de conversacion... y me visita un solo hombre.

—Un hombre! dijo Urbano con zozobra.

—Si, mi maestro de música; en otros tiempos me hacia reir, pero ahora me aburre porque siempre me canta la misma cancion.

Respiró mas libremente Urbano, y repuso:

—Sois profesora de música, señorita?

—Entiendo algo, dijo Blanca ¿y vos Ursula sabeis cantar?

—Un poquito.

—Tanto mejor: con eso me enseñareis algunas canciones de vuestro país, y yo os daré a conocer las que sé.

—Segun eso, señorita, ¿permitireis que vuelva á veros?

—Por supuesto que sí: todas las noches si podeis; creed que me aburro de verme sola, y vuestra compañía me distraerá. ¿No es cierto, Margarita, que podrá venir á vernos todas las noches, y que eso no deberá disgustar al Señor Touquet?

Durante este coloquio, seguía Margarita absorta en sus meditaciones, y en éstasis delante del talisman de Ursula; hubiera dado el mundo entero para llevárselo consigo á su nueva cámara, donde costábale infinito trabajo quedarse dormida. Pero el nombre de su amo la saco de sus distracciones, y la hizo preguntar al instante:

—¿Qué dices del Señor Touquet? ¿que descubra que admitimos á esta muchacha sin su licencia?... Oh! Dios nos libre!..

—Pero, chacha; por esa misma razon es preciso que se la pidamos.

—Ah, señorita, dijo Ursula; tal vez la negaría, y me privára del placer de veros.

—En ese caso mas vale no decirle palabra; pero si consintiera en tomaros por criada?

—El amo no quiere en su casa mas gente, dijo Margarita; luego ¿en qué habia de ocuparse Ursula aqui?

—Es lástima porque al fin, precisa que Ursula encuentre donde meterse. Vaya un apuro tener un talisman para preservaros de todo peligro... y

cuya virtud no alcanza á impedir que os morais de hambre!

—Oh! todavía puedo ir tirando algun tiempo, dijo Urbano: aun poseo algunos recur sillos y como mis gastos son tan ténues:

—¿Y tuvieron ocasion vuestras abuelas de experimentar la virtud de esta reliquia? preguntó la vieja.

Si, señora; en sendas ocasiones y mas que ellas mi propia madre á quien aconteció una aventura...

—Una aventura! exclamó la dueña arrimando á la chimenea su silla; pero en aquel insatnte dieron las nueve en el reloj de la parroquia.

—Oh cielos! las nueve! dijo Margarita; es muy tarde... precisa que os vayais, hija mia; pues si mi amo advirtiera que aun no estabamos acostadas, podria antojársele averiguar el motivo; vamos, es indispensable que nos separemos.

—¿Y la aventura que iba á contarnos? preguntó Blanca.

—La dejaremos para mañana si quereis, contestó Urbano.

—Si, si, para mañana ¿no es verdad, chacha mia?

—Bueno, dijo Margarita, á quien tambien picaba la curiosidad de oirla; pero que era siempre la cordura en persona, Ursulita; cuidado con que nadie sepa...

—Oh! yo os respondo de mi sigilo, señora.

—Está muy bien: aqui teneis vuestro talisman. Cuidado no lo perdais... Valgame Dios, cuan feliz os considero porque poseis reliquia semejante.

Recibió Urbano el jarapillo haciendo una re-

verencia, y guardóselo en el delantal, mientras Margarita tomaba el velon á fin de acompañarle hasta la puerta del zaguán.

—¿Y os vais sola? dijo Blanca, ¿y muy léjos tal vez?

—A la puerta de San Antonio.

—Oh! cielos! ¿y no os dá miedo de andar por las calles tan á deshora?

—Pues! ¿no tiene por ventura su talisman? observó Margarita.

—Ah! verdad es! ya no me acordaba. Adios, Ursula, hasta mañana si Dios quiere... ¿no es verdad?

—Si, señorita.

La amable niña tendió la mano á Urbano, á quien poco faltó para llevársela á los labios: acordándose empero de que era muger, vióse precisado á contentarse con apretársela tiernamente, y siguió á Margarita, despues de haber echado á Blanca una dulce mirada. Recondújole la vieja con las mismas precauciones que para introducirle tomára, y aseguró con mucho tiento la puerta de la calle, despues de haber dicho en voz baja al bachiller:

—Hasta mañana! y cuidado con traer siempre encima el talisman bendito.



CAPITULO XVII,

*El amor y la inocencia, la lluvia
y el talisman.*

RETIROSE á su casa el estudiante en un estado de embriaguez difícil de describir: la vista de Blanca, el dulce sonido de su voz, sus gracias, su candor, su hechicera inocencia acrecentaban el afecto de Urbano; lo que habia visto era superior á sus mas exageradas ilusiones, y cuando pensaba que al dia siguiente habria de verla otra vez, y otra vez oirla y hablarle; que de nuevo su dulce mano apretaria la suya, costábale trabajo contenerse. No hay duda que tambien lo que le enseñara oculto bajo el cendal encantador deberia influir gravemente en los arrebatos del mancebuto.

¡Que lástima no poder confesar á la amable chica quien era, y cuanto amor le inspiraba su preciosa imágen! pero conoció bien Urbano que no era prudente precipitar la aventura, y que primero debería grangearse la confianza de Blanca; esto le sería mas fácil con el disfraz que su sexo encubría; ella le había dicho ya que la amaba; pero esa declaración tenia referencia á sus sentimientos respecto á Ursula... de todos modos fué Urbano quien se los inspirára.

Durante el dia, sirvióse el bachiller del traje que le era propio, y luego que la noche llegó, despojóse de él para tomar sus ropas femeninas, con las cuales iba ya adquiriendo mayor soltura y desparpajo. Además, que su rolliza vecina estaba siempre dispuesta á servirle en el tocador, y como este ejercicio era sumamente agradable para la jóven criada, no economizaba por cierto sus lecciones. Aprovechólas maravillosamente Urbano; porque los muchachos entienden mejor de arrugar una toquilla que de alisarla, y un hombre de poca edad, enamorado hasta los cabellos, está sujeto á frecuentes distracciones, para alivio de las cuales no están nunca demás los socorros de una robusta vecina.

No faltó á su nocturna cita nuestro graduado en Artes, y Margarita le introdujo con el mismo ceremonial que el dia anterior. Hízole Blanca la acogida mas amable; salió á recibirle, y mientras él le hacia una modesta reverencia, dióle la cariñosa niña un dulce beso en cada lado de la boca. En aquel instante fuésele á Urbano la chabeta; pues sintió que se abrasaba vivo, y á no ser por la

voz de Margarita, que le hizo recobrarle, hubiera apretado contra su seno á Blanca, y devuéltole centuplicado lo que acababa de recibir. Pero la vieja, siempre anhelosa de oír contar las extraordinarias aventuras referentes al talisman, dijo llevándose á Urbano al rincón de la chimenea:

—Vamos, hijitas! no perdamos el tiempo en vanas ceremonias; bien sabéis con cuanta celeridad se pasa el tiempo cuando se refieren cosas interesantes. Sentémonos, y Ursula nos contará el lance que á su madre le aconteció.

Urbano muy agitado todavía con los besos de Blanca, comenzó una historia, ideada por él aquella mañana misma, y la cual encantó á Margarita, á causa de que probaba la eficacia maravillosa del talisman. Concluida la relación, pidió la vieja al estudiante le permitiese contemplar la santa reliquia, pues imaginaba que con solo tocarla correría menos riesgo al pasar la noche sola en su cuarto. Púsose mientras Blanca á charlar con Urbano, y cantóle á media voz una de las cantinelas que sabía. Aunque la jóven hubiese visto á su fingida compañera por primera vez la noche antes, la miraba ya como á hermana, como á amiga, y le confiaba todos sus secretos; porque Blanca, educada aparte del mundo, no habia aprendido á ocultar sus emociones, ni á fingir lo que no sentia; su corazón estaba puro y sus palabras eran tan solo el órgano de lo que él le inspiraba.

No dejó Blanca de cantar á Urbano su favorito estrivillo, y el jóven se estremecía de deleite al considerar, que no obstante las precauciones del barbero, habíanse grabado sus acentos en la me-

moria de la niña, quien le dijo de este modo:

—La primera vez que os oí hablar, figuróseme que aun estaba escuchando aquella voz que se puso á cantar por la noche debajo de mi ventana. Ah! si vierais que voz tan linda era!... la vuestra Ursula, se le asemeja un poco... ¡Gran lástima que no sepais el romance que cantaba aquel!

—Si lo sé, dijo Urbano, á lo menos creo saberlo; porque lo he oído cantar infinitas veces, y eso ha hecho que lo aprenda de memoria.

—Ay que fortuna! cantádmelo, Ursula, que mucho gusto me dareis.

—Pero y si el señor Touquet...

—Oh! está en su cuarto, luego cantareis muy bajito... Ved ahí... cabalmente Margarita se ha quedado dormida y con eso no podrá regañarnos.

En efecto, á fuerza de contemplar la tirita de pretina, habiase rendido al sueño la buena de Margarita; hallábase Urbano casi á solas con el objeto de sus ansias, palpitábale de gozo el corazón, y prolongados suspiros se le escapaban del pecho. Vióse obligado por fin á apartar los ojos para no quedar fascinado con las miradas encantadoras de la jóven huérfana.

—Está muy bien, díjole la amable niña, poniendo un hociquito que dio á sus gracias mayor sal,—¿no quereis cantar, eh?... pues entonces voy á enfadarme... luego me dariais tanto gusto en hacerme oír el romance! así lo aprenderia yo de memoria y en desquite podriais pedirme lo que gustaseis... ya veis cual ronca Margarita... vamos, no me negueis ese favor.

—¿Yo negaros cosa ninguna, señorita? Voy á cantar.

—Oh! sois muy complaciente... y en pago os daré un besito.

No necesitaba Urbano de que le escitase tan dulce recompensa; pero quiso merecerla en justicia. Cantó y escuchábale Blanca en mudo éxtasis, mientras el mancebo, cediendo al impulso de su corazón, daba á su voz mayor flexibilidad y más delicado sentimiento; de hecho no era aquella la voz de una muger, y cualquiera persona excepto Blanca habria notado el trueque; pero esta, absorta en el placer que la embriagaba, estaba muy distante de sospechar la verdad, y alargando el cuello hacia Urbano, y clavando los ojos en él parecia recelosa que se le escapasen los acentos más leves, mientras de cuando en cuando esclamaba:

—Ay, Dios mio!... eso mismo es!... eso cabalmente!... me causa igual efecto que la noche pasada!... ah! Ursula mia... no ceséis de cantar!

A pesar de todo, terminóse el romance, porque Urbano tenia bien presente la recompensa ofrecida. Durante algunos momentos, la inmóvil Blanca parecia estar escuchando aun, hasta que al fin salió de su éxtasis diciendo:

—Es muy singular el efecto que hace en mí el tal romance.

—¿Esperimentais quizás alguna desagradable sensación?

—No por cierto! si tal fuese, no querria estar oyendolo sin cesar... y sin embargo, diria cualquiera que me entristece mucho... me hace suspirar tanto!... ¡como ha de ser! ¿no es verdad, Ursula, que me lo enseñareis?

—Si, señorita; pero me promatisteis...
Un beso? aunque sean mil; con mucho gusto.

No se hizo de rogar Blanca, é imprimió sus labios de carmin en las ardientes mejillas de Urbano. Disponiase esta vez el jóven á devolverle la caricia, y ya tenia á la hermosa doncella entre los brazos, cuando Margarita dió un estornudo, y poco faltó para que cayese de cara en las brasas de la chimenea, cuyo movimiento la hizo despertar sobresaltada, gritando:

—Santa bendita de mi devocion! favorecedme! ahí está el hombre negro! ya veo á la bruja de Verberie!

—¿Donde está esa gente, chacha? dijo Blanca, desprendiéndose de Urbano, quien se arrepintió de no haber cantado mas de prisa.

—¿Donde? repitió Margarita estregándose los ojos, ¿qué significa donde? ¿que es lo que yo he dicho?

—Que veias á la hechicera.

—Ah! en eso estaria yo pensando problemamente, Vamos, Ursula, ya es tiempo de separarnos, hija mia.

—Que lástima... iba á contaros una aventura que le sucedió á mi tia; un lance todavia mas maravilloso que los precedentes.

—Está bien: lo dejaremos para mañana; no es asi, chacha, ¿si es que tu quieres? Ya ves como padrino de nada se sospecha; luego si llegase á ver á Ursula y se enfadara, yo cargaria con toda la culpa, y le quitaria el enojo.

—Vamos... hasta mañana pues, y con eso sa-

bremos el paso que le aconteció á vuestra tia.

—Si, señora, está muy bien... ¿tendria su merced la bondad de devolverme mi reliquia?

—Si hija mia, eso es muy justo... ah! Dios mio, ¿que habré hecho de ella? ¿me la habré escamoteado el señor Satanàs... si la tenia en la mano ahora mismo.

—Mira, chacha, allí está, dijole Blanca señalando á la chimenea; la has dejado caer en la ceniza.

—Verdad es, á fe mia, contestó la vieja, recogiendo el pedacito de trapo; Válgame Dios! se ha chamuscado un poco...

—Oh! lo mismo dá, señora, dijo Urbano, eso no podrá quitarle la virtud.

—No por cierto hija mia, y aun cuando se hubiera quemado, sus cenizas conservarían la misma propiedad.

Volvió á tomar Urbano su quisicosa; y despidióse de Blanca repitiendo con ella.

—Hasta mañana; y salióse de casa del barbero Touquet.

Pasáronse muchos dias, y cada noche el jóven bachiller tuvo la dicha de ver á Blanca inventando sin cesar nuevas historias para tener de su parte á Margarita cuya curiosidad la hacia siempre dispuesta á franquearle la entrada á las siete en punto. La vista de la fingida aldeana llegó á ser para Blanca una necesidad, asi como para la vieja dueña, quien experimentaba un vivo placer al oír contar aventuras de sendos mágicos, y la inocente niña en aprender su romance favorito. Pero no siempre se dormia Margari-

ta, y cierta noche que Blanca se empeñó en que cantase Urbano: obedecióle este, pero entonces, para que no entrase en sospechas la vieja, tuvo tanto cuidado de disfrazar su voz, que la niña exclamó con enfado:

—Así no va bien; hoy no cantais con tanta maestría como otras veces... no me dá vuestra voz tanto placer como antes.

Mientras Urbano se embriaga con la dicha de contemplar á Blanca y siente que sus ojos le comunican las sensaciones mas deliciosas; mientras la inocente jóven se entrega sin recelo al placer que la sociedad de Ursula le proporciona, y hace á esta la confidente de sus pensamientos mas íntimos; mientras en fin Margarita tiene la cabeza atestada de espantosos cuentos, y de milagrosos lances ocurridos á la hechicera de Verberie, y se guarece de las travesuras del demonio, restregándose todas las noches los dedos con el trozo de ferro de los calzones de Urbano, ¿qué sucedia en el casino del valle de Fecamp? ¿moraba todavia allí Julia? ¿y el marques de Villebelle se habrá tomado la molestia de fingir un escrúpulo de amor para vencer á la jóven Italiana?

Como el barbero habia cobrado ya el premio de sus servicios, poco se le daba de lo que pudiera pasar en el picadero del marques. Chaudoreille, que no salia de los garitos mientras tuviese en los bolsillos una blanca, habia estado mas de un mes sin parecer por la barbería: pero espirado este término presentóse una mañana bastante tarde en casa de su amigo Touquet.

Tenia el Gascon la cara mas afilada que nun-

ca, la golilla echa una piña y desgarrada en diversos parages, y reemplazaba á las plumas de su chambergo la célebre moña de color de hortensia, que adornara de marras la empuñadura de su formidable Rolanda.

La triste figura de Chaudoreille, y su acartonado semblante hicieron sonreir al barbero.

—¿De donde sales ahora? le dijo, ¿qué has hecho todo este tiempo que no te he visto?.

—Muchas han sido las desgracias que sobre mí se empeñaran en caer á plomo! contestó Chaudoreille arrancando un suspiro de á folio, y sacando de la faja su mugriento bolsillo de seda, que sacudió sin que emitiese el menor sonido metálico.—Bien lo ves, amigo mio... hállome reducido á cero.

—Como! nada te ha quedado de la cantidad que te dí?

—Ni media blanca, amigo de mi vida! me han robado de un modo sacrílego.

—Es decir que jugaste, eh?

—Si; jugué con unos griegos, con unos ladrones! y me han pelado como si fuese gallina muerta!... Si á lo menos hubieran tenido consideraciones sociales, pase! Bien sabemos que entre personas decentes se respeta á los cofrades... pero vaya unos hombres!... limpiar á un hermano *cuco*, á un perro de su propia trailla! es una infamia, ni entre judios se hacen esas trastadas. Por supuesto que no vuelvo á jugar en todos los dias de mi vida!... Dime, ¿quieres que me llegue al casino á ver á mi amigo Marcelo?

—Ni por pienso; te lo prohibo desde ahora,

sin espresa orden del marques á nadie se le permite asomar por allá.

—Durillo es eso, ¿y sabes como terminó la aventura?

—¿Qué te se importa? además que no he vuelto á ver al marques; aunque mirándolo despacio, ¿qué tengo yo que ver con ese enredo si no estoy empleado en él ya?.. luego habrá terminado del mismo modo que los anteriores... un capricho que durará algunos días, y en seguida se tornará sal y agua, para que cuaje otro.

—Tienes razon; pero la chica me parece que es muger de caracter... me dijo cosas muy extraordinarias... entre otras; preguntóme si conocias á tus padres?

—¿A mis padres? dijo el barbero con visible emocion; es cosa muy original!

—Si, que lo es: contestéle que eras de Lorena, y á eso se reducía cuanto yo sabia acerca de ti.

—Mis padres! repitió. Touquet paseándose agitado por la barberia; bien puede apostarse á que ya no los tengo... mi pobre padre habrá muerto á estas horas!... En mi juventud fui un calavera deshecho: desde muy niño la necesidad de satisfacer mis pasiones, la inclinacion al juego, la sed del oro, me hicieron cometer mil fechorias.

—Por supuesto, travesurillas de mozalvete; ya conozco lo que son por esperiencia propia... Buena azotaina me mamé teniendo seis años, porque robé una cazolada de ropavieja en casa de mi tia; aun no habia cumplido los diez cuando por una distraccion me llevé el bolsillo de mi madrina pa-

ra jugar á las tejoletas: á los doce años de edad quité del asador un gazapo que estaba asándose en la cocina de mi abuelita, y espeté en su lugar un gatico negro; grande favorito de su merced; pero en mi prisa por verificar el *quid pro quo*, se me olvidó desollar al pobre micho, que quedó echo un chicharron con piel y uñas; por feliz fortuna mi abuelo era corto de vista, y se lo comió pensando que era un cochifrito... á los quince.....

—Bah! ¿qué me importan todas tus trapisondas?... gritó con impaciencia el barbero ¿no te ha preguntado la Italiana otra cosa acerca de mí?

—No, pero si quieres iré corriendo á sonsacarla.

—Imbécil! ¿te se olvida que es ahora la dama del marques? Luego que pase su época de reinar, yo la veré... y tal vez consiga me informe.....

Nada mas dijo el barbero, ni contestó otra cosa al valenton, quien despues de haber repetido inútilmente una vez y otra, que estaba en ayunas desde el dia anterior, á lo que se hizo el sor-do Tonquet, saliose con enfado de la tienda, refunfuñando con aire maton.

—Estos piojos resucitados son todos unos encogidos y cicateros... defecto que no tendré yo por cierto cuando me ponga rico.

Algunas horas despues de este coloquio, yendo el barbero á afeitar a un parroquiano, encontró cerca del Loure al elegante marqués, quien segun se contoneaba embozado en su capilla, parecia hallarse favorecido de algun astro benéfico.

—Triunfé por fin, Touquet amigo, dijo el noble señor llevándose al barbero debajo de unos soportales donde nadie podia entreoirles: Rindióse Julia... pero á la verdad esa conquista ha sido mas dificultosa de lo que yo creia. La muchacha es apasionada... romántica como el mismo demonio, quiere que se la ame; yo le he hecho creer... En efecto, su caracter original, su orgullo unido á su ternura, lo caprichoso de su conducta, de sus discursos, me tiene medio fastidiado; hablóme acerca de Estrella, no sé como ni donde ha sabido esa aventura.

—La chica es un zahorí; todo lo sabe, dijo para su sayo el barbero.

—Por lo demás querido Touquet, pareceme que te quiere poco: tienes malos papeles para con ella, dice que eres un bribon consumado.

—¿Qué, señor?

—Despreciaba mis regalos y solo queria mi amor. Esto era un aliciente... cosa magnífica! pero no obstante, tuve á bien plantarla fuera de casa... porque su permanencia en el picadero me hubiera estropeado otros planes... Creo, á fé mia, que la quiero un poco; pero acabo de columbrar á dos chicas muy guapas que van á entrar en aquella joyeria... Voy á dejarme caer por allá á fin de examinarlas de cerca.

Hablando asi, alejóse el marqués á toda prisa, y Touquet, concluida su faena, volvióse á su propia casa, pensando en Julia, y sintiendo no haber sabido de boca del marqués el nuevo paradero de la jóven Italiana.

Dejó Chaudoreille la barberia de malisimo hu-

mor; un estómago vacío engendra ideas melancólicas, y el caballero gascon, mientras hacia sus reflexiones filosóficas sobre el egoísmo de los hombres, los caprichos de la fortuna, y el modo de ganar un *en três*, dándole el *salto mortal* á la *contraria*, se halló inesperadamente en medio de la feria de San German. Además de los otros espectáculos reunidos allí para diversion de los badulaques, que acudían á Paris á fin de aleccionarse en el tono y maneras de la corte, jugábase á varios juegos de naipes, á los dados, á las bochas y la taba.

Paseóse Chaudoreille entre los grupos formados alrededor de los diversos juegos, y se le iban los ojos tras los pastelillos apitados en las vidrieras de las bollerías, y se paraba á la puerta de las tabernas y hodegones para husmar el rico vapor de los vinos y de los guisados; procuraba el valiente llenar el estómago aunque fuese con el olor, pero débiles asaz son tales goces para una panza atormentada de atrasados ayunos!

—Voto á Satanás, dijo para sí Chaudoreille repentinamente, calándose el sombrero hasta las cejas, y subiéndose la golilla hasta la punta de las orejas—¿habrá de decirse que me haya quedado sin comer hoy? á un hombre de genio jamás le faltan recursos, y su espíritu debe proporcionarle medios cuando se los niega su bolsa.

Al instante echó á andar el caballero con paso determinado, y atravesando por medio de la turba, se dirigió hácia un parage, donde jugaban á las bochas dos caballeros de provincia, y bebían copas de vino blanco. Examinólos de reojo Chau-

doreille, y luego, aprovechándose del momento preciso, pasó por mitad del juego, de modo que recibiese en las piernas la bocha que uno de los jugadores acababa de lanzar.

—Cuidado! cuidado! gritó el jóven que habia despedido la bocha, pero Chaudoreille, fingiendo no oírle, solo se detuvo cuando recibió el porrazo. Hizo el valiente una mueca feisima, al sentir el golpe, y cayó en tierra murmurandot

—Cáspita? vaya una comida que me cuesta una muela.

Acudieron á levantarle los dos jugadores, pidiéndole perdones mil, aunque no habia sido culpa suya; pero Chaudoreille estaba tan pálido, y parecia tan mal parado, amen de las contorsiones tan lastimosas que hacia, que los dos jóvenes se compadecieron sobremanera. Ofreciéronle desde luego vino en abundancia para que se repusiera; aceptólo el herido, y bebióse de un tiron tres hondos cubiletes; mas como no podia andar propusieron sus nuevos amigos llevarlo á la tienda de vinos, que tambien era bodegon. No se hizo de rogar Chaudoreille, y como los caballeres habian estado jugando la comida á las bochas, suplicaron á nuestro valiente participase de ella tambien. Sentóse á la mesa Cchaudoreille, bebió y engulló mas que cuatro, dióles algunas lecciones teóricas para que fuesen mas diestros en el juego de bochas, y notando que se las habia con unos novicios de genio tratable y poco guerrero, levantóse concluidos los postres, pidiéndoles un peso por via subsanamiento del bochazo que habia recibido.

Miráronse uno á otro con sorpresa los dos bo-

hos, pues conocieron que se les habia chasquedo, y que habiau hecho conocimiento con un sugeto de poquisima delicadeza; pero Chandoreille, manteniéndose firme, se puso la mano izquierda en la cintura, y con la derecha empezó á acariciar el puño de su Rolanda, mientras giraba en torno las niñas de los ojos como un energúmeno, y se lamia con la lengua los encrespados bigotes. Los pobres hidalgüelos poco dispuestos á tener una quimera con un hombre que parecia tan resuelto á echar los bártulos á rodar, se apresuraron á ofrecer á su amable huésped la moneda que solicitaba. Recibióla este con graciosa sonrisa, y luego con el tono de un hombre muy complacido de lo que acababa de hacer, saludóles diciendo:

—Hasta mas ver, señores, y no olvideis los golpecillos de bochas que acabo de enseñaros.

Habiendo dicho esto, alejóse el caballero con pasos listos, sin pensar ya en la contusion que habia recibido. Con el estómago repleto y un peso en el bolsillo, iba Chaudoreille contentísimo de su buena suerte en aquel dia; el vino blanco de que habia bebido sin tasa le puso templado para buscar aventuras; y sentíase particularmente dispuesto á las de tendencia amorosa y tierna. Pero, si el vino propende á hacernos emprendedores, el olor á vino y la conversacion de un hombre ébrio son unos auxiliares de poquisima valia para las conquistas de amor. Ya hacia rato que anoheciera, y volvía Chaudoreille de la feria de San German, requebrando á cuantas mugeres encontraba, y murmurando para si en estos términos:

—Pardiez! me precisa hacer alguna conquista esta

nóche... Ya empiezo á fastidiarme de mi lavandera que raya en los cuarenta y cinco abriles y tiene una pierna mas corta que la otra... verdad es que ella me dá muchísimo avio... me lava el camison, me surce la golilla; pero... vaya una pequeña infidelidad de paso... seguro está que la sepa mi Venus.

Llegaba Chaudoreille á la calle de Montmartre, cuando vió pasar á una muger vestida de aldeana. Como iba sola, torció su camino el caballero con el objeto de seguirla. El talante de la chica denotaba cierta desenvoltura que agradó á Chaudoreille; pero ella marchaba á paso redoblado, y era preciso correr para darle alcance. Luego que se le puso al lado, quiso el galan tramar conversacion con ella, disparándole sendos piropos de aquellos que entonces usaba la flor de la currutaqueria, y los que saben de memoria hoy cuantos recorren las calles en busca de conquistas á la luz de los reverberos. La jóven nada respondia á Chaudoreille, pero apretaba el paso. No por eso desanimóse nuestro valiente, mas prosiguió trotando y echándola de derretido boquirrubio, hundiéndose hasta los tobillos en los caños, mientras salpicaba á su bella colateral de requiebros y de lodo.

Entretanto la persona á quien perseguia habia ganado la calle de San Honorato, poco distante de la de los Bordonese. Chaudoreille, que no recibia la menor respuesta, y determinaba sacar algun provecho de sus cumplimientos y de sus zancadas, se decidió á valerse de vias de hecho, y alargando la mano hasta palpar las enaguas de su

erseguida, dióle donde pudo un pellizco algo enérgico, mas en recompensa de su libertad recibió al punto tan decidida y vigorosa bofetada, que fué á caer de cabeza contra un guardacanton que habia á cuatro varas de allí.

Encaminábase Urbano segun su costumbre á casa de Blanca, cuando hizo la conquista de Chaudoreille; despues de haberse desembarazado de su compañía del modo heróico que acabamos de mencionar, corrió el jóven bachiller hasta la puerta del barbero, entró en el zaguan que acababan de abrirle, y llegó al cuarto de Blanca, sobresaltado todavia con su reciente aventura.

—¿Qué tenéis, querida Ursula? preguntóle la jóven, parecéis muy agitada.

—Si, en efecto... contestó Urbano, ahora mismo habia en la calle una riña de dos hombres, y me he asustado sobremanera.

—Pobrecilla! dijo Margarita... pero no teniais vuestro talisman.

—Oh, si, señora! mas á pesar de eso he llevado un buen susto.

—Yo lo creo! observó Blanca; ver á dos hombres batirse! Oh! muy espantoso debe de ser tal espectáculo! Vamos, tranquilizaos, amiga mia.

Las dulces palabras de Blanca no tardaron en conseguir olvidara Urbano su aventura; conforme á su promesa, le fué preciso improvisar una historia repleta de maravillas, lance ocurrido á una prima suya; habia prometido la noche antes que referiria este suceso estupendo, y Margarita se apresuró á recordarle su oferta, porque la buena de la vieja necesitaba que la distrajesen; pues al des-

pertarse aquella mañana había visto un murciélago pegado á su vidriera; considerábase ese como agüero momentoso, y desde el amanecer no le había entrado el cuerpo en caja á la precavida Margarita.

Comenzó Urbano su relacion; interrumpiale de cuando en cuando el ruido de la lluvia que caía á torrentes, y con la cual azotaba el viento las vidrieras de la casa.

—Que temporal tan terrible! dijo Blanca.

—Si, añadió Margarita, arrimándose mas al fuego cada vez que mugia la ráfaga; difícil será pasar esta noche con descanso... no sé porque razon... mas tengo un presentimiento de que me vá á suceder algo de extraordinario: el dichoso murciélago que vi... y entre sueños todas aquellas gentes que acudian á la sabatina montadas en cañas de escoba... Eso pronostica cosas grandes.

—Por supuesto que sí, dijo Urbano, y la vieja apretó con toda su fuerza el talisman entre los dedos.

Largo rato duró aquella noche la historia que refirió Urbano, pero nada dijo Margarita, porque no tenia prisa por subir á acostarse. Blanca, quien jamas se separaba de Ursula sin sentimiento, guardose bien de avisar que se iba haciendo tarde, y no seria por cierto el jóven bachiller quien primero desearia retirarse.

El reloj dió en esto, y se contaron once campanadas.

—Oh! cielos! las once! exclamó Blanca.

—Válgame Dios! dijo estremeciéndose Margarita... dentro de una hora será media noche.

—Pero, chacha, no es cosa que Ursula se vaya tan tarde... y con el tiempo que está haciendo... escuchad ¿no ois la lluvia?... está cayendo á cántaros... ir hasta la puerta de San Antonio con esta tempestad! eso es imposible!

—Muy cierto, dijo Urbano; el tránsito no estará muy apetecible!.. no hay alumbrado, y á veces se hunde una los pies en unas zanjas que como está tan oscuro no hay quien las vea.

—Pobre Ursula! su talisman no puede impedir que se cale hasta los huesos ¿no es verdad?

—Cierto que no me guarece de la lluvia, contestó Urbano suspirando.

—Y qué haremos? preguntó Margarita.

—Una cosa muy fácil, dijo Blanca—Ursula se acostará conmigo; y mañana, luego que sea de día, puede irse sin hacer ruido... ¿quereis Ursulita?

Quedóse Urbano sin habla algunos momentos porque estas palabras de Blanca, «se acostará conmigo» le trastornaron de tal suerte todo el ser, que no sabia lo que le pasaba. En fin balbució con voz trémula:

—Si lo quereis así, señorita... ya que os empeñais en ello... por mi parte no tengo dificultad.

—Toma si lo quiero!.. ¿no es verdad, chacha, que no podemos permitir que se vaya con el tiempo que está haciendo? ea! responde!

Margarita que nada vió de malo en que durmiese la aldeanita con Blanca, halló además una ventaja para si en este arreglo; y era la de poder conservar toda la noche la preciosa reliquia; y como hiriera su espíritu la idea de que alguna desgracia iba á sobrevenirle, la posesion, aunque in-

terina, de aquella tira de trapo le parecía una égida con que el cielo la escudaba por toda una larga noche.

—Verdad es, dijo por fin la dueña, que el tiempo está terrible... y con tal que Ursula no se olvide de que es preciso se vaya al amanecer...

—Si, chacha; descuida, pues si estuviese durmiendo, yo tendré cuidado de despertarla.

—Está muy bien! entónces quedése enhorabuena.

—Ah que gozo! exclamó Blanca, vamos á dormir juntas, Ursulita. Oh! que divertidas estaremos! Yo que en mi vida he dormido con nadie! Será esta la primera vez; cual vamos á charlar y á reirnos!

—Nada de eso, nada de eso, niña, al contrario es preciso que dormais; pues si no armariais ruido, y el amo podría enterarse de todo.

—Está muy bien, chacha, nos dormiremos al punto, respondió la amable jóven, quien añadió en voz baja acercando su cará á la de Urbano.

—Hablaemos de quedito.

—Pues entonces voy á recogerme; dijo la vieja criada, vacilante en devolver el talisman que en las manos tenia—Ursula querida, díjole por fin la dueña; nada teneis que temer aqui; si lo llevais á bien me quedaré con vuestra reliquia esta noche tan solamente, porque tengo que acostarme en un cuarto que es nada seguro; luego el dicho murciélago no se me quita de la cabeza.

—Oh! quedaos con el talisman, señora Margarita; dijo Urbano y tenedlo todo el tiempo que gustéis.

—Si, si: quédate con él, chacha, repitió Blanca; con el mio sobra para nosotras dos ¿no es verdad, Ursula?

—¡Quien sabe!... pero creo que sí, señorita.

Encantada la vieja con tener por suya toda la noche tan apreciable salvaguardia, encendió su velon, y dirigióse hácia la puerta, diciendo:

—Buenas noches, hijas mias, y sueños ligeros... Valgame Dios! que ventazo!... Ursula, mañana es preciso estar en pié antes del dia.

—Si, señora.

—Ea, acostaos, y apagad la luz, para que nada se sospeche.

—No tengas cuidado chacha, dijo Blanca... todo se hará en un momento.

Tomó Margarita su luz y salióse del cuarto. Cerró Blanca la puerta.

—Encerraos bien, gritóle la vieja desde el corredor.

—Vete descuidada, chacha mia, contestóle Blanca, y corrió el cerrojo.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

DE LOS CAPITULOS CONTENIDOS EN ESTE
PRIMER TOMO.

<i>Capítulos</i>	<i>Páginas.</i>
1.º La casa del barbero	5
2.º El Señorón y el Barbero.	18
3.º Blanca. Cuento de Brujas.	40
4.º El caballero Chaudoreille.	60
5.º La lección de música.	80
6.º El enamorado. Los chimorreos.	93
7.º Los enredos se traman..	112
8.º Coloquio al lado de la chimenea	134
9.º El gabinete. El rapto.	145
10. El casino ó picadero.— Juego de nueva invencion.	159
11. El Puente Nuevo. Tabarin,	180
12. Aventura nocturna.	193
13. La entrevista.	200
14. Ursula y la bruja de Verberie.	222
15. El amor y la inocencia, la lluvia y el talisman.	242

INDICE

EN LOS CASILLOS CONSERVADOS EN ESTE
TERMINO LOCAL.

1	1.º La casa del ...
2	2.º ...
3	3.º ...
4	4.º ...
5	5.º ...
6	6.º ...
7	7.º ...
8	8.º ...
9	9.º ...
10	10.º ...
11	11.º ...
12	12.º ...
13	13.º ...
14	14.º ...
15	15.º ...
16	16.º ...
17	17.º ...
18	18.º ...
19	19.º ...
20	20.º ...
21	21.º ...
22	22.º ...
23	23.º ...
24	24.º ...
25	25.º ...
26	26.º ...
27	27.º ...
28	28.º ...
29	29.º ...
30	30.º ...
31	31.º ...
32	32.º ...
33	33.º ...
34	34.º ...
35	35.º ...
36	36.º ...
37	37.º ...
38	38.º ...
39	39.º ...
40	40.º ...
41	41.º ...
42	42.º ...
43	43.º ...
44	44.º ...
45	45.º ...
46	46.º ...
47	47.º ...
48	48.º ...
49	49.º ...
50	50.º ...
51	51.º ...
52	52.º ...
53	53.º ...
54	54.º ...
55	55.º ...
56	56.º ...
57	57.º ...
58	58.º ...
59	59.º ...
60	60.º ...
61	61.º ...
62	62.º ...
63	63.º ...
64	64.º ...
65	65.º ...
66	66.º ...
67	67.º ...
68	68.º ...
69	69.º ...
70	70.º ...
71	71.º ...
72	72.º ...
73	73.º ...
74	74.º ...
75	75.º ...
76	76.º ...
77	77.º ...
78	78.º ...
79	79.º ...
80	80.º ...
81	81.º ...
82	82.º ...
83	83.º ...
84	84.º ...
85	85.º ...
86	86.º ...
87	87.º ...
88	88.º ...
89	89.º ...
90	90.º ...
91	91.º ...
92	92.º ...
93	93.º ...
94	94.º ...
95	95.º ...
96	96.º ...
97	97.º ...
98	98.º ...
99	99.º ...
100	100.º ...